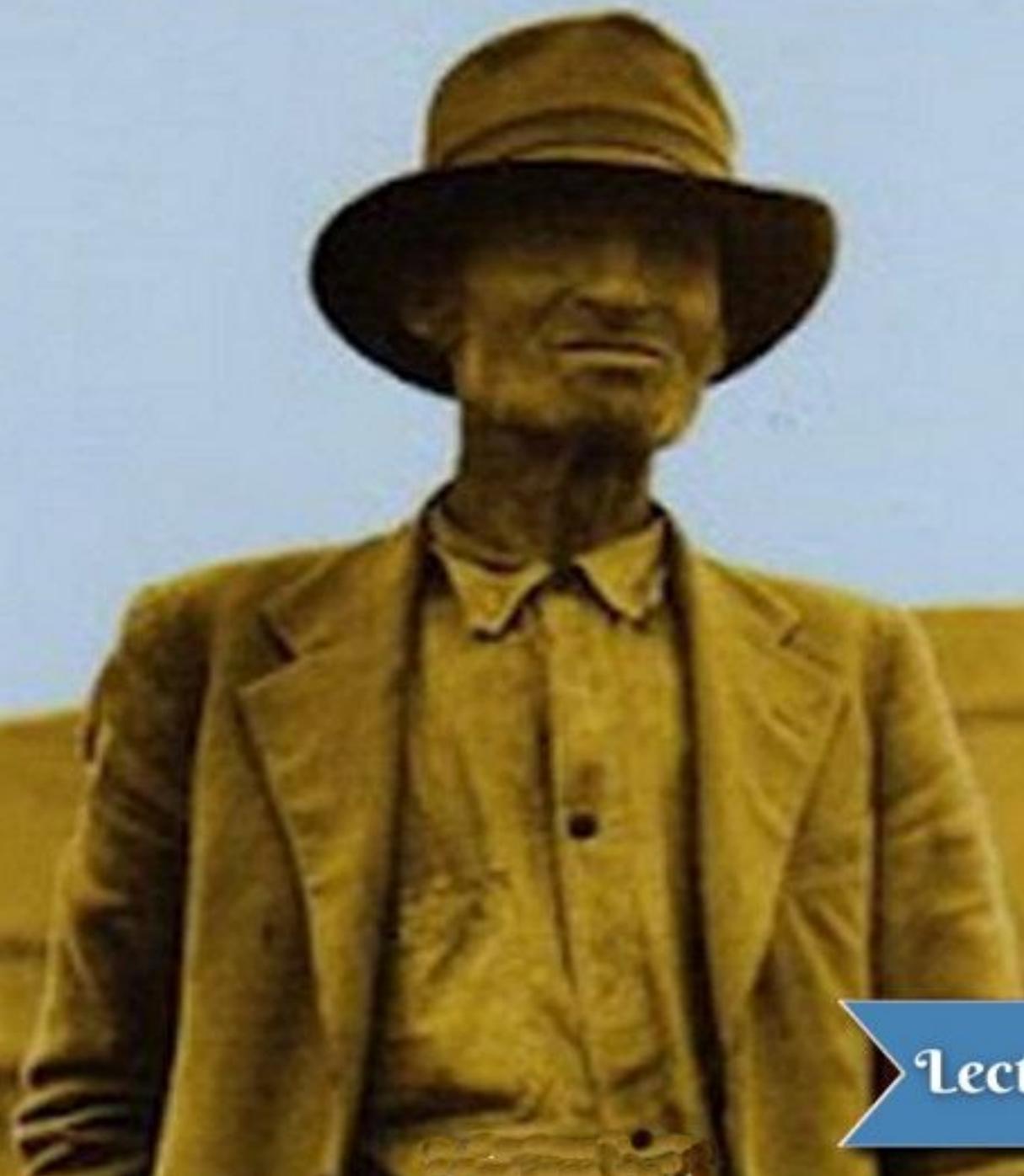


El camino del tabaco

Erskine Caldwell



Lectulandia

La publicación en 1932 de *El camino del tabaco* supuso un serio golpe al mítico sueño de oro americano. Con crudo realismo, su autor ponía al descubierto el rostro oculto de Estados Unidos: la miseria, la ignorancia y los problemas raciales, y formulaba una violenta acusación contra el sistema social de su país. Lo cual no fue en absoluto óbice para que el libro obtuviera un inmediato y arrollador éxito y fuera llevado incluso a la escena: se mantuvo en cartel durante más de siete años.

Caldwell ambienta *El camino del tabaco* —que ya es considerado un clásico de la literatura norteamericana del siglo xx— en los campos del profundo Sur. Una familia, los Lester, se obstina en permanecer en sus tierras, las que fueron las mejores de Georgia. Apegados a sus tradiciones, a su pasado esplendor, se enfrentan al progreso opulento. Se verán reducidos, por ello, a la mayor pobreza. Y todo, por amor a la tierra que les vio nacer. Un amor que llegará a aniquilarlos.

Lectulandia

Erskine Caldwell

El camino del tabaco

ePub r1.0

IbnKaldun 09.10.13

Título original: *Tobacco Road*
Erskine Caldwell, 1932

Editor digital: IbnKaldun
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mi padre y mi madre

I

Volvía Lov Bensey por el camino del tabaco carcomido por las lluvias, hollando con paso cansado la espesa capa de arena que lo cubría. Llevaba auestas un saco de nabos, que no poco trabajo le había costado conseguir, y su peso hacía aún más penosa la larga jornada.

El día antes Lov oyó decir que en Fuller había alguien que estaba vendiendo nabos a cincuenta centavos el bushel^[1] y esa mañana bien temprano salió de su casa con medio dólar en el bolsillo para comprarlos. Ahora llevaba ya recorridos once kilómetros, y aún le quedaban otros tres más para llegar a su casa, junto al cargadero de carbón del ferrocarril.

Cuatro o cinco de los Lester se encontraban en el patio delantero, si tal podía llamarse al baldío que daba acceso a la casa, cuando Lov se detuvo enfrente. Llevaban cerca de una hora, desde que lo vieron en las dunas a casi tres kilómetros de distancia, sin quitarle la vista de encima y ahora que lo tenían a su alcance estaban dispuestos a hacer todo lo posible por impedir que siguiera viaje con los nabos.

Pero Lov tenía una mujer en quien pensar, además de su propia persona, y estaba atento a no dejar que ninguno de los Lester se acercara demasiado al saco. Habitualmente, si tenía que pasar por aquel lugar llevando nabos, patatas o cualquier clase de comestibles, salía del camino un kilómetro antes de llegar a la casa, daba un gran rodeo a campo traviesa y volvía a tomarlo después de haber puesto una distancia prudente tras de sí. Pero hoy tenía que hablar con Jeeter de un asunto muy importante, y éste era el motivo de que se hubiera aventurado tan cerca de la casa, a pesar de los nabos.

Los Lester seguían mirando fijamente a Lov, que no se había movido del centro del camino; había dejado caer el saco de sus hombros, pero teniéndolo aferrado con rigidez con ambas manos. Ninguno de los que se encontraban en el baldío había cambiado de postura en los diez últimos minutos, dejando la iniciativa por entero en manos de Lov.

Sólo una razón poderosa podría haber llevado a éste a detenerse allí; si no, hubiese tenido buen cuidado de no dejarse ver. El verano anterior se había casado con Pearl, la hija menor de Jeeter Lester, que apenas había cumplido doce años, y ahora quería hablar de ella con Jeeter.

Pearl no quería hablar; no había manera de hacerle pronunciar palabra, por las buenas o por las malas. Hasta llegaba a esconderse de Lov cuando éste regresaba a casa del cargadero de carbón, y si la encontraba se le escabullía de entre las manos para huir a los juncales hasta perderse de vista; incluso a veces llegaba a permanecer en ellos toda la noche para no volver hasta el otro día después de que Lov había marchado a su trabajo.

Lo cierto es que Pearl nunca había hablado gran cosa. Mientras vivió en su casa, antes que Lov se casara con ella, se mantuvo apartada de los otros Lester, y raro fue que despegara los labios de un día para otro. Únicamente su madre, Ada, había podido conversar con ella y aun entonces Pearl se había limitado a responder con monosílabos. Es cierto que Ada había sido lo mismo, ya que sólo había empezado a hablar por voluntad propia en los últimos diez años; hasta entonces Jeeter había tenido con ella las mismas dificultades con que ahora tropezaba Lov.

Lov hacía preguntas a su mujer, la castigaba, le arrojaba palos y piedras y hacía con ella todo cuanto creía que pudiese servir para que le hablara. Pearl no hacía más que llorar, sobre todo si le había hecho mucho daño, y Lov, como es lógico, no pensaba que eso fuera realmente una conversación. Lo que quería era que le preguntase si estaba cansado, si se iba a cortar el pelo, si iba a llover de nuevo... Pero Pearl nunca decía nada.

Varias veces había hablado con Jeeter de sus dificultades con Pearl, pero éste no sabía cuál era la causa de que se portara así. Se había limitado a decirle que desde criatura había sido callada hasta hacía pocos años. Ese silencio de Ada que Jeeter no había podido quebrantar en cuarenta años lo había roto el hambre; el hambre le había aflojado la lengua y desde entonces vivía quejándose. Pero Jeeter no había tratado de recomendarle que hiciese pasar hambre a Pearl, porque sabía que la chica iría a pedir comida a otro lado y la conseguiría.

—Hay veces que creo que tiene el diablo dentro —había dicho Lov—. A mi entender no tiene ni gota de religión, y cuando muera irá a parar al infierno, como dos y dos son cuatro.

—Hombre, a lo mejor no está contenta con su vida de casada —le había respondido Jeeter—. Puede ser que no esté satisfecha con lo que le das.

—He hecho todo lo posible para tenerla contenta y satisfecha. Todas las semanas, el día de pago voy a Fuller y le compro alguna cosita. Le compro rapé, pero no quiere tomarlo: le compro un corte de percal, pero no lo quiere coser. Parece como si quisiera algo que yo no tengo y no puedo conseguir, y me gustaría saber qué es. Es tan bonita..., y esos rizos rubios que le caen por la espalda hay veces que parece que me van a volver loco. ¡No sé lo que me va a pasar, porque necesito a Pearl como mi mujer con todas mis fuerzas!

—Yo creo que todavía es demasiado joven para comprender bien las cosas —le había dicho Jeeter—. No ha crecido todavía como Ellie May o Lizzie Belle o Clara y las otras muchachas. Pearl no es todavía más que una chiquilina, y ni siquiera se ha desarrollado como una mujer.

—Si hubiera sabido que iba a ser así, tal vez no habría deseado tanto casarme con ella; podría haberlo hecho con una mujer que quisiera estar casada conmigo. Pero ahora no quiero dejar ir a Pearl; me he acostumbrado a tenerla cerca y no podría

pasarme sin esos rizos rubios que le caen por la espalda. Parece que hicieran que uno se sienta como solo... Realmente es bonita, a pesar de la forma en que se porta todo el tiempo.

Lov, en esa oportunidad, al volver a su casa había contado a Pearl lo que de ella había dicho Jeeter, pero ésta le escuchó sin hacer el menor movimiento en la silla en que estaba sentada, ni pronunciar palabra. Después de eso, Lov ya no supo qué hacer con ella, pero comprendió que todavía no era más que una criatura. Durante los ocho meses que llevaban casados había crecido cerca de diez centímetros y había aumentado unos ocho kilos, pero aún no pesaba más de cuarenta y cinco, aunque día a día fuera aumentando en altura y peso.

El motivo particular que ahora traía a Lov a hablar con Jeeter era la negativa de Pearl a dormir con él. Llevaban casi un año de casados y aún continuaba durmiendo sola, como lo había hecho desde el primer día. Lo hacía en un jergón tendido en el suelo y no dejaba que Lov la besara o la tocara. Lov le había dicho que las vacas eran buenas recién después de haber sido servidas y que se había casado con ella porque quería besarla, acariciar sus rizos rubios y dormir con ella; pero Pearl no había dado siquiera señal de haberlo oído o de saber de qué estaba hablando. Después de quererla besar y hablar con ella, lo que más ambicionaba Lov era contemplar sus ojos, pero hasta ese gusto le estaba vedado; sus ojos azul pálido estaban siempre mirando en otra dirección cuando llegaba y se plantaba delante de ella.

Lov seguía aún sin moverse en mitad del camino, mirando a Jeeter y los demás Lester que estaban en el baldío. Estos por su parte esperaban que hiciera el primer movimiento, importándoles poco que fuese amistoso u hostil mientras hubiese nabos en el saco.

Jeeter estaba pensando en dónde habría conseguido Lov los nabos, pero sin que se le ocurriera que los había comprado; hacía ya mucho tiempo que Jeeter había llegado a la conclusión de que el único modo posible de conseguir comida en cantidad apreciable era robándola, pero ese año no había podido encontrar nabos en ocho o diez kilómetros a la redonda. El año anterior en el terreno de los Peabody habían sembrado una hectárea, pero los Peabody se mantuvieron vigilándolo escopeta en mano, y este año ni siquiera se habían molestado en sembrarlos.

—¿Por qué no sales del camino del tabaco, Lov, y entras en el patio? —dijo Jeeter—. No tienes por qué estar parado allí. Entra y descansa.

Lov no contestó ni hizo movimiento alguno. En ese momento debatía consigo mismo si no era mejor que se quedara seguro donde estaba en lugar de correr el peligro de entrar en el baldío.

Últimamente Lov había estado pensando en procurarse unas correas para atar con ellas a Pearl a la cama por las noches. Hasta entonces había probado todo cuanto se le había ocurrido, salvo la fuerza, y continuaba decidido a conseguir que se portara

como creía que debía hacerlo una esposa. Ahora había llegado al punto en que quería contar con la opinión de Jeeter antes de poner en marcha su proyecto, pues creía que éste sabría si era práctico, ya que había tenido que vérselas con Ada durante casi toda su vida. Sabía que en una época Ada se había portado lo mismo que ahora Pearl, pero Jeeter no había sido tratado de la misma manera que él, ya que Ada le había dado diecisiete hijos mientras que Pearl ni siquiera empezaba a tener el primero.

Si Jeeter decía que le parecía bien que atara a Pearl a la cama, lo haría sin vacilar. Jeeter sabía de esas cosas mucho más que él; llevaba cuarenta años casado con Ada.

Lov esperaba que Jeeter se ofrecería a acompañarlo a su casa junto al cargadero de carbón y le ayudaría a atar a Pearl a la cama. Pearl se resistía con tanta furia cada vez que quería echarle mano, que tenía miedo de no poder hacer nada sin ayuda de Jeeter.

Los Lester seguían de pie en el corral y la galería de la casa, esperando ver qué hacía Lov. Ese día había habido nuevamente muy poco que comer en la casa; un poco de sopa salada que había hecho Ada hirviendo en una olla unos trozos de pellejo de tocino y un poco de pan de maíz. Eso había sido la única comida y ni siquiera había alcanzado para todos ellos, de modo que habían empujado a la abuela fuera de la cocina cuando quiso entrar.

Ellie May se hallaba detrás de un amole^[2], asomando la cabeza para mirar a Lov, y moviéndola de un lado a otro del tronco para atraer su atención.

Ellie May y Dude eran los únicos hijos de los Lester que aún quedaban en la casa. Los restantes se habían marchado y casado, y algunos se fueron en forma casual, como si sólo salieran hasta el cargadero de carbón para ver los trenes de carga. Al no regresar pasados dos o tres días, se sabía que habían abandonado para siempre el hogar.

Dude estaba tirando una pelota deformada de *baseball* contra una de las paredes de la casa, y la agarraba de rebote. La pelota golpeaba contra la casa con un estruendo infernal, sacudiendo los tablones hasta que sus vibraciones hacían que todo el edificio se tambaleara. Arrojaba la pelota sin parar, y ésta volvía con regularidad matemática, a través del patio hasta el punto en que se encontraba.

La casa, de tres habitaciones, estaba montada en forma precaria sobre unas pilas de losas de piedra caliza colocadas bajo sus cuatro esquinas. Las piedras habían sido puestas una sobre otra, sobre ellas las vigas maestras y el resto del edificio armado con clavos y tomillos. Lo simple y descuidado de su construcción se ponía ahora en evidencia. En el centro, el edificio se hundía entre los umbrales; la galería del frente se había desprendido del resto de la casa y estaba ahora un pie más baja que cuando se construyó; y el techo también había cedido en el centro, por haber sido colocadas descuidadamente las vigas que lo sostenían. La mayor parte de las tejas estaban podridas, y cada vez que había una tormenta el baldío quedaba cubierto de trozos

dispersos en todas las direcciones. Cuando aparecían goteras en el techo, los Lester se trasladaban de un lado al otro del cuarto, hasta que cesaba la lluvia, y la casa jamás había sido pintada.

Jeeter estaba tratando de poner un parche a una cámara podrida. Había dicho que si alguna vez conseguía que todos los neumáticos de su viejo coche estuvieran inflados a la vez, llevaría a Augusta una carga de leña para venderla. Los leñadores recibían dos dólares por cada carga de pino estacionado entregada en la ciudad; pero Jeeter nunca conseguía más de cincuenta o setenta y cinco centavos por el roble enano que quería que la gente le comprara como combustible. Habitualmente, cuando conseguía llegar con una carga de esa madera a Augusta, no podía ni siquiera regalarla; nadie, al parecer, era tan tonto como para comprar una madera que era más dura que el hierro. La gente discutía con Jeeter a causa de su empecinamiento en vender como leña el roble enano, y trataba de convencerle de que no servía como combustible, pero Jeeter contestaba que quería sacar todo el que tenía en sus tierras porque iba a cultivarlas de nuevo.

Lov, entretanto, había dado unos pasos en dirección del patio, sentándose al borde del camino del tabaco, con los pies en la cuneta. Continuaba aferrando con firmeza el saco con una mano, por la boca, en donde había sido cerrado con un trozo de bramante.

Ellie May seguía escondida detrás del amolé, tratando de atraer la atención de Lov, pero cada vez que éste miraba en su dirección, ocultaba rápidamente la cabeza detrás del tronco, para que no pudiese verla.

—¿Qué tienes en ese saco que llevas allí, Lov? —gritó Jeeter desde el corral—. Te he estado viendo venir desde hace un rato con ese saco en la espalda, y te digo que me gustaría saber qué tienes dentro. Oí decir que algunos tienen nabos este año.

Lov empuñó con más fuerza aún el saco, mirando primero a Jeeter y luego en forma sucesiva a cada uno de los Lester, y vio a Ellie May que lo contemplaba desde detrás del amolé.

—¿Te costó mucho trabajo conseguir lo que tienes en el saco ése, Lov? —dijo Jeeter—. Parece como si te hubieses quedado sin aliento.

—Quiero decirte algo, Jeeter —respondió—. Es sobre Pearl.

—¿Qué ha hecho ahora esa chica, Lov? ¿Te está tratando mal otra vez?

—Es lo mismo de siempre, sólo que esta vez ya me estoy cansando. No me gusta la forma en que se porta; nunca estuve conforme con lo que hace, pero cada vez es peor. Todos los negros se ríen de mí por la forma en que me trata.

—Pearl es igual a su madre —dijo Jeeter—. Su madre solía hacer las cosas más raras en su época.

—Cada vez que quiero tenerla a mi lado se escapa, y no quiere volver cuando la llamo. Ahora, digo yo, ¿para qué diablos tenía yo que casarme con una mujer si no

tengo ninguna de las ventajas? Dios no quiso que las cosas fueran así, ni quiere que un hombre sea tratado de esa manera. Está bien que una mujer juegue un poco con uno hasta conseguir lo que quiere, pero no parece que Pearl piense eso; a su manera de ver no está jugando conmigo, pero para mí es como si lo estuviera haciendo. En este momento siento como si quisiera una mujer que no sea tan...

—¿Qué tienes en ese saco, Lov? —interrumpió Jeeter—. Te he estado mirando desde hace una hora o más, desde que pasaste por lo alto de aquella colina, allá lejos.

—Nabos, ¡recristo! —contestó Lov, mirando a las mujeres.

—¿Dónde conseguiste esos nabos, Lov?

—¡Poco que te gustaría saberlo!

—Estaba pensando que tal vez pudiéramos hacer algún arreglo, Lov..., tú y yo. Por ejemplo, yo podría ir hasta tu casa y más o menos decirle a Pearl que tiene que dormir en la cama contigo. De eso pensabas hablar conmigo, ¿no es cierto? Tú quieres que duerma en la cama, ¿no?

—Nunca ha dormido en la cama; todas las noches las pasa en ese condenado jergón tirado en el suelo. ¿Crees que podrías conseguir que dejara de hacer eso, Jeeter?

—Me gustaría de veras conseguir que hiciera lo que debe..., eso es, si tú y yo llegamos a un arreglo con esos nabos, Lov.

—Para eso vine aquí..., para hablarte de Pearl, pero no creas que voy a darte uno solo de estos nabos. He tenido que pagar medio dólar por los que hay en el saco y tuve que ir hasta la otra punta de Fuller y volver de allí, todo el tiempo caminando, para conseguirlos. Pearl es tu hija, y debías de hacer que se porte bien sin pedirme nada. No hace ningún caso a las cosas que le digo que haga.

—Por Cristo bendito, Lov, todos los malditos nabos que planté este año están comidos por los gusanos, y no he conseguido uno bueno desde la primavera del año pasado; todos mis nabos están llenos de esos malditos gusanos verdes, Lov. No puedo entender para qué hizo Dios a esos gusanos; parece como si quisiera castigar aún más a los pobres. Trabajé todo el otoño pasado preparando un pedazo de tierra para plantar nabos, y cuando ya estaban crecidos como para sacarlos y comerlos, llegaron esos malditos gusanos verdes y se metieron dentro de ellos. Dios realmente prueba al pobre; pero no me quejo, Lov, y digo que el Señor sabe lo que hace con los nabos. Un día de éstos se acordará de nosotros y todos los pobres podremos comer hasta llenarnos y tendremos ropa abundante. No podemos ir de peor en peor cada año, como ha pasado desde la gran guerra. Dios lo arreglará un día de éstos y hará que los ricos devuelvan todo lo que nos han quitado a nosotros, la gente pobre. Dios nos va a tratar bien y no dejará que sigan las cosas como ahora, pero tenemos que dejar de maldecirlo cuando no tenemos nada que comer; si no, nos mandará al infierno por persistir en hacerlo.

Lov arrastró el saco de nabos a través de la cuneta y se sentó de nuevo; por su parte, Jeeter puso a su lado la cámara podrida y esperó.

II

Lov abrió el saco, eligió un nabo de buen tamaño, lo limpió con las manos y le dio tres grandes mordiscos, uno tras otro. Las mujeres miraban comer a Lov; Ellie May salió de detrás del amolé y se sentó en un tronco de pino no lejos de él, mientras Ada y la abuela contemplaban desde la galería cómo se achicaba con cada mordisco el nabo.

—Ahora, si Pearl se pareciera en algo a Ellie May no se portaría así —dijo Lov—. Al principio me hubiese quedado con Ellie May, si no fuera por la cara que tiene, pero sabía que no hubiese podido dormir tranquilo por las noches con ella en la cama, recordando cómo era de día. Pearl es bonita y da ganas de dormir con ella, pero no puedo sacarla de ese condenado jergón cuando llega la noche. Tendrías que venir allí y hacerla que se porte como debe, Jeeter. He estado casado con ella casi un año, y todo ese tiempo lo podría haber pasado lo mismo paleando carbón en el cargadero noche y día sin haber vuelto a mi casa para nada. Las cosas no fueron dispuestas así, y uno tiene derecho a querer que su mujer se meta en la cama cuando se hace oscuro. Nunca oí de una mujer que quisiera dormir en un maldito jergón tendido en el suelo todas las noches del año. Pearl, en cambio, es así.

—Por Cristo bendito, Dude —dijo Jeeter—, ¿no pararás nunca de tirar esa pelota contra la casa? Ya has aflojado casi todas las tablas, y esa condenada casa va a caerse uno de estos días si no dejas de hacer eso.

Jeeter cogió de nuevo la cámara, tratando de conseguir que se pegara el parche. El viejo coche contra el que estaba sentado era el último de sus bienes. El año anterior había muerto la vaca, quedándole sólo el coche. Hasta entonces había solido jactarse de sus posesiones, pero cuando perdió la vaca ni siquiera volvió a mencionar el coche. Había empezado a pensar en que realmente era pobre; ya no tenía nada que pudiera empeñar cuando llegaba en la primavera el momento de comprar guano y semilla de algodón, y ni siquiera en el cementerio de coches de Augusta habían querido dar nada por el suyo. Pero aún podía vender leña: el roble enano, duro como alambre, que crecía detrás de la casa; y ahora estaba tratando de componer la cámara para llevar una carga a Augusta en esa semana. Ada le había dicho que se había terminado la harina de maíz y la carne; ya llevaban varios días viviendo de trozos de pellejo de tocino y cuando éstos se terminaran no les quedaría nada de comer. Una carga de roble podía valer cincuenta o setenta y cinco centavos en Augusta, si encontraba quien se la comprara. Cuando murió la vaca, Jeeter llevó los restos a la fábrica de abonos de Augusta y allí le dieron dos dólares y cuarto por ellos, pero desde entonces no le había quedado nada por vender, salvo el roble enano.

—Deja de tirar esa condenada pelota contra las tablas, Dude —dijo—. Nunca haces lo que te digo, y ésa no es manera de tratar a tu viejo, Dude. Tendrías que tratar

de ayudarme, en lugar de estar siempre haciendo lo que no debes.

—Oh, vete al diablo, viejo idiota —contestó Dude, tirando la pelota contra un lado de la casa con todas sus fuerzas—. Nadie te ha pedido que hagas nada.

La abuela, madre de Jeeter, se arrastró debajo de la galería para recoger un saco viejo, y luego atravesó el camino del tabaco para ir a buscar ramas secas, sin que nadie le hiciera el menor caso.

Nunca cortaban leña para la cocina y la chimenea; Jeeter no quería hacerlo, y nunca pudo conseguir que Dude hiciera ese trabajo. La vieja Lester sabía que no había nada para cocinar, y que no hacía más que perder el tiempo al buscar ramas secas para hacer fuego; pero estaba hambrienta, y siempre esperaba que Dios los ayudaría si encendía fuego en la cocina a la hora de comer. La vista de la bolsa de nabos de Lov la había llenado de desesperación; a veces podía soportar el dolor que sentía en el estómago al saber que no había nada de comer, pero ahora Lov sacaba los nabos del saco delante de todos, y no podía resistir la vista de comida que nadie estaba dispuesto a darle.

Con paso vacilante se dirigió a través del camino del tabaco y del viejo campo de algodón, que llevaba ya seis o siete años sin sembrarse ni cultivar. Al principio el campo había sido invadido por los juncos y retamas, y ahora por todas partes asomaban los troncos nudosos y puntiagudos de los robles enanos. Tropezó y se cayó varias veces en camino al bosquecillo, y sus ropas habían sufrido tantas desgarraduras ya, que los nuevos jirones de la falda y la chaqueta no podían distinguirse de los anteriores. La chaqueta y la camisa que usaba habían quedado convertidas en harapos por las espinas de los brezos y las ramas duras de los robles enanos del bosquecillo en que recogía ramas secas para el fuego, y jamás las había podido reemplazar por otras nuevas. Mientras avanzaba a tropezones por el juncal, parecía un espantapájaros con sus harapos negros.

El viento de febrero silbaba entre los jirones de tela negra sacudiéndolos hasta dar la impresión de que estuviera temblando presa de un ataque epiléptico. Llevaba las piernas cubiertas por tiras de tela negra arrolladas y anudadas en los extremos, y en lugar de zapatos usaba trozos de cuero cuadrados y atados con unas tiras de bramante a sus pies. Mañana, tarde y noche salía a recoger ramas secas, y cada vez que regresaba encendía la cocina y se sentaba a esperar.

Ada cambió de un lado de la boca a otro el trozo de tabaco que estaba mascando y miró con ansia a Lov y su saco de nabos. Se apretaba sobre el pecho su vestido de percal demasiado amplio para abrigarse del frío viento de febrero que penetraba en la galería. Los demás estaban sentados o de pie afuera, al sol.

Ellie May bajó del tronco de pino en que estaba, se sentó en el suelo, y luego se fue aproximando poco a poco a Lov, arrastrándose por la arena dura que cubría el corral.

—¿Estás pensando en darme algunos de esos nabos? —preguntó Jeeter a Lov—. Necesito nabos, y sólo Dios sabe cómo.

—No pienso dar nabos a nadie.

—Mira, Lov, ésa no es forma de hablar. No he conseguido un nabo bueno desde la primavera de hace un año, y todos los que he comido tenían esos malditos gusanos verdes dentro. Te juro que me gustaría comer algunos nabos buenos ahora mismo; esos con gusanos, como los míos, no son para un hombre.

—Vete a Fuller y cómprate algunos, entonces —dijo Lov, terminando de comerse el cuarto nabo—. Yo fui allí para conseguir los míos.

—Dime, Lov, ¿no he sido siempre bueno contigo? No debes hablar así. Sabes que no tengo un centavo y que no sé dónde conseguir dinero. Tú tienes un buen trabajo que te da mucho dinero, y deberías hacer un arreglo conmigo para que así yo tenga algo que comer y no tenga que morirme de hambre. No querrás estar sentado ahí y verme morir de hambre, ¿no es cierto, Lov?

—No gano más que un dólar por día en el cargadero; la renta de la casa se lleva la mayor parte de eso y la comida el resto.

—Eso no cambia nada, Lov. Yo no tengo un centavo y tú sí.

—Yo no tengo la culpa. El Señor nos mira a todos igual según dicen. A mí me da lo mío y si tú no consigues lo tuyo, lo mejor será que hables con El de eso. No es cosa mía y tengo bastantes cosas de que preocuparme. Pearl no quiere...

—¿No vas a dejar nunca de tirar esa condenada pelota contra la casa, Dude? —gritó Jeeter—. Ese ruido me está partiendo la cabeza.

Dude tiró la pelota contra los flojos tablones con todas sus fuerzas. Trozos de madera de pino cayeron en el patio y pedazos de tablas podridas fueron a dar junto a la casa. Parecía que Dude tiraba la pelota más fuerte cada vez, y a veces daba la impresión de que iba a atravesar las paredes de la casa.

—¿Por qué no te vas a algún lado y robas una bolsa de nabos? —dijo Dude—. Ya no sirves para nada más. No haces más que estar sentado aquí y maldecir todo el tiempo de que no tienes nada de comer, ni nabos... ¿por qué no te vas a algún sitio y robas algo? Dios no te va a dar nada y no va a hacer que caigan nabos del cielo. No tiene tiempo para perderlo tonteando contigo, y si no fueras tan vago harías algo en lugar de estar quejándote todo el tiempo.

—Mis hijos me echan todos la culpa a mí porque a Dios le parece bien que esté castigado por la pobreza, Lov —dijo Jeeter—. Ellos y su madre me están maldiciendo todo el tiempo porque no tenemos comida. Pero yo no tengo nada que ver. No es culpa mía que el Capitán John dejara de darnos raciones y tabaco, sino culpa suya. Toda mi vida trabajé para el Capitán John y yo solo trabajaba más que cuatro de los negros que tenía en la plantación; luego, lo primero que supe es que vino aquí una mañana y me dice que no podía dejarme que siguiera sacando comida y tabaco del

almacén, y después vende todas sus mulas y se va a Augusta a vivir. No puedo hacer dinero porque no hay nadie que quiera que se trabaje para él, y tampoco nadie quiere tomar colonos. No puedo encontrar ningún trabajo y no puedo ni siquiera tener una cosecha mía porque no tengo una mula y además nadie quiere darme semilla de algodón y guano a crédito. Ahora no puedo conseguir ni tabaco ni comida, sino alguna vez cuando llevo una carga de leña a Augusta. El Capitán John dijo a los comerciantes de Fuller que no me dejaran sacar más tabaco ni raciones a su cuenta, y no sé dónde conseguir nada. Recogería una cosecha mía en esta tierra si consiguiera que alguno firmara mis pagarés por el guano, pero ninguno quiere hacer eso por mí, tampoco. Eso es lo que quiero hacer con todas mis ganas ahora. Cuando pasa el invierno, y llega el tiempo de quemar los juncos en el campo y las hierbas en los matorrales, me parece como si me entraran ganas de llorar. El olor de ese humo parece como si casi me volviese loco. Después todos los demás empiezan a arar, y eso es lo que más me duele; cuando me llega el olor de la tierra fresca de los surcos que quedan detrás de los arados, me siento sin fuerza y empiezo a temblar. Está en mi sangre... quemar los juncales y arar la tierra en este tiempo del año; lo hice durante casi cerca de cincuenta años, y mi padre, y su padre antes que él, eran la misma clase de hombres. A nosotros los Lester nos gusta mover la tierra y hacer crecer plantas en ella. Yo no puedo irme a las hilanderías, como los demás; la tierra me tiene cogido muy fuerte.

»Este montón de mujeres y chicos está todo el tiempo pidiendo a gritos tabaco y comida, además. No les importa que no tenga nada para comprarlo..., igualmente lo quieren, pero me parece, Lov, que tendré que esperar que el buen Dios provea. Me dicen que cuida a los suyos y estoy esperando que quiera acordarse de mí. No creo que haya otro hombre entre esto y Augusta que esté tan mal como estoy yo; y lo mismo para el otro lado, entre esto y McCoy... Parece como si todo el mundo tuviera cosas y crédito, menos yo. No sé por qué es eso, ya que siempre he dado lo suyo al Señor, y El y yo hemos sido justos cada uno con el otro, pero ya es hora de que empiece a fijarse en la situación en que estoy. No sé nada más que pueda hacer, sino esperar que se acuerde de mí. No consigo nada con tratar de pedir tabaco y comida, porque no hay nadie que vaya a dármelos; lo he probado en toda esta parte, pero nadie ha hecho caso de mis pedidos. Dicen que tampoco tienen nada, pero no veo cómo puede ser eso; no me parece que todo el mundo deba ser pobre sólo porque vive en la tierra en lugar de irse a las fábricas. Si he sido un hombre malo, no sé qué es lo que he hecho; no me parece recordar nada muy malo que haya hecho ahora. Las cosas no solían ser tampoco como ahora... Recuerdo no hace mucho tiempo cuando todos los comerciantes de Fuller estaban encantados de darme crédito, y entonces siempre tenía dinero abundante para gastar; el algodón se vendía a más de treinta centavos la libra, y nadie venía a cobrar las deudas. Pero, de pronto, los comerciantes

de Fuller no me quisieron dar más mercaderías a fiado, y bien pronto vino el *sheriff* para llevar casi todas las cosas que tenía. Se llevó cuanta condenada cosa había, fuera de ese coche viejo y la vaca; dijo que la vaca no valía porque ya no podía ser servida y los neumáticos del coche estaban todos gastados.

»Y ahora no puedo conseguir más crédito, no puedo encontrar un trabajo pago y nadie quiere tener colonos. Si el Señor no empieza a darme su ayuda muy pronto, será demasiado tarde para salir de mis males.

Jeeter hizo una pausa para ver si Lov estaba escuchando, pero éste tenía la cabeza vuelta en otra dirección, y ahora estaba mirando a Ellie May, que por fin había conseguido que le prestara alguna atención.

Ellie May se estaba acercando cada vez más a Lov, y se iba moviendo a través del corral levantándose en vilo sobre manos y pies y arrastrándose así sobre la arena. Sonreía a Lov, tratando de conseguir que se fijara más en ella; ya no podía seguir esperando que fuera a ella, así que iba a él, y su labio superior, partido como el de un conejo, dejaba ver todos sus dientes, dando la impresión de que no existiese. Los hombres habitualmente no querían saber nada con Ellie May, pero ya había cumplido los dieciocho años y había empezado a darse cuenta de que podría conseguirse un hombre a pesar de su aspecto.

—Ellie May está haciendo lo mismo que solía hacer aquel perro de caza viejo tuyo cuando tuvo sarna —dijo Dude a Jeeter—. Mira cómo se frota el trasero en la arena. Aquel perro también solía hacer el mismo ruido que está haciendo Ellie May; parece un chanchito que chillara, ¿no es cierto?

—Por Dios bendito, Lov, quiero algunos nabos que se puedan comer —dijo Jeeter—. No he comido todo el invierno nada más que harina de maíz y pellejos de tocino, y siento una gana tremenda de nabos, y todos los que planté están llenos de esos malditos gusanos verdes. ¿Dónde conseguiste esos nabos, Lov? Tal vez pudiéramos hacer un arreglo de alguna forma. Yo siempre te he tratado bien; debías dármelos ya que yo no tengo ninguno, y lo primero que haré mañana es ir a tu casa para decir a Pearl que debe dejar de portarse como lo está haciendo. Es una vergüenza que una chica como ella te trate así..., y le diré que tiene que dejarte usar tus derechos legales con ella. Nunca he oído de una condenada muchacha que duerma en un jergón en el suelo, cuando su marido tiene cama para ella, y Pearl no seguirá con eso después de que se lo diga. Ésa no es manera de tratar a un hombre cuando se ha tomado la molestia de casarse, y ya es hora de que lo vaya sabiendo, también. Iré allí por la mañana temprano y le diré que se meta en la cama.

Lov ya no prestaba atención a Jeeter. Estaba contemplando cómo Ellie May se arrastraba a través del patio hacia él, y cuando llegó algo más cerca metió la mano en el saco, sacó otro nabo y empezó a darle grandes mordiscos. Pero esta vez no se molestó en limpiarlo.

Ada cambió de lugar el tabaco que estaba mascando nuevamente, y se quedó mirando a Ellie May y Lov con la boca abierta.

Dude también se quedó contemplando a Ellie May.

—Ellie May se va a llenar de arena si no para de hacer eso —dijo—. Tu perro nunca lo hacía tanto tiempo seguido, ni tampoco se quejaba todo el tiempo como ella.

—Por Cristo bendito, Lov —dijo Jeeter—. Quiero nabos, y podría casi comerme toda una bolsa de ellos desde ahora hasta el momento de acostarme esta noche.

III

Jeeter cada vez surtían menos efecto en Lov, que ni siquiera se daba cuenta de que alguien le hablaba; ahora sólo tenía ojos para Ellie May.

—Ellie May está queriendo pescar a Lov, ¿no es cierto? —dijo Dude, tocando a Jeeter con el pie—. Si no anda con cuidado, todavía se va a herir toda.

La cámara que Jeeter seguía tratando de reparar se hallaba completamente podrida, los neumáticos aún en peor estado, y el «Ford», que tenía catorce años, daba la impresión de que se iba a deshacer antes de que Jeeter volviera a calzar las ruedas, y desde luego mucho antes de que pudiera cargarlo con leña para ir a Augusta. La capota había desaparecido hacía ya siete u ocho años, y el único guardabarros que quedaba estaba sujeto con alambre al resto del coche. No quedaba un elástico ni una muestra del crin en los asientos, porque los chicos los habían abierto para ver qué había dentro y nadie se había tomado el trabajo de componerlos.

El radiador se había caído en mitad del camino años antes, cosa que no podía decirse que hubiese mejorado el aspecto del coche, y en su lugar habían puesto una lata de grasa con un agujero abierto en el fondo y atada con alambres a la tubería de agua. La lata no sustituía bien al radiador, pero era mejor que nada; cuando Jeeter quería ir a algún sitio, llenaba la lata de agua, ponía en marcha el coche y seguía hasta que desaparecía toda el agua y el motor recalentado se paraba. Entonces salía a buscar agua para llenar de nuevo la lata. Todo el coche era lo mismo; había sido usado por las gallinas para empollar, cuando hubo gallinas en la casa de los Lester, y estaba todo manchado, sin que nadie se hubiese tomado jamás la molestia de lavarlo.

Ellie May se había arrastrado desde un extremo del corral al opuesto, y ahora estaba junto a Lov, que seguía al lado de su saco de nabos. Nunca había sido tan atrevida, y había conseguido que Lov la contemplara sin recordar para nada su labio partido; el labio superior de Ellie May tenía una hendidura de medio centímetro de ancho que dividía su boca en dos partes desiguales, ya que terminaba casi debajo de la fosa nasal izquierda. Tenía encías grandes y de un rojo encendido, así que la abertura era causa de que pareciera que estaba sangrando profusamente por la boca. Hacía quince años que Jeeter venía diciendo que iba a hacer que cosieran el labio de su hija, pero aún no se había resuelto a hacerlo.

Dude cogió un trozo de madera podrida que había caído al suelo, y se lo arrojó a su padre, pero sin apartar la vista de Ellie May y Lov, cuyos actos, y especialmente el comportamiento de Ellie May, lo tenían aturdido.

—¿Qué quieres ahora, Dude? —dijo Jeeter—. ¿Qué te pasa para tirarme maderas así?

—Ellie May está alzada —dijo Dude.

Jeeter miró a través del corral al sitio en que Ellie May y Lov estaban sentados

juntos. El tronco de un amolé le impedía ver con claridad lo que estaba pasando, pero pudo comprobar que la muchacha estaba sentada en las rodillas de Lov y que éste le ofrecía un nabo que sacaba del saco.

—Ellie May está alzada, ¿no es verdad, papá?

—Me parece que estuve equivocado al casar a Pearl con Lov —dijo Jeeter—. Pearl no ha sido hecha para mujer de Lov; no se interesa en las necesidades y no le importa un diablo lo que piensan los demás de eso; no es la clase de muchacha para ser mujer de Lov. Es rara, y me parece que quiere ir a Augusta, como hicieron las otras. Ninguna de ellas estaba contenta con quedarse aquí; no son como yo, prefiero el campo a estar dentro de una maldita fábrica. Uno no siente allí el olor del humo cuando se queman los juncales, y cuando llega el tiempo de arar uno se siente enfermo dentro, pero no sabe qué le pasa. No sé cuántas veces me han hablado de la gente que se encuentra enferma en las hilanderías en primavera, pero cuando te quedas en el campo no te sientes así en esta época del año porque puedes oler el humo de los juncales quemados y sentir cómo entra en tu cuerpo el viento que viene de los surcos recién abiertos, así que en lugar de sentirte enfermo y no saber qué tienes dentro, como pasa en las malditas hilanderías, aquí en el campo te sientes mejor que nunca. No puedes escapar a la primavera escondiéndote dentro de una condenada fábrica; hay que quedarse en el campo para sentirse bien. Eso es porque las fábricas fueron hechas por los hombres; en cambio Dios hizo la tierra, pero no verás que haga esas malditas hilanderías. Por eso no voy allí como los demás, y me quedo donde Dios me hizo un lugar.

—Ellie May está con Lov como si fuera su mujer —dijo Dude.

Ada cambió de postura en la galería; no se había movido del lugar en que estaba cuando Lov entró en el corral, y hacía un rato largo que no apartaba la vista de Lov y Ellie May.

—A lo mejor Dios ha dispuesto que fuera así —dijo Jeeter—. Tal vez sepa de eso más que nosotros los mortales. ¡Dios es un viejo sabio y no se le puede engañar! Se ocupa de pequeños detalles en que nosotros nunca nos fijamos. Por eso no pienso dejar el campo para irme a Augusta a vivir en una maldita hilandería; Dios me puso aquí y nunca me ha dicho que me vaya, y por eso me quedo en el campo. Nadie sabe lo que me podría pasar si abandonara esto y me fuera a las hilanderías; Dios podría enojarse y dejarme muerto allí mismo. O también puede dejarme estar aquí hasta el día de mi muerte natural, pero castigándome con toda clase de cosas endiabladas, porque muchas veces castiga de esa manera. Nos deja seguir consumiéndonos poco a poco y agobiándonos hasta que uno llega a desear estar muerto y enterrado. Por eso no me voy a las hilanderías con tanto apuro como hicieron todos los demás que vivían alrededor de Fuller. Se fueron allí y todos sienten ahora el deseo de la tierra, pero no pueden volver. Ahora tienen que quedarse, y eso es lo que les ha hecho Dios

por haber abandonado la tierra, y ahora los va a perseguir a cada paso hasta que mueran.

—Mira lo que está haciendo Ellie May —exclamó Dude—. ¡Parece que se hubiese vuelto loca!

—Por Cristo bendito, Lov —gritó Jeeter a través del corral—, ¿qué hay de esos nabos? ¿Tienen dentro esos condenados gusanos verdes como los míos? He estado deseando comer nabos buenos desde la primavera pasada, y si el Capitán John no hubiese vendido todas sus mulas y dicho que no me dieran más guano a su cuenta, podría haber tenido nabos de sobra este año. Pero cuando vendió las mulas y se fue a Augusta, dijo que no iba a dejar que nosotros, sus colonos, lo arruinásemos comprando guano a su cuenta en Fuller. Dijo que no valía la pena de seguir arando y por eso ya no tenemos más tabaco ni comida. Ada dice que tiene que tener un poco de tabaco de vez en cuando porque le parece que le aplaca el hambre, y así es. Cada vez que vendo una carga de leña me compro una docena de tarros de tabaco aunque no me quede dinero para comprar harina y carne, porque el tabaco es algo que todo hombre debe tener. Cuando siento un dolor fuerte de vientre, puedo tomar un poco de tabaco y ya no siento más hambre en todo el día. El tabaco es una gran cosa para poder vivir.

»Pero este año no he podido cultivar nabos; no tenía una mula y no tuve guano. Es cierto que había unos surcos allí en el campo, pero no puedes cultivar un campo si no tienes una mula para arar. La azada no sirve más que para cortar el algodón y el maíz, y es una tontería querer cultivar nabos con una azada, y me parece que es por eso que se metieron esos malditos gusanos verdes dentro de los nabos. Si hubiese tenido una mula para cultivarlos no se hubieran agusanado.

»¿Has oído lo que estaba diciendo, Lov? ¡Todavía no me has dicho nada de esos nabos, y siento en mi estómago tan tremenda ansia de ellos! Me gustan los nabos tanto como las sandías a los negros, y los nabos son una de las cosas mejores para comer que conozco.

Lov no miró; estaba diciendo algo a Ellie May y escuchando lo que ésta contestaba.

Lov había dicho siempre a Jeeter que no quería saber nada de Ellie May porque tenía el labio partido. Cuando estaba poniéndose de acuerdo con Jeeter sobre Pearl, dijo que podría considerar quedarse con Ellie May si Jeeter la llevaba a Augusta para que un médico le cosiera el labio. Jeeter estudió la cuestión concienzudamente y decidió que era mejor dejar que se llevara a Pearl, porque el arreglo del labio quizá le costaría más de lo que estaba sacando del asunto. El dejar que Lov se llevara a Pearl era puro beneficio. Lov le había dado unas mantas, además de una lata de aceite de máquina y toda la paga de una semana, que ascendía a siete dólares. Lo que más precisaba Jeeter era el dinero, pero lo demás era también muy necesario.

Jeeter había estado pensando en llevar a Ellie May a un médico desde que ésta cumplió los tres o cuatro años, de modo que no tuviera inconveniente para casarse. Pero con una cosa y otra, nunca lo había hecho. Sin embargo, siempre que tenía ocasión de pensar sobre la cuestión, se decía que algún día la llevaría.

En la época en que Lov se casó con Pearl, solía decir que le gustaba más Ellie May, pero que no quería tener una mujer con el labio hendido, porque sabía que los negros se reirían de él. Eso había sido el verano anterior; mucho antes de que le empezara a gustar Pearl tanto que ahora hacía todo lo que podía para que dejara de dormir en un jergón sobre el suelo. Los largos rizos rubios de Pearl, que le caían por la espalda, y sus ojos azul pálido habían trastornado a Lov, y ahora creía firmemente que no había una muchacha más bonita en el mundo entero. Y, a decir verdad, no había un solo hombre que la hubiese visto que no pensara lo mismo, y cada día estaba más hermosa.

Pero los deseos de Lov no eran satisfechos. Pearl estaba más decidida que nunca, si eso fuera posible, a mantenerse apartada de él, y ahora que Ellie May se había arrastrado a través de todo el patio y estaba sentada en sus rodillas, Lov sólo pensaba en ella. Aparte de su labio partido, Ellie May era una muchacha tan codiciable como la mejor que pudiera hallarse en toda la zona de las dunas que rodeaba a Fuller, y Lov bien lo sabía, porque las había probado a todas, blancas y de color.

—Lov no está pensando en nabos —dijo Dude, contestando a su padre—. Lo que quiere es arreglarse con Ellie May, y no le importa nada su cara ahora..., y no es que piense en besarla. Nadie va a besarla, pero eso no es decir que nadie no quiera estar con ella; he oído no hace mucho a los negros que hablaban de eso en el camino, junto al molino viejo, y decían que podía conseguir todos los hombres que quisiera con sólo taparse la cara.

—Deja de tirar esa pelota contra la casa —dijo Jeeter con tono irritado—. Vas a partir la pared si no dejas de hacer eso todo el tiempo. La casa no va a aguantarlo mucho tiempo, y de la forma que tiras esa pelota, uno de estos días se va a caer en pedazos. Te aseguro que quisiera que tuvieras más sentido común.

La vieja abuela volvió con la bolsa de ramas secas a la espalda. Llegó arrastrando los pies por la capa de arena que cubría el camino del tabaco, y después se los sacudió en la dura arena del corral, sin mirar a ningún lado. Al llegar a la galería, dejó caer la bolsa y se sentó a descansar un poco en la escaleras antes de entrar en la cocina, y empezó a frotarse los costados, siendo más fuerte que nunca el ruido de sus intestinos. Sentada en el peldaño más bajo de la escalera y con el pecho casi sobre las rodillas, parecía más que nunca un saco de trapos viejos y sucios. No hacía caso alguno de los que la rodeaban, y éstos apenas si habían notado que hubiese ido a algún sitio y estuviera de vuelta; si hubiera ido a los juncales y se hubiera quedado allí, nadie se hubiera dado cuenta en varios días de que estaba muerta.

Mientras trataba de pegar otro parche en la cámara podrida, Jeeter seguía a Lov con el rabillo del ojo. Se había fijado en que Lov se había apartado unos metros de la bolsa de nabos, y aguardaba pacientemente a que aumentara esa distancia. Lov se había olvidado del peligro que corrían sus nabos, y mientras Ellie May continuara jugando con su cabello no iba a acordarse de ellos. La muchacha le había hecho olvidar todo.

—¿Qué te parece que van a hacer ahora? —dijo Dude—. A lo mejor se la lleva al cargadero y la tiene allí todo el día.

Ada, que había estado en la galería todo ese tiempo tan inmóvil como uno de los tirantes que sostenían el techo, de repente se ajustó más el vestido sobre el pecho. El frío viento de febrero apenas era perceptible al sol, pero en la sombra y dentro de la galería penetraba hasta los huesos. Ada llevaba varios años enferma de pelagra, y decía que siempre tenía frío, salvo en pleno verano.

—Lov quiere montarla —dijo Dude— y está por hacerlo ahora mismo. Mira cómo da vueltas a su lado..., parece un semental. Nunca ha dejado que se le arrimara tanto, y dijo que nunca tocaría a Ellie May porque no le gusta su boca. Pero ahora no le importa, ¿no es cierto? Te apuesto a que ni se acuerda que tiene el labio partido, y si se acuerda no le importa nada ahora.

Por el camino venían unos negros en dirección de Fuller. Desde varios centenares de metros antes habían visto a Lov y los Lester en el corral, pero sólo cuando llegaron casi frente a la casa observaron lo que estaban haciendo en uno de los extremos, junto a un amolé, Lov y Ellie May. Entonces dejaron de hablar y reírse y aminoraron el paso hasta casi detenerse.

Dude los llamó a gritos, pero ninguno contestó y se detuvieron para ver lo que pasaba.

—¿Qué tal, Capitán Lov? —dijo uno de ellos.

Lov no lo oyó y los Lester no hicieron más caso a los negros. Cuando éstos pasaban por la casa acostumbraban mirar a los Lester, pero eran pocos los que conversaban con ellos. Entre sí hablaban y se reían de los Lester, y tenían la costumbre de detenerse en las casas de los otros blancos para hablar con ellos; Lov era uno de los blancos con los que les gustaba conversar.

Jeeter cogió la bomba y trató de inflar la cámara que había estado reparando, pero la bomba estaba herrumbrada, el vástago doblado y la junta rota en la base, de manera que todo el aire se escapaba antes de llegar a la válvula. De ese modo, hubiese necesitado una semana para poder inflar el neumático y probablemente le hubiera dado mejor resultado tratar de hacerlo con la boca.

—Me parece que no voy a poder salir para Augusta con una carga de leña antes de la semana próxima —dijo—. Quisiera tener una mula, así podría llevar una carga allí casi todos los días. La última vez que fui a Augusta en el automóvil, todas las

malditas gomas se me desinflaron antes que pudiera llegar y volver. Creo que lo mejor que podría hacer es llenar los neumáticos de paja, como me dijo un hombre, y me parece que tenía razón. Estas cámaras y cubiertas ya no van sirviendo para nada.

Los tres negros dieron unos cuantos pasos por el camino, y se detuvieron nuevamente, quedándose cerca del corral para ver lo que hacía Lov. Al notar que no les había contestado cuando lo saludaron, se dieron cuenta de que no quería que lo molestaran de nuevo.

Dude había tirado la pelota acercándose a Lov y Ellie May, y se sentó en un pedazo de tronco para ver qué iban a hacer. Lov había dejado de comer nabos y Ellie May sólo había comido un trozo de uno.

—Esos negros no creen que Lov vaya a hacer nada —dijo Dude—. En el viejo molino dijeron que nadie haría nada con Ellie May si no era de noche, y creo que Lov diría lo mismo después.

IV

Jeeter dejó la bomba a un lado y se deslizó con cautela hasta la esquina de la casa; allí se afirmó apoyándose contra las maderas podridas de la pared para esperar. Desde donde se encontraba podía contemplar toda la escena; enfrente tenía a Ellie May y Lov, y con haber vuelto ligeramente la cabeza hubiese podido ver a Ada de pie en la galería. Ahora no le quedaba más que esperar; Lov se iba apartando cada vez más del saco.

Ada cambió Una vez más el tabaco que estaba mascando, de un lado a otro de la boca. Había estado contemplando a Lov y Ellie May desde que empezaron a acercarse y cuanto más se aproximaban uno al otro más tranquila se sentía. Ella también esperaba, para pedir a Lov que hiciera que Pearl viniese a visitarla pronto, ya que no la había vuelto a ver desde el día que se casó.

Pearl era tan parecida a Ada, en aspecto y modo de ser, que nadie hubiese podido dudar de que fueran madre e hija. Cuando Pearl se casó con Lov, Ada le dijo que debía dejarlo y escaparse antes que empezara a tener hijos y que se fuera a Augusta para vivir en las hilanderías, pero Pearl no tuvo valor para hacerlo sola. Tenía miedo; no sabía lo que podía pasarle en las fábricas, y era demasiado joven para comprender las cosas que había oído de la vida allí. Aunque ya tenía cerca de trece años, aún sentía terror a la oscuridad y muchas veces se pasaba las noches llorando mientras yacía temblorosa en su jergón. Lov se hallaba en la habitación y las puertas estaban bien cerradas pero con la llegada de la oscuridad empezaba a experimentar una sensación insoportable de asfixia. Jamás dijo lo mucho que temía las noches oscuras y nadie supo la causa de que llorase tanto. Lov creía que obedecía a alguna falla mental; Dede no era muy normal, lo mismo que uno o dos de sus hermanos, y era lógico que pensara lo mismo de Pearl. Pero lo cierto era que Pearl tenía mucho más sentido común que cualquiera de los hermanos Lester; y eso, lo mismo que su cabello y ojos, lo había heredado de su padre, que pasó un día por ese lado sin volver nunca más. Le dijo a Ada que venía de Carolina e iba a Texas; eso fue todo lo que ésta supo de él.

Pero últimamente Pearl había empezado a perder parte de sus temores. Después de ocho meses de vivir con Lov, gradualmente iba aumentando su valor y ya se había aventurado a pensar en que algún día podría escaparse a Augusta. No quería vivir en las dunas de arena, y el panorama de los pantanos cenagosos de Savannah de un lado, y la estructura cubierta de polvo de carbón del cargadero, del otro, no era tan hermoso como las cosas que había visto en Augusta. Estuvo allí una vez con Ada y Jeeter, y con sus propios ojos había visto a muchachas que pasaban riendo despreocupadas. En cambio aquí, en el camino del tabaco, nadie se reía y las muchachas tenían que cultivar algodón en el verano, recogerlo en otoño y cortar leña en invierno.

Jeeter se irguió, apartándose de la esquina de la casa, y poco a poco empezó a moverse; alzó un pie, lo sostuvo en el aire varios segundos y luego lo posó con cuidado en el suelo, delante de sí. De la misma manera había acechado muchas veces a los conejos en bosques y matorrales, y cuando los veía sentados en un tronco carcomido o en un agujero en una zanja, avanzaba sobre ellos con tanto sigilo que cuando atinaban a moverse, ya los había cazado. Ahora avanzaba de la misma forma sobre Lov.

Cuando se hallaba a mitad del patio, Jeeter repentinamente dio un salto tremendo, cayendo como un rayo sobre el saco de nabos. Podría haber esperado unos minutos más para alcanzarlo con la misma facilidad con que cazaba los conejos; pero ahora no había tiempo que perder y nunca sintió tantas ansias de cazar un conejo como las que ahora tenía de apoderarse de los nabos.

Cogió el saco desesperadamente con ambos brazos, apretándolo con tanta fuerza que el jugo aguachento de los nabos saltó a través de la arpillera en todos los sentidos. El líquido le bañó los ojos, dejándolo medio ciego, pero jamás sintió Jeeter sensación más deliciosa.

Ada dio un paso adelante apoyándose contra uno de los tirantes de la galería, y Dude se puso de pie de un salto cogiéndose del amolé que tenía detrás.

Lov se volvió justo a tiempo de ver cómo Jeeter alcanzaba el saco y lo hacía presa entre sus brazos. Ellie May trató de sujetarlo donde estaba, pero Lov consiguió librarse de su abrazo y se abalanzó sobre Jeeter y los nabos: Ellie May se dio vuelta como un gato, alcanzó a asirlo de un pie y lo hizo caer de bruces sobre la dura tierra.

Todos los Lester, sin haberse hablado palabra, se dispusieron a una acción concertada. Dude corrió a través del corral hacia su padre; Ada bajó apresuradamente los escalones de la galería, con la abuela a sólo unos pasos, y todos ellos se reunieron junto a Jeeter y el saco, esperando. Ellie May seguía agarrada al pie de Lov, tirando cada vez que éste conseguía acercarse unos centímetros a Jeeter, pero sin que la punta de sus dedos pudieran estar nunca a menos de un metro del saco.

—No te dije ninguna mentira de Ellie May, ¿no es cierto? —dijo Dude—. ¿No te dije la verdad, papá?

—Cállate la boca, Dude —gritó Ada—. ¿No ves que tu padre no tiene tiempo de hablar de nada?

Jeeter asomó la cabeza por encima del saco y miró fijamente a Lov, cuyos ojos inyectados de sangre parecían querer salirse de las órbitas. Pensaba en los once kilómetros que había recorrido esa mañana para llegar hasta la otra punta de Fuller y volver, y lo que ahora veía le daba náusea.

Ellie May estaba haciendo todo lo posible por conseguir que Lov volviera a estar como antes, mientras él trataba de soltarse para defender sus nabos y salvarlos de los Lester. Lo que tanto temió cuando se detuvo ante la casa, había sucedido ahora con

tal rapidez que apenas podía darse cuenta aún. Pero aquello había sido antes que Ellie May empezara a arrastrarse por la arena hacia él sobre su trasero desnudo, y ahora comprendía lo estúpido que había sido..., había perdido la cabeza y, lo que era peor, los nabos.

Los tres negros estiraban el cuello para ver mejor; habían estado contemplando a Lov y Ellie May con creciente entusiasmo hasta que Jeeter se lanzó sobre el saco, y ahora estaban tratando de adivinar qué era lo que iba a pasar en el corral.

Ada y la abuela agarraron dos nudosos garrotes, tratando de conseguir que Lov siguiera tumbado sobre la espalda para que Ellie May pudiese tenerlo de nuevo. Lov por su parte estaba haciendo lo imposible por alcanzar su saco, porque sabía demasiado bien que si Jeeter le sacaba veinte pasos de ventaja jamás llegaría a alcanzarlo antes que se hubiese comido los nabos. Jeeter era viejo, pero podía correr como una liebre cuando era necesario.

—No tengas miedo de Ellie May, Lov —dijo Ada—. Ellie May no te va a hacer ningún daño. Está nerviosa pero no es de las torpes; no te va a hacer daño.

Ada lo pinchó con el garrote, haciendo que dejara de tratar de escapar de Ellie May; lo pinchaba en los costados con todas sus fuerzas, mordiéndose el labio al hacerlo.

—Esos negros parece que quisieran entrar en el corral para ayudar a Lov —dijo Dude—. Si entran aquí les voy a abrir la cabeza con una piedra. No tienen por qué ayudar a Lov.

—No están pensando en entrar aquí —dijo Ada—. Los negros tienen más sentido que el tratar de meterse en los asuntos de los blancos. No se atreverían a entrar.

Los negros no se acercaron más. Les hubiese gustado ayudar a Lov porque eran amigos de él, pero estaban más interesados en ver lo que iba a hacer Ellie May que en salvar los nabos.

Ellie May sudaba como si estuviese arando la tierra. Lov se había llenado de arena, y ella estaba tratando de quitársela con una esquina de su vestido de percal, para volver a él. Lov hizo un esfuerzo desesperado por llegar al saco y consiguió acercarse casi medio metro, pero Ada le atizó un garrotazo tan fuerte en la cabeza que cayó de espaldas en la tierra, con un débil quejido. Ellie May se lanzó de un salto sobre él, aterrizándolo con su agilidad felina y nerviosa; al caer sobre su estómago sin protección lo dejó sin aliento, y le apretaba tan fuerte con sus rodillas que no podía respirar sin dolor. Estaba completamente indefenso, y mientras Ellie May lo contenía con los brazos sujetos contra el suelo, Ada seguía con el palo alzado, lista para darle un nuevo garrotazo en la cabeza si trataba otra vez de levantarse o darse vuelta. Mientras tanto, la abuela estaba del otro lado con el garrote alzado en forma amenazadora sobre su cabeza, sin parar de mascullar palabras, pero nadie prestaba atención a lo que estaba tratando de decir.

—¿Están también con esos malditos gusanos verdes estos nabos, Lov? —dijo Jeeter—. Por Cristo bendito, si están agusanados no sé lo que voy a hacer. Estoy tan harto de comer nabos agusanados que casi he perdido la religión. Es una vergüenza que Dios deje que esos malditos gusanos verdes se metan en los nabos; me parece que nosotros los pobres llevamos siempre la peor parte en todo. Tal vez Dios no haya querido que la gente coma nabos y los haya destinado para los puercos, pero no puso en la tierra nada en su lugar, y en invierno no crecen más que los nabos.

Ellie May y Lov habían rodado juntos una docena de veces, o más, y cuando finalmente se detuvieron, Lov estaba encima. Ada los había seguido por el corral con la abuela, y estaban listas a golpear nuevamente a Lov en la cabeza si daba la menor señal de quererse levantar antes que Ellie May quisiera soltarlo.

Mientras los demás se encontraban en el extremo opuesto del corral, Jeeter se puso repentinamente de pie, sujetando el saco de nabos contra el pecho, y salió corriendo a través del camino del tabaco hacia el bosque situado más allá del antiguo algodonal, sin detenerse a mirar para atrás hasta después de haber recorrido casi un kilómetro. Un momento más tarde había desaparecido entre los árboles.

Los negros se reían con tantas ganas que apenas podían tenerse en pie, pero su hilaridad no era producida por Lov, sino por las acciones de los Lester, para ellos tan cómicas. La cara seria de Ada y la furiosa determinación de Ellie May daban lugar a una escena que nadie podía contemplar sin reírse. Esperaron hasta que todos se calmaran, y luego siguieron lentamente su camino hacia Fuller, comentando lo que habían visto en el corral de los Lester.

Ada y la abuela no tardaron en volver a la galería y se sentaron en los escalones mirando a Ellie May y Lov, pero ya no había peligro de que éste buscara escaparse; ahora ni siquiera trataba de ponerse de pie.

—¿Cuánto carbón toma en el cargadero esa máquina de carga número 17 todas las mañanas, Lov? —dijo Dude—. Me parece que esas máquinas de carga necesitan casi dos veces más carbón que las de pasajeros. Los fogoneros de las de carga están siempre tirando pedazos de carbón a las chozas de los negros que están junto a la vía, y me parece que es por eso que tienen que cargar más carbón que las de pasajeros. Los trenes de pasajeros son más rápidos y los fogoneros negros no tienen tiempo de tirar carbón a las chozas. He visto echar paladas enteras de un tren de carga una vez. El ferrocarril no lo sabe, ¿no es cierto? Porque, si no, no dejarían que los fogoneros sigan haciéndolo. Apuesto a que casi es más el carbón que tiran al lado de la vía que el que quema la máquina; y por eso los negros no tienen que estar todo el tiempo cortando leña. Todos queman carbón del tren en sus chozas.

Lov estaba demasiado ocupado para decir nada.

—¿Por qué no quemas carbón en tu casa, en lugar de madera, Lov? Nadie sabría nada, y yo no voy a contarlo a nadie; es mucho mejor que estar todos los días

cortando leña.

Mamá Lester, la abuela, que estaba sentada junto a su atado de ramas secas, empezó a quejarse de nuevo y a frotarse los costados. Después se levantó, se echó las ramas a la espalda, y entró en la casa dirigiéndose a la cocina. Encendió fuego en la cocina y se sentó al lado a esperar a que se quemaran las ramas. Estaba segura de que Jeeter no traería un solo nabo para que ella pudiera comerlo; se quedaría en el bosque para comérselos todos. Mientras esperaba que se fuera consumiendo el fuego, miró la jarra de tabaco en la alacena, pero seguía vacía desde hacía casi una semana, y Ada no quería decirle dónde estaba la llena. La única vez que había podido conseguir algo de tabaco fue cuando accidentalmente descubrió la jarra escondida y pudo cogerlo antes de que nadie se lo impidiera. Jeeter le había pegado varias veces por haber hecho eso, y le dijo que la mataría si otra vez la pillaba robando tabaco, pero había veces en que no le hubiese importado morir si antes podía tener todo el tabaco que quería.

—¿Por qué los maquinistas no tocan más a menudo el pito... Lov? —dijo Dude—. Apenas lo tocan; en cambio si fuera yo estaría tocando el pito todo el tiempo. Hacen un ruido casi tan bonito como el de las bocinas de los automóviles.

Dude siguió sentado en el tronco de pino hasta que Lov se incorporó y se dirigió tambaleándose a través del corral hacia el camino del tabaco, mirando en todas las direcciones con la esperanza de poder ver a Jeeter escondido en algún sitio próximo. Pero estaba en el fondo seguro de que Jeeter había ido al bosque de pinos que quedaba más allá del viejo algodonal, y sabía que sería perder el tiempo tratar de encontrarlo. Ya era demasiado tarde.

Ellie May seguía inmóvil, tirada de espaldas sobre la tierra. Con la transpiración tenía el cabello pegado a las sienes y el cuello, y su vestido de percal rosa estaba arrollado bajo sus hombros y nuca como una almohada. Parecía como si le hubieran desgarrado la boca, dando su encendida encía superior la impresión de que tuviera una herida abierta bajo la nariz. Le temblaba el labio superior y sacudidas nerviosas estremecían su cuerpo.

—Debías darme esos *overalls*^[3] cuando te canses de usarlos —dijo Dude—. No recuerdo cuánto hace que no tengo unos *overalls* nuevos. Papá dice que va a comprar unos para mí y otros para él uno de estos días, cuando venda mucha leña, pero no tengo mucha confianza en todo lo que dice. No va a vender leña, por lo menos más que una carga cada vez; no he visto a nadie que diga más mentiras, y creo que prefiere mentir a llevar una carga de leña a Augusta. Es tan vago que a veces no se levanta del suelo cuando tropieza y se cae, y lo he visto quedarse así cerca de una hora antes de levantarse. Es el hijo de perra más vago que he visto en mi vida.

Lov llegó hasta el medio del camino y se quedó vacilando allí, con sus piernas bien abiertas para conservar el equilibrio, tambaleándose como un borracho. Empezó

a sacudirse la arena de la ropa y los cabellos; tenía los bolsillos y zapatos y hasta las orejas llenas de arena.

—¿Cuándo vas a comprarte un coche, Lov? —preguntó Dude—. Ganas dinero a montones en el cargadero..., debías de comprarte un coche grande, como tiene la gente rica en Augusta y yo te enseñaré a manejarlo. Sé mucho de automóviles; ese «Ford» viejo de papá no vale nada ahora, pero cuando estaba bien solía correr con él hasta que casi parecía que se le iban a salir las ruedas. Debías de comprarte uno con una bocina fuerte. Es lindo el sonido de los pitos y las bocinas, ¿no es cierto, Lov? ¿Cuándo te vas a comprar un coche?

Lov se quedó en mitad del camino durante diez o quince minutos más, mirando por encima de los juncales hacia el bosque en que estaba Jeeter. Después de haber esperado hasta no saber qué hacer, empezó a caminar dando tumbos hacia su casa y el cargadero. Pearl estaría en la casa a su llegada, pero tan pronto como entrara saldría por la puerta trasera para no volver hasta que se fuera él de nuevo. Pero aunque se quedara dentro, no lo miraría ni le diría una palabra; podría contemplar sus rizos que le caían por la espalda, pero esto era todo. No lo dejaría acercarse lo suficiente para mirarle los ojos, y si trataba de hacerlo era seguro que se escaparía a los juncales.

Ada y Dude lo siguieron con la vista hasta que desapareció detrás de una colina, y luego se volvieron para mirar a Ellie May que permanecía en el corral.

Dude se fue hasta el tronco de pino y se sentó allí viendo cómo subían las hormigas por el vientre y los senos de su hermana. Los músculos de sus piernas y muslos se agitaron nerviosamente unos momentos, pero los temblores se fueron extinguiendo poco a poco y se quedó inmóvil. Tenía entreabierta la boca y su labio superior parecía más hendido que de costumbre; se le había secado la transpiración en las sienes y mejillas, y rayas de tierra cruzaban su tez pálida.

Durante casi una hora durmió profundamente en el tibio sol de febrero, y cuando se despertó tenía el brazo derecho sobre la boca, en donde se lo había colocado Dude al salir del corral para conseguir algunos nabos antes que su padre se los comiera todos.

V

A bajo, en el matorral, oculto de la casa y el camino por los espesos juncuales, Jeeter empezó a sentir la voz de su conciencia. Había satisfecho temporalmente su hambre y tenía los bolsillos de su *overalls* llenos de nabos, pero empezaba a recordar que había robado a su yerno y eso le hacía sentirse enfermo de cuerpo y espíritu. Había robado comida otras veces, comida y todo aquello a que había tenido ocasión de echar mano, pero siempre, lo mismo que ahora, se arrepentía de lo que había hecho, hasta que llegaba a convencerse a sí mismo de que no había sido nada de verdad grave. A veces podía hacerlo en unos minutos, pero otras, pasaban días y hasta semanas antes de que llegara a la conclusión de que Dios lo había perdonado y que no lo castigaría demasiado.

El sonido de la voz de Dude en el bosque tras de sí le pareció la voz de Dios que lo llamaba para juzgarlo. Hacía media hora que Dude estaba recorriendo el bosque, abriéndose paso entre la maleza con un palo, tratando de encontrar a Jeeter antes que se hubiese comido todos los nabos.

Después de cada grito de Dude reinaba un silencio profundo en el bosque, y Jeeter se sentía humilde y arrepentido. Limpió con cuidado la hoja del cortaplumas que había usado para pelar los nabos, y lo guardó en el bolsillo, se incorporó y salió corriendo del matorral en dirección de los juncuales. Podía ver el techo de la casa y las copas de los amoles, pero no tenía modo de averiguar si Lov estaba aún allí.

Dude lo vio en el mismo momento en que salía del bosque y se internaba en los juncuales.

—¡Eh! ¿Adónde vas ahora? —le gritó, corriendo a través del campo para alcanzarlo antes que pudiera llegar al camino.

Jeeter Se detuvo y esperó a que llegara Dude. Luego sacó media docena de los nabos más pequeños y los puso en las manos tendidas de su hijo.

—¿Por qué saliste corriendo para comértelos todos sin darme ninguno a mí? —preguntó—. Tú no eres el único a quien le gustan los nabos, y yo no he tenido esta semana más comida que tú. Hay veces que eres peor que una víbora. ¿Por qué no me querías dar ninguno?

—Al Señor no le gusta el robo —dijo Jeeter—. No reserva nada en el futuro para los que roban, y éstos tienen que mirar por sí mismos en la otra vida. Ahora tengo que ir a ponerme bien con Dios y confesar mis pecados. Hoy he cometido una falta grave y a Dios no le gusta que su gente haga eso, y no se ocupa más de los pecadores. Y el robo es casi lo más malo que puede hacer un hombre.

—¡Qué demonios! —exclamó Dude—, siempre hablas así cada vez que robas algo, pero después no te acuerdas más. Lo que pasa es que no quieres darme más nabos, pero a mí no me vas a engañar.

—Eso es una cosa que no debes decir de un hombre que toda su vida ha tratado de estar a bien con Dios. Él está de mi parte, y no le gusta oír que la gente hable así de mí. No debías hablar así, Dude, ¿o es que no tienes sentido?

—Dame más nabos —dijo Dude—. No vale la pena de que trates de guardártelos todos hablándome así, porque no vas a conseguir nada. Todo eso no vale nada para mí, y no creas que me vas a engañar esta vez.

—Ya te he dado cinco —dijo Jeeter, contando los que le quedaban en los bolsillos— y es bastante.

Dude metió la mano en el bolsillo que tenía más cerca y sacó todos los que pudo agarrar. Jeeter lo empujó con el codo, pero al muchacho no le importó nada, porque su padre era demasiado débil para hacerle daño.

—Bueno, basta con éstos —dijo Jeeter—. Ahora voy a llevar los que quedan para dárselos a Ada y Ellie May, que creo que estarán casi tan hambrientas como estaba yo y deben estar esperando. ¿Se fue Lov ya?

—Hace rato que se volvió al cargadero.

Echaron a andar por los juncas hacia la casa y mucho antes de llegar al camino vieron a Ada y Ellie May que los estaban esperando en el corral. La abuela, acurrucada en la puerta, temía, adelantarse más.

—Me imagino que las mujeres deben de tener bastante hambre también —dijo Dude—. Las tripas de Ellie May estuvieron haciendo ruido toda la noche y me despertaron esta mañana al empezar de nuevo.

Ellie May y Ada se sentaron en los escalones cuando Dude y Jeeter llegaron al borde del camino, esperando pacientemente, y al acercarse ellos, Ada se sentó un escalón más arriba. La abuela seguía acurrucada en la puerta, agarrándose al marco con ambas manos; ninguna sentía más hambre que ella.

Pero en la galería había además otra mujer. Se balanceaba en la mecedora cantando un himno a plena voz, y cada vez que daba la nota más alta que podía alcanzar la sostenía hasta quedar sin aliento, para volver a empezar.

Jeeter saltó la cuneta y atravesó corriendo el corral, con Dude pegado a sus talones; al ver a la mujer que estaba en la galería se le había iluminado el rostro y casi se cayó en su prisa por llegar junto a ella.

—¡Que Dios sea alabado! —gritó, viendo a Bessie Rice en la mecedora—. Sabía que Dios enviaría a su ángel para borrar mis pecados. Hermana Bessie, el Señor sabe bien lo que yo necesitaba, y quiere que deje el mal camino, ¿no es verdad?

Ada y Ellie May metieron la mano en los bolsillos del *overalls* de Jeeter, sacando los nabos que quedaban, echando aquél tres de los más chicos en dirección a la puerta. La abuela cayó de rodillas para agarrarlos y empezó a rumiarlos entre sus encías desdentadas.

—El Señor me dijo que viniera a la casa de los Lester —dijo la predicadora—.

Estaba en casa barriendo la cocina, cuando vino a mí y dijo: «Hermana Bessie: Jeeter Lester está haciendo algo malo. Vete a su casa y reza por él ahora mismo antes de que sea demasiado tarde, y trata de que deje el mal camino». Yo miré al Señor y dije: «Señor: Jeeter Lester es un hombre muy pecador, pero rezaré por él hasta que el diablo se vuelva corriendo al Infierno». Eso es lo que le dije y aquí estoy para rezar por ti y los tuyos, Jeeter Lester. Puede que no sea demasiado tarde para que te pongas a bien con el Señor. Los hombres como tú debían ser buenos y no dejar que el diablo les haga hacer toda clase de cosas malas.

—¡Sabía que el Señor no me dejaría resbalar y caer en las manos del diablo! —gritó Lester, saltando alrededor de la silla de Bessie—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Siempre he estado del lado de Dios, hasta cuando las cosas iban peor, y sabía que me sacaría del Infierno antes de que fuera demasiado tarde. Yo no soy pecador por mi naturaleza, hermana Bessie, sino que el diablo siempre me está arrastrando a hacer cosas malas. Pero no las voy a hacer, porque quiero ir al Cielo cuando muera.

—¿No me vas a dar un nabo, Jeeter? —dijo Bessie—. No he tenido mucho que comer últimamente; los tiempos son malos, para los justos y los pecadores, aunque a veces creo que eso no está del todo bien. Los buenos nunca deben estar sufriendo, mientras que los malos deben estarlo todo el tiempo.

—Es cierto, Bessie —dijo Jeeter, dándole varios nabos, eligiendo los mayores que pudo hallar—. Sé que te gusta comer, casi tanto como a todos nosotros, y quisiera tener algo que darte para que lo llevaras a casa. Cuando tenía en abundancia, solía dar al hermano Rice un montón de gallinas y patatas de una vez, pero ahora no tengo más que un puñado de miserables nabos, aunque no me avergüenzo de ellos. El Señor los hizo crecer, y lo que El hace es sobradamente bueno para mí. ¿No lo es para ti?

La hermana Bessie sonrió satisfecha a Jeeter y su familia. Siempre se sentía contenta cuando podía rezar por un pecador y salvarlo del demonio, porque ella también había sido una pecadora antes de que el hermano Rice echara al diablo de su cuerpo y se casara con ella. Pero su marido había muerto y ella continuaba su obra en las dunas. Le había dejado ochocientos dólares de un seguro cuando murió el verano anterior, y ella los conservaba para continuar su obra y usarlos en el momento que fuera más necesario, habiendo depositado todo ese dinero en un banco de Augusta.

Algunos de los que vivían en las dunas decían que la religión de que hablaba Bessie era muy diferente de lo que Dios había pensado que debían de hacer y decir los que a Él se consagraban. Pero cada vez que oía eso, Bessie siempre contestaba que los demás no sabían nada de la religión de Dios, y que lo mismo pasaba con los predicadores masculinos. La mayor parte de éstos no pertenecían a ninguna secta, y los restantes eran bautistas fanáticos, y Bessie los odiaba con la misma intensidad que al demonio.

No había ningún templo en que se practicara la religión de Bessie ni un grupo

organizado de feligreses que la mantuviera. Iba de casa en casa por las dunas, generalmente a lo largo de las alturas por donde pasaba el antiguo camino del tabaco, y rogaba por los que necesitaban oraciones y las querían. Ya había pasado los treinta y cinco años, estaba cerca de los cuarenta, y su físico era mucho mejor que el de la mayoría de las mujeres de la comarca, con excepción de la nariz.

Su nariz no se había desarrollado debidamente; no tenía hueso ni forma y las fosas nasales estaban completamente expuestas. Dude dijo una vez que cuando veía esa nariz le parecía que miraba el extremo de una escopeta de dos cañones. Bessie era muy sensible sobre este punto, y trataba de evitar que la gente se la quedara mirando y comentara tal aspecto de su físico.

Ada ya había hablado con ella de los nabos que Jeeter había robado a Lov. La predicadora había venido dispuesta a rezar por los pecados de Jeeter en general, pero ahora estaba contenta de que hubiera un pecado específico por el cual rogar a Dios. Las oraciones siempre hacían bien a un hombre, decía, cuando había algo de que éste se mostrara realmente avergonzado.

Pero antes que nada, terminó de comer todos los nabos que le había dado Jeeter.

—Ojalá estuviese aquí Lov para pedirle que me perdonara —dijo Jeeter—. Supongo que tendré que ir a su casa por la mañana temprano para decirle lo arrepentido que estoy, y espero que no esté tan enfadado que quiera golpearme con un garrote. Tiene un genio de mil demonios cuando de verdad se pone enfadado por algo.

—Vamos a rezar un poco —dijo Bessie, tragando el último pedazo de nabo.

—¡Que el Señor sea alabado! —dijo Jeeter—. Estoy realmente contento de que vinieras cuando lo has hecho, hermana Bessie, porque necesito como pocas veces una oración. Hoy he sido un hombre pecador, y el Señor no las va con los humanos que cometen robos. No sé lo que me hizo ser tan malo, pero me imagino que fue el diablo que vino y me ha dominado.

Todos se pusieron de rodillas, menos Ellie May y Dude que siguieron sentados en los escalones, comiendo y contemplando a los otros.

—Hay gente —dijo Bessie— que no quiere arrodillarse y rezar afuera. No quieren que rece por ellos en la galería y el patio, y me dicen: «Hermana Bessie: ¿No podemos entrar en la casa sin que nos vean y rezar lo mismo?». ¿Y saben lo que les digo? Les digo: «Hermanos y hermanas: No me avergüenzo de rezar aquí, al aire libre, y quiero que la gente que pasa por el camino sepa que estoy junto a Dios. No me avergüenza que la gente me vea rezando. El diablo es el que siempre habla al oído para que entres en la casa, sin que nadie te vea». Así definiendo al Señor; me arrodillo y rezo en mitad del camino lo mismo que en un colegio o en un campamento, y no me avergüenza rezar en el patio o en la galería. El diablo es el que siempre tienta a la gente para que entre en la casa donde nadie los vea.

—Que el Señor sea alabado —dijo Jeeter.

—Preparémonos a rezar —dijo Bessie.

Ada y Jeeter inclinaron sus cabezas y cerraron los ojos. Mamá Lester se arrodilló en la puerta, pero no cerró sus ojos, sino que se quedó mirando fijamente al horizonte por encima de los juncales.

—Dios bendito, aquí estoy de nuevo para ofrecer una pequeña oración por la gente pecadora. Jeeter Lester y su familia quieren que rece por ellos otra vez; la última les sirvió de mucho, y si Jeeter no hubiese caído en las garras del diablo, hoy no hubiéramos tenido necesidad de rezar de nuevo tan pronto.

Pero Jeeter dejó que el diablo lo cogiera y ha hecho una cosa muy mala; robó los nabos de Lov y no los quiso devolver. Ahora han sido comidos todos, así que es demasiado tarde para devolvérselos a Lov, y por eso queremos rezar por Jeeter. Debes de hacer que deje de robar como lo hace. No he visto en mi vida un hombre más ladrón; parece que, para él, robar es algo tan natural como para nosotros tomar un trago de agua. Pero Jeeter quiere dejar de hacerlo, aunque parece que en cuanto terminemos de rogar por él va y lo hace de nuevo. Debes de hacer que esta vez se cure para siempre, porque no tiene sentido que dejes de poner fin a eso y no dejar que siga haciéndolo. ¿No irás a dejar que el diablo te diga lo que hay que hacer? El Señor no debe permitir eso y debe decir al diablo que se vaya y deje de tentar a las personas buenas.

»Y la hermana Ada otra vez está muy mal con su pleuresía, y debías de hacer algo por ella ahora. La última vez no le hizo mucho bien, y no puede trabajar cuando está tan mal con la pleuresía. Si la curas, dejará al diablo para siempre, ¿no es cierto, hermana Ada?

—¡Sí, Señor!

—Y la anciana mamá Lester tiene un dolor en los costados y sufre todo el tiempo. Está arrodillada ahora, pero le duele tanto que no podrá hacerlo muchas más veces.

»También debías de bendecir a Ellie May. Ellie May tiene esa hendidura en el labio, que la hace horrible, y si le hicieras...».

—No te olvides de rezar por Pearl, hermana Bessie —dijo Jeeter—. Pearl necesita que se rece por ella una barbaridad.

—¿Qué ha hecho de malo Pearl, hermano Jeeter?

—De eso quería hablarme Lov hoy. Dice que Pearl no quiere hablarle ni quiere dejar que la toque, y cuando llega la noche se acuesta y duerme en un jergón en el suelo. Lov tiene que dormir solo en la cama y no puede conseguir que le haga caso. Eso está muy mal en una esposa y el Señor debe hacer que cambie. Lov tiene algunos derechos y de todas maneras una mujer no tiene por qué dormir en el suelo, en un condenado jergón.

—A lo mejor sabe lo que hace, hermano Jeeter —dijo Bessie—. A lo mejor Pearl

va a tener un niño y ésa es su manera de decírselo al hermano Lov.

—No, no es eso, hermana Bessie. Lov dice que todavía no ha dormido nunca con ella, y que aún no la ha tocado. Eso es lo que le tiene tan mal, y quiere que ella duerma en la cama con él y deje de acostarse en ese jergón todas las noches. Hay que rezar por Pearl para que deje de dormir en el suelo.

—Hermano Jeeter, las muchachitas como Pearl no saben portarse de casadas, como nosotras las mujeres hechas. Así que si yo hablara con ella en lugar de que lo haga Dios, tal vez cambiaría de forma de portarse. Yo creo que sé mejor que Él lo que debe decírsele, porque he sido casada hasta el verano pasado en que murió mi pobre marido. Creo que sé todo lo que debe saberse, y Dios no sabría qué decirle.

—Eso puede servir bastante, pero creo que no estaría mal decírselo al Señor y tal vez sea bueno. Es posible que haya conocido muchachas como ésa antes, aunque no creo que haya en toda la comarca una que sea tan contraria a dormir en la cama como Pearl.

Dude cogió la pelota y empezó a tirarla al techo de la galería para recogerla cuando caía al corral. La pelota hacía saltar las tejas podridas y sus pedazos empezaron a caer al suelo. Ellie May seguía sentada esperando oír rezar cuando Bessie y Jeeter terminasen de hablar de Pearl.

—Bueno, no creo que estará de más que lo mencione —dijo Bessie.

—Eso es —dijo Jeeter—. Pero háblale al Señor también, y los dos juntos seguramente conseguirán algo.

—Ahora, Señor, tengo un motivo especial para rezar. Nunca pido favores si no es por algo que quiero mucho, así que esta vez pido un favor para Pearl. Quiero que haga que deje de dormir en un jergón en el suelo, mientras el hermano Lov tiene que dormir solo en la cama; haz que Pearl se acueste en la cama, Señor, y que se quede donde debe. No tiene derecho a dormir en el suelo cuando Lov tiene una cama para ella; haz que deje de portarse así y que se meta en la cama cuando llegue la noche. Yo siempre fui una buena esposa para mi pobre marido y nunca dormí en un jergón en el suelo, y la hermana Ada nunca hace una cosa así, y cuando me case con otro hombre tampoco haré nada parecido; me meteré en la cama lo mismo que mi nuevo marido. Así que dile a Pearl que deje de hacer eso. Las mujeres sabemos lo que debemos hacer, pero Pearl todavía no tiene bastante edad para saberlo, así que dile que deje de hacer eso. Si fuera...

—¿Qué es lo que estabas diciendo de casarte, hermana Bessie? —interrumpió Jeeter—. Te he oído decir que ibas a buscar un nuevo marido. ¿Con quién te vas a casar?

—Pues todavía no lo he decidido. He estado mirando, pero en este momento me parece que no puedo decidirme. Quisiera encontrar un hombre que tenga algunos bienes y posesiones, pero parece que por estos lados nadie tiene ya nada. Todos los

hombres están pobres.

—Si no fuera por Ada... —dijo Jeeter.

—¡Hermano Jeeter, cállate la boca! ¡Me haces reír cuando hablas así! ¿Cómo sabes si te haría caso? Ya eres bastante viejo, ¿no es cierto?

—Creo que es mejor que terminemos de rezar —dijo Jeeter—. Ésa, Ada, se suele enfadar cuando hablo de casarme con otra mujer.

—... sálvanos del demonio y guárdanos un sitio en el cielo. Amén.

VI

—Te olvidas de decir una oracioncita por Dude —dijo de repente Jeeter—. Te has olvidado completamente de Dude, Bessie, y es un pecador tan grande como el resto de nosotros, los Lester.

Bessie se incorporó de un salto, salió corriendo al corral y cogiendo a Dude del brazo lo llevó medio a rastras hasta la galería, junto a su silla. Se arrodilló delante de ésta, y trató que Dude hiciera lo mismo.

—No quiero —dijo furioso Dude—. No quiero que recen por mí. Yo no he hecho nada. Papá fue el que robó los nabos de Lov, y salió con ellos al matorral.

Bessie le tomó las manos entre las suyas y le acarició durante varios minutos los brazos sin decir palabra. Luego, de pie frente a él, le pasó los brazos por la cintura, apretándolo con tanta fuerza que se le agolpó la sangre en la cabeza.

—Tengo que rezar por ti, Dude. El Señor me ha dicho que todos los Lester sois pecadores, y no te puso aparte ni a ti ni a Ellie May.

Dude la miró a la cara. Su forma de hablar le convencía lo suficiente como para hacerle desear que rogara por él, pero no podía dejar de mirarle la nariz.

—¿De qué te estás riendo, Dude? —le preguntó.

—De nada —contestó con risita de conejo el muchacho, volviendo casi por completo la cabeza.

Se hallaba molesto, tan cerca de ella; y la forma en que le acariciaba los brazos y hombros con sus manos le ponía tan nervioso que no podía estar quieto.

—Deja de dar esos saltos, Dude —dijo Jeeter—. ¿Qué te duele?

Bessie lo abrazó más fuerte y lo miró sonriendo.

—Arrodíllate a mi lado y deja que rece por ti. Lo harás, ¿no es cierto, Dude?

Éste le pasó los brazos por el cuello y empezó a sobarla lo mismo que ella estaba haciendo con él.

—¡Qué demonios! —dijo, con la misma risita de antes—. No me importa un pito hacerlo.

—Ya sabía que querrías que rece por ti, Dude —dijo Bessie—. Te ayudará a que te libres de tus pecados, lo mismo que hizo Jeeter.

Ambos se arrodillaron en el piso de la galería, junto a la silla. Dude continuó sobándole los hombros mientras Bessie seguía teniéndolo abrazado. Jeeter estaba sentado en el suelo tras él, apoyado contra la pared y esperando para oír la oración por Dude.

—Dios querido: Te pido que salves al hermano Dude del diablo y le guardes un sitio en el cielo. Amén.

Bessie dejó de rezar, pero ni ella ni Dude trataron de incorporarse.

—Alabado sea el Señor —dijo Jeeter—, pero ha sido una oración

endiabladamente corta para un pecador como Dude.

—Dude no necesita que se rece más por él. No es más que un chico y no es tan pecador como nosotros los grandes; no es un pecador como eres tú, Jeeter.

—Bueno, puede que tengas razón —dijo Jeeter—, pero Dude está todo el tiempo echando maldiciones contra mí y su mamá, y no nos tiene ningún respeto. Tal vez eso sea como debe ser, pero me parece recordar que la Biblia dice que un hijo no debe de maldecir a su padre y su madre como a las demás personas. Nadie me ha dicho nada, pero yo creo que no está bien que hagas eso. Lo he visto también molestar a Ellie May con un palo, y sé que eso no está bien; es un pecado por el que se debe rezar.

—Dude no lo volverá a hacer más —dijo Bessie, acariciándole el cabello—. Es un muchacho guapo, y sería también un buen predicador. Se parece mucho a mi pobre marido en sus días de juventud, y no sé por qué me parece que no hay mucha diferencia entre los dos ahora.

Ada se volvió para ver por qué Dude seguía en la galería. El muchacho y Bessie continuaban todavía arrodillados junto a la silla, estrechamente abrazados.

—Dude tiene ahora dieciséis años —dijo Jeeter—, y es dos años más joven que Ellie May. Supongo que pronto se buscará una mujer. Todos mis hijos se casaron jóvenes, lo mismo que las muchachas, y cuando Dude se haya casado no quedará conmigo ninguno de mis hijos, menos Ellie May, y no creo que ésta encontrará nunca un hombre que se case con ella. Todo es por esa boca que tiene, y he estado pensando en llevarla a un médico a Augusta para que le cosa el labio. Entonces se casaría bien pronto, porque como mujer tiene lo suyo, y está bien si no es por esa hendidura en el labio, y si no fuera por eso se hubiera casado tan pronto como Pearl. Los hombres de alrededor de Fuller quieren todos casarse con chicas de once o doce años, como era Pearl. Ada acababa de cumplir doce cuando me casé con ella.

—El Señor quiso que todos tuviésemos nuestra pareja —dijo Bessie— y nos hizo así. Eso es lo que solía decir mi pobre marido, y cuando le decía que el hombre necesita una mujer, me contestaba que la mujer necesita un hombre. Mi pobre marido era como el Señor en eso; los dos creían en lo mismo cuando se trataba de unión.

—Supongo que el Señor quiso que todos tuviésemos nuestra pareja —dijo Jeeter—, pero no tuvo en cuenta a una mujer con un tajo en la boca como el que tiene Ellie May, y no creo que se haya portado bien con ella cuando le abrió el labio así. Eso es lo único que haya dicho en contra de Dios, pero es la verdad. ¿Para qué sirve una hendidura así? Uno no puede silbar ni escupir por ella, ¿no es cierto? No fue más que maldad de su parte cuando hizo eso. Eso es lo que fue..., condenada maldad.

—No debes hablar así del Señor, que sabe por qué lo ha hecho. Lo sabe todo, y no lo habría hecho si no hubiese tenido un buen propósito. El sabe para qué hace a los hombres y las mujeres, y ha dado esa cara a Ellie May con un buen motivo. Ha tenido la mejor razón del mundo para hacerlo.

—¿Qué razón?

—Tal vez sea mejor que no lo diga, Jeeter.

—¿No será un secreto entre tú y el Señor, hermana Bessie?

—No, no hay secretos entre nosotros. Pero lo sé.

—¿Sabes qué?

—Por qué la hizo con el labio partido.

—¿No me lo vas a decir?

—Hermano Jeeter, hizo eso en su labio para salvar a su cuerpo puro de los hombres malvados.

—¿De qué hombres? Yo soy el único hombre por estos lados.

—De ti hablo, hermano Jeeter.

—Yo no soy malvado. Soy pecador raras veces, pero nunca he sido malvado.

—Para el Señor es lo mismo. Para El no hay diferencia entre uno y otro.

—¿Qué he hecho yo? No veo que el haber robado algunos miserables nabos y patatas de vez en cuando tenga nada que ver con la cara de Ellie May.

—Hermano Jeeter, el Señor hizo eso a su labio para salvar a su cuerpo puro de ser arruinado por ti. Sabía que estaría segura en esta casa cuando la hizo así. Sabía que habías sido un gran pecador, y que podrías serlo de nuevo si...

—Eso es verdad —dijo Jeeter—. En mis tiempos solía ser un hombre terriblemente pecador, y creo que en una época fui el mayor pecador de toda la comarca. Fíjate en todos esos chicos Peabody, del otro lado de ese campo; yo creo que todos ellos son más o menos míos. Y también solía...

—Espera a que termine de acusarte, Jeeter, antes de empezar a defenderte con mentiras.

—No estoy escapándome con mentiras, Bessie. Te acabo de decir cómo era de pecador ahora mismo. Había un hombre y su mujer que vinieron aquí de...

—Como te iba diciendo, nada de eso le has podido ocultar al Señor...

—Pero Henry Peabody, en cambio, no se enteró de nada...

—... y Él sabía que se te podía meter en la cabeza arruinar a Ellie May. El Señor lo sabe todo y tiene sus razones, y sabía que eras tan pecador hace muchos años, que no le habrías obedecido si te hubiera dicho que te arrancarás los ojos si tus ojos le ofendían.

—Mirar a su hendidura con mis ojos no va a ofender a nadie, y mis ojos no le importan. ¿Para qué iba a querer sacármelos?

—Ya te lo había dicho. Si el Señor te hubiera dicho que te sacaras los ojos porque le ofendían, no lo habrías hecho, y eso probaba que eras un gran pecador. O si te hubiera dicho que te cortarás una mano o las, orejas por la misma razón, no lo habrías obedecido, y Él sabía que si te hubiera dicho que dejaras de hacer nada con Ellie May, no le habrías cortado el mal de raíz como Él ha dicho. Ésa es la razón por qué

mandó a Ellie May al mundo con una hendidura en el labio. Calculó que estaría salvada de un pecador como tú, porque no te gustaría.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo Jeeter—. Me has abierto los ojos a los deseos del Señor, y te juro que nunca pensé en eso. Si lo hubiera sabido, seguramente me habría castrado cuando andaba haciendo de las mías en la casa de Peabody, y si lo hubiera hecho entonces, Ellie May no habría salido así, ¿no es cierto, hermana Bessie?

—Es como te dije. El señor sabe más de las cosas de nosotros los humanos que nosotros mismos.

—Pienso que he sido un hombre muy pecador en mis tiempos pero nunca supe que debía de castrarme; a lo mejor todavía no es demasiado tarde. Bien seguro que no quiero que el diablo se apodere de mí.

Bessie se volvió de nuevo a Dude, sonriéndole y abrazándolo más fuerte. Dude no sabía qué hacer; le gustaba tocarla y sentirla, y quería que ella lo abrazara de nuevo, como antes. Le gustaba sentir sus brazos alrededor de su cuerpo y que ella lo acariciara, pero no creía que lo estuviera haciendo con un propósito determinado. Hacía quince minutos que Bessie había dejado de rezar, pero aún no había hecho movimiento alguno para soltarlo y hacerlo ponerse de pie.

—Oye, hermana Bessie —dijo Jeeter, inclinándose hacia adelante y frunciendo los ojos bajo sus espesas cejas—, ¿qué demonios estás haciendo ahí con Dude? Los dos han estado acurrucados ahí, abrazándose y sobándose, durante cerca de media hora.

Dude esperaba que ella no lo hiciera levantar, porque le gustaba sentir que lo apretaba contra su seno y lo estrujaba entre sus brazos.

Bessie trató de levantarse, pero Dude no la dejó, y volvió a sentarse de nuevo junto a él, pasándole los dedos por el cabello.

—Que me lleve el diablo si he visto a una predicadora que se pusiera así —dijo Jeeter, moviendo la cabeza—. Me parece que hoy ya no vas a predicar más. Tú y Dude se están abrazando y sobando, ¿no es cierto? Por Cristo bendito si no es así.

Bessie se incorporó y se sentó en la silla, tratando de apartar a Dude, pero éste se quedó frente a ella, esperando que lo tocara.

—El Señor me ha estado hablando —dijo—. Me estaba diciendo que debía de buscarme un nuevo marido. No puedo andar mucho sola, y si me casara con un hombre tal vez podría predicar y rezar más. El Señor lo volvería también predicador y los dos podríamos viajar enseñando la religión.

—Pero no te ha dicho que te cases con Dude, ¿no? Dude no es un predicador, ni tiene cabeza bastante para serlo. No sabría de qué predicar cuando llegara el momento de levantarse y decir algo...

—Dude haría un buen predicador —interrumpió Bessie—. Dude sería casi tan bueno predicando y rezando como era mi pobre marido, o tal vez mejor. El Señor y

yo le enseñaríamos cómo, y no tiene nada de difícil cuando uno le toma la mano.

—Ojalá estuviera más joven. Si lo estuviera, a lo mejor podría hacerlo yo contigo; hasta podría hacerlo ahora, sólo que a Ada se le ha puesto que ya no quiere que ande más con las mujeres. Sé que podría predicar y rezar tan bien como cualquiera y no es eso lo que me sujeta... es Ada. Se le ha metido en la cabeza que me podría dar por enredarme con las mujeres. Bueno, tampoco digo que no lo haría si tuviera la ocasión.

—Haría falta un hombre más joven para que yo estuviera satisfecha —dijo Bessie—. Dude estaría bien para predicar y vivir conmigo. ¿No es cierto, Dude?

—¿Quieres que me vaya contigo a tu casa ahora? —dijo Dude.

—Primero tengo que ir a rezar sobre eso, Dude, y cuando vuelva por aquí de nuevo, te lo haré saber. Tendrás que esperar hasta que le pueda preguntar al Señor si servirás, porque a veces es muy exigente sobre sus predicadores, especialmente si van a casarse con predicadoras.

Bessie bajó los escalones de un salto y atravesó corriendo el patio; al llegar al camino del tabaco se volvió y se quedó mirando a los Lester, que estaban en la galería, durante varios minutos.

Luego, salió corriendo sobre la espesa capa de arena hacia su casa, a tres kilómetros de distancia, en la barranca sobre el Savannah.

La casa de Bessie, una cabaña de tres habitaciones, con un granero pegado, estaba sobre el borde de la barranca, en donde el terreno caía hasta el pantanoso valle del río Savannah. La casa, cubierta con tablones sin pintar, se levantaba en forma precaria sobre tres pilas de piedras planas; la cuarta pila se había desmoronado diez o doce años antes, haciendo que la casa cediera en una de sus esquinas hasta tocar tierra.

—Bueno —dijo Jeeter—, no hay duda de que la hermana Bessie va a hacer algo, y me parece que se le ha metido en la cabeza casarse con Dude. Nunca vi a dos abrazarse y sobarse tanto, y algo va a salir de eso. Por fuerza va a pasar algo.

Dude se rió y se puso detrás de un amolé para que nadie lo pudiera ver, y Ellie May lo contemplaba desde el tronco de pino, sonriendo porque había oído lo que dijera Bessie.

Jeeter se sentó mirando hacia el terreno invadido por los juncos y pensando si podría conseguir prestada una mula en algún sitio y plantar algo ese año. Ya había llegado el tiempo para el arado de primavera y se sentía inquieto; no le gustaba estar sentado como un vago en la galería, dejando pasar la primavera sin quemar los juncales y arar la tierra, y había decidido que por lo menos podía quemar el campo, aunque no sabía cómo podría conseguir una mula, las semillas y el guano. Hubiera ido ahí mismo a quemar el juncal, pero se encontraba muy cómodo y podía esperar hasta el día siguiente. Había tiempo de sobra aún y no le llevaría mucho el sembrar, una vez que empezara.

Ahora que estaba solo empezó a preocuparse de nuevo por la forma en que había tratado a Lov, y quería hacer algo para disculparse. Si fuera al día siguiente al cargadero y le dijese a Lov cuánto lo sentía y que le prometía que no volvería a robarle nada, era probable que Lov lo perdonase y que no le tirase con pedazos de carbón. Y mientras hacía eso también podría ir a casa de Lov y hablar con Pearl, y le diría que tenía que dejar de dormir en el jergón sobre el suelo y que debía ser más considerada con los deseos de Lov. Era ya bastante fastidioso tener que soportar a una mujer todo el día, y encontrarse solo cuando llegaba la noche era peor aún.

—¿No vas a llevar más leña a Augusta? —preguntó Ada—. No sé cuánto tiempo hace que no tengo tabaco fresco, y se ha gastado toda la harina y la carne también. No hay nada de comer en la casa.

—Estoy pensando llevar una carga allí mañana o al otro día —dijo Jeeter—. No me agobies, mujer; hace falta mucho tiempo para prepararse para hacer un viaje allí y tengo mis propios intereses que considerar. No te metas en esas cosas.

—Lo que pasa es que eres un vago. Si no fueses un vago, podrías llevar una carga todos los días y yo tendría tabaco cuando más lo necesito.

—Tengo que pensar en cultivar la tierra —dijo Jeeter—. Yo no soy un leñador, sino un hombre de campo. Esos leñadores que llevan sus cargas a Augusta no tienen que ocuparse con la tierra, como yo. Vaya, este año creo que sacaré casi cincuenta fardos de algodón si puedo conseguir las mulas prestadas y semillas y guano fiados en Fuller. Por Cristo bendito, soy un agricultor y no un condenado leñador.

—Eso es lo que dices todos los años por este tiempo, pero nunca haces nada; han pasado ya siete u ocho años sin que hayas abierto un surco. Te he estado oyendo hablar de cultivar la tierra de nuevo durante tanto tiempo, que ya no creo nada de lo que dices: no son más que mentiras. Todos vosotros sois iguales, y hay otros cien como tú por este lado. Ninguno hace nada más que hablar, y los otros van por allí pidiendo, pero tú eres tan vago que ni siquiera haces eso.

—Mira, Ada —dijo Jeeter—. Voy a empezar mañana por la mañana, y tan pronto como haya quemado todos los juncas voy a pedir que me presten unas mulas. Dude y yo podemos sacar más de dos fardos por hectárea, si puedo conseguir semillas y guano.

—¡Bah! —dijo Ada, saliendo de la galería.

VII

Jeeter no fue al cargadero de carbón a ver a Lov, ni tampoco a su casa a hablar con Pearl.

Siempre tenía Jeeter bien pensado lo que iba a hacer, pero por una cosa u otra jamás lo llevaba a la práctica. Los días pasaban rápidamente y era mucho más cómodo dejar todo para mañana, y cuando llegaba ese día, siempre aplazaba lo que había decidido hacer para una ocasión más conveniente. Durante toda su vida había sido igual, pero eso no quitaba que ahora estuviera de nuevo dispuesto a quemar las malezas y arar la tierra para cultivar algodón.

Una de las cosas que pensaba hacer Jeeter desde hacía quince años era llevar a Ellie May para que le arreglaran el labio. Todos los años repetía que la iba a llevar a un médico en Augusta, pero cuando realmente se ponía en camino nunca pasaba de la tienda situada en el cruce de la carretera, en donde siempre se presentaba algo que le hacía cambiar de planes.

En el curso de todos esos años, realmente había llegado a Augusta dos o tres veces con el único propósito de que se efectuase la operación; pero siempre a último momento había recordado algo que le parecía más importante. Unas veces eran correas para el arado, sin las cuales no, podía pasarse un solo día más aunque no tuviera mulas para usarlas; otras veces era tabaco lo que necesitaba, y se había detenido en la tienda y gastado el escaso dinero que llevaba encima, regresando luego a casa sin haber hecho nada.

Ellie May nunca protestaba. Nadie podía hacerle creer que su labio podía ser cosido de modo que apenas quedaría señal, y se había acostumbrado de tal forma a su defecto que ni siquiera pensaba que su rostro podría ser completamente distinto.

En esas raras oportunidades en que Jeeter había hecho preparativos para llevarla al hospital y se lo había dicho, Ellie May se escondía tras una esquina de la casa o el tronco de alguno de los amoles, riéndose. Los Lester habían hablado con tanta frecuencia de su labio que había llegado al convencimiento de que cuando Jeeter hablaba de la operación era solamente para burlarse de su defecto. Entonces se quedaba escondida detrás de la casa o del árbol hasta que se cambiaba de tema y salía sólo cuando estaba segura de que no se iban a ocupar más de ella.

—No es ningún pecado que tengas ese aspecto, Ellie May —le había dicho Jeeter—. Así has venido al mundo, y así quiso Dios que fueras. Hay veces en que pienso que tal vez sería un pecado arreglarlo, porque sería cambiar algo que Él hizo.

—Pues yo lo único que digo —había contestado Ada— es que es una lástima que no hiciera Dios que Dude tuviese el labio partido en lugar de Ellie May. Una mujer no debe ser así; las mujeres solamente sirven para casarse y trabajar para los hombres, y si una nace así, no hay hombre que quiera saber nada con ella. Si fuera

Dude el que tuviese el labio partido, no importaría nada; al final nadie se fija mucho en la cara de los hombres.

Cuando Ellie May, varios años antes, fue por primera vez al colegio para entrar en el primer grado, regresó a casa antes del mediodía y no quiso volver más. La maestra le dijo que tenía demasiados años para ir a la escuela con los menores, pero el motivo real de que la hubiese mandado de vuelta a casa fue que los demás niños se rieron tanto de su labio, que no habían podido estudiar sus lecciones. Así que Ellie May nunca más volvió al colegio. Dude tampoco lo había hecho porque Jeeter dijo que lo necesitaba en la casa para ayudarlo.

Pero si bien Jeeter no se interesaba gran cosa porque Ellie May fuese operada, había algo que siempre había deseado con todas sus fuerzas hacer, y eso era cultivar la tierra. Raro había sido el momento en los últimos seis o siete años en que no hubiese estado pensando en ello, y tratando de descubrir alguna forma de plantar algodón. Cuando siete años antes el Capitán John se trasladó a Augusta, pareció que se habían terminado para siempre los días de agricultor de Jeeter, pero él no abandonaba sus ilusiones de volver a arar la tierra para plantar algodón cada vez que llegaba la primavera.

Jeeter siempre pensaba que la pérdida de sus tierras y bienes había sido una calamidad ocasionada por los hombres. A veces decía que en parte había sido por su culpa, pero en el fondo creía firmemente que había llegado a su situación actual por culpa de los demás, aunque no censuraba tanto al Capitán John como a los otros. El Capitán John siempre lo trató bien, y había hecho más por él que cualquier otra persona; cuando Jeeter se había excedido en sus compras en los almacenes de Fuller, el Capitán John le había permitido seguir sin poner límite a su crédito. Pero el fin fue rápido; ya la explotación del algodón con el sistema anticuado del Capitán John no rendía beneficio, y éste abandonó la plantación, para trasladarse a Augusta. En lugar de intentar enseñar a los colonos los sistemas más modernos y económicos de cultivo, tarea que consideró imposible desde el primer momento, prefirió vender sus animales y aperos y marcharse. El empleo inteligente de sus tierras, hacienda e instrumentos de labranza hubiera permitido que Jeeter y docenas de otros que dependían del Capitán John recogieran cosechas para su sustento y la venta. El cultivo cooperativo los hubiera salvado.

Ahora Jeeter había quedado reducido a la mayor miseria; había sido despojado de sus medios de vida y se estaba consumiendo lentamente de inanición.

Todas las tierras que lo rodeaban habían pertenecido en un tiempo al abuelo de Jeeter, y setenta y cinco años atrás habían sido las más codiciadas del sur de Georgia. Su abuelo había despejado la mayor parte de la plantación para cultivar tabaco, para lo que se prestaba admirablemente el suelo, alto y seco. Todavía podían verse centenares de chozas semiderruidas que se emplearon para almacenar el tabaco en la

plantación; algunas de ellas aún estaban en pie, pero la mayoría se habían podrido y caído por tierra.

El camino sobre el cual se hallaba la casa de Jeeter había sido el primitivo camino del tabaco construido por su abuelo. Tenía unos veinticinco kilómetros; se extendía en dirección sur desde el pie de las dunas de arena hasta las barrancas que dominaban el río. El camino había sido usado para transportar los grandes barriles de tabaco, en que se empacaban las hojas después de haber sido curadas y estacionadas en los almacenes; millares de barriles habían sido llevados rodando por la cresta de las dunas y habían formado un camino firme y liso. A veces los barriles habían sido empujados por las cuadrillas de negros hasta los vaporé fluviales y otras veces tirados por yuntas de mulas, pero siguiendo siempre la cresta de las dunas, porque, si no, habrían rodado cuesta abajo hasta los arroyos que corrían al pie y el tabaco se habría estropeado completamente al mojarse.

Setenta y cinco años más tarde, aún seguía en uso el camino del tabaco, y si bien en algunos puntos empezaba a borrarse, su contorno seguiría mientras existieran las dunas. En la región occidental del valle del Savannah había docenas de caminos del tabaco, unos que sólo tenían uno o dos kilómetros, y otros que tenían cincuenta o sesenta y llegaban hasta el pie de la sierra de Piedmont. Cualquiera que recorriese a pie la comarca era más que probable que encontrara seis u ocho en el día. Topográficamente la región se asemejaba a una hoja de palma: el Savannah, el cabo, grueso al principio y que poco a poco se iba bifurcando arriba; los arroyos eran las depresiones de la hoja de palma, y entre ellos se encontraban las dunas y sobre éstos los caminos del tabaco.

El padre de Jeeter había heredado, poco más o menos, la mitad de la primitiva plantación de los Lester, y la mitad de eso no tardó en evaporarse. Para empezar, no pudo pagar los impuestos, y gran parte de las tierras fueron vendidas año tras año para satisfacer las exigencias del fisco. El resto lo cultivó como mejor pudo. Se dedicó exclusivamente al algodón, pero como el suelo era arenoso, se vio obligado a emplear más abono cada año. Pero el suelo flojo no conservaba el guano durante las fuertes lluvias de verano que lo arrastraban antes de que pudieran utilizarlo las plantas.

Cuando Jeeter llegó a una edad en que podía trabajar en la plantación, el campo se había convertido en una carga tan grande que dejaron que crecieran pinos en su mayor parte. El suelo se había agotado con el cultivo constante del algodón año tras año, y era imposible obtener un rendimiento de más de medio fardo por hectárea. Cada vez era necesario echar más y más guano a la tierra, pero todo lo que se echara era arrastrado por las lluvias, sin que llegase a las plantas.

Al morir su padre, Jeeter heredó deudas y lo que quedaba de las tierras de los Lester. De inmediato tuvo que responder a la hipoteca y para satisfacer a los

acreedores se vio obligado a cortar y vender todos los árboles, junto con otra buena parte de las tierras. Dos años más tarde Jeeter estaba tan endeudado, que una vez pagado todo se encontró con que no era dueño de una sola hectárea de tierra ni una casa de colonos. El hombre que adquirió la plantación en el remate judicial fue el Capitán John Harmon, y éste permitió que Jeeter y su familia vivieran en una de las casas y que trabajara para él como colono. Eso ocurría diez años antes de la Gran Guerra.

Desde entonces, se había ido hundiendo Jeeter cada año en una pobreza más dolorosa que la del año anterior, y el fondo había llegado, al parecer, cuando el Capitán John vendió todo para irse a Augusta. Desde ese momento Jeeter ya no podía esperar los dos tercios de lo que cultivara en el año, y nunca más podría contar con crédito para comprar víveres, tabaco y otras necesidades en los almacenes de Fuller. Junto con el Capitán John se había ido el crédito, y Jeeter no supo qué hacer. Sin comida ni tabaco, no valía la pena seguir viviendo.

Para esa época la mayor parte de sus hijos se habían marchado de casa para Augusta u otras partes, y Jeeter no sabía ahora ni por asomo cuál pudiera ser su paradero.

Ada y él habían tenido diecisiete hijos. Cinco de ellos habían muerto y los restantes se habían dispersado en todas las direcciones, quedando en casa solamente Dude y Ellie May; es cierto que Pearl estaba a sólo tres kilómetros de allí, pero nunca había vuelto a visitar a sus padres, y ellos tampoco habían ido a verla. Los que murieron habían sido enterrados en distintos puntos del campo, y como no se habían marcado sus tumbas y la tierra había sido arada después de estar enterrados, nadie hubiera sabido encontrarlos, de haberlo querido.

Con excepción de Dude y Ellie May, todos los demás se habían casado. Jeeter creía saber dónde se encontraba Tom, pero no estaba seguro. Había oído decir en los almacenes de Fuller que Tom, que era el mayor, estaba a cargo de un aserradero de traviesas en el partido vecino, en un sitio que distaba unos cuarenta kilómetros.

Nadie tenía la menor idea de dónde se encontraban los restantes ni si aún estaban todos vivos. Lizzie Belle había sido la última en marcharse, y lo hizo unos años antes diciendo que iba a trabajar en una hilandería del otro lado del río, frente a Augusta. Había diez hilanderías o más en el valle de Horsecreek, pero no dijo en cuál de ellas iba a trabajar. Jeeter había oído que aún seguía allí y que se había casado y ya tenía siete hijos, pero ignoraba si era cierto porque ni él ni Ada recibieron jamás una carta.

Había veces en que Jeeter se sentía solo sin sus hijos y deseaba que cualquiera de ellos volviera o por lo menos escribiera alguna carta, y entonces pensaba si acaso no le habrían escrito cartas que nunca llegaron a sus manos. No había cartero rural ni tenía buzón, pero muchas veces había dicho que un día de éstos pensaba ir al correo de Fuller para ver si había allí alguna carta de Lizzie Belle o Clara o Tom o alguno de

los otros. Sabía que tendría que conseguir que alguien se la leyera si había cartas de los muchachos porque ni él ni Ada habían aprendido a leer; pero aunque había estado en Fuller centenares de veces después de habersele ocurrido pensar en dirigirse al correo, todavía no había tenido la oportunidad de hacerlo.

Esperaba algún día en que pudiera llegar hasta el condado de Burke para ver a Tom. Llevaba varios años proyectando un viaje hasta allí, pero primero había sido el coche demasiado viejo que no le había permitido emprender el viaje, y luego el mal tiempo y los caminos enfangados.

El viaje para visitar a Tom había sido proyectado con un doble propósito; deseaba ver a su hijo, por supuesto, y conversar con él, pero el motivo principal de su ida era la creencia de que Tom le daría algún dinero regularmente cuando viera lo pobre que era y lo mucho que él y Ada necesitaban tabaco y comida. Por lo que Jeeter había oído decir en Fuller, sabía que Tom podía muy bien darle unos dólares todas las semanas. La gente aseguraba que Tom tenía cincuenta o sesenta mulas y el doble de bueyes y que recibía mucho dinero por las traviesas que vendían al ferrocarril. Jeeter lo había oído decir muchas veces en Fuller, y sabía que debía ser cierto, y no podía creer que Tom se negara a ayudarlo, lo mismo que a Ada, cuando le contara lo pobres que eran. Ahora que estaba pasando el invierno, Jeeter esperaba poder hacer el viaje durante el verano; los caminos ya no estarían embarrados y los días serían mucho más largos.

La terminación del invierno y la lenta entrada de la primavera estaban efectuando su habitual efecto sobre Jeeter. Los tibios días del fin de febrero habían avivado dentro de él una vez más el deseo de cultivar la tierra. Todos los años, en esa época, trataba nuevamente de preparar el terreno y de encontrar la forma de comprar semilla de algodón y guano al fiado en los almacenes de Fuller, pero sus tentativas se habían estrellado siempre contra las firmes negativas de todo el mundo, que no le daban ni un centavo de crédito. A pesar de ello, cada primavera quemaba una parcela aquí y otra allá, para limpiar la tierra de malezas por si alguien llegaba a prestarle una mula y a darle algo de semilla y guano. Siempre había hecho lo mismo en los últimos seis o siete años.

Jeeter había heredado el amor a la tierra, y sus desastrosas experiencias como agricultor no habían conseguido apagarlo. Toda su vida había transcurrido en el resto de la plantación de los Lester, y aunque sabía que legalmente no era suyo, estaba convencido de que moriría en el momento en que tuviera que salir de allí. No quería ni siquiera pensar en vivir en otro lado, aunque se le ofreciera la oportunidad de ir a trabajar como colono en alguna otra plantación; como tampoco le hubiera sido posible ir a Augusta para trabajar en las hilanderías. La emigración de los otros colonos a las hilanderías nunca había surtido el menor efecto sobre Jeeter. Trabajar en las hilanderías estaría muy bien para algunos, solía decir, pero por su parte prefería

morir de hambre a dejar el campo. Y en esos siete años no había cambiado de opinión; al contrario, estaba más decidido que nunca a continuar donde estaba, costara lo que costase.

Cuando Lizzie Belle se marchó, Ada dijo que quería irse a vivir a Augusta también, pero Jeeter ni siquiera la escuchó; nunca sintió el deseo de dejar la tierra para irse a vivir a una ciudad.

—La vida de la ciudad no fue dispuesta por Dios —había dicho Jeeter, sacudiendo la cabeza—. Nunca fue ordenado que un hombre que huele a campo vaya a vivir a una hilandería en Augusta. Puede ser que esté bien para algunos, pero Dios nunca dispuso que yo lo haga; desde el principio me puso en la tierra y no voy a salir de ella. Me sentiría como un pájaro al que le han cortado las alas, si tuviera que vivir todo el tiempo encerrado en una fábrica.

—Hablas como un viejo idiota —dijo Ada, furiosa—. Es muchísimo mejor vivir en las hilanderías que quedarse aquí en el camino del tabaco para morir de hambre. Allí podría conseguir todo el tabaco que quiero, mientras que aquí nunca tengo bastante para calmarme.

—Dios proveerá —había contestado él—. Ahora mismo estoy preparándome para recibir sus dones, y los espero en cualquier momento. Dios no nos va a dejar que nos muramos de hambre aquí, y muy pronto nos mandará tabaco y comida. Siempre he sido un hombre temeroso de Dios, y no va a dejar que siga sufriendo más tiempo.

—¡Sigue sentado y verás! Dentro de diez años estarás lo mismo que ahora, si es que llegas a vivir tanto tiempo. Hasta los chicos han tenido más sentido común, ¿no se fueron acaso a las hilanderías en cuanto fueron bastante grandes? Tuvieron bastante cabeza para no quedarse sentados aquí a esperar que les trajeras comida para llenar sus bocas y estómagos vacíos; sabían de sobra que no harías más que hablar. Si no fuese tan vieja, ahora mismo me iría a las hilanderías para hacer algo de dinero.

—El Señor me envía todas las miserias que se le ocurren sólo para probarme, y debe de estar pensando hacer algo muy bueno por mí, porque bastante me prueba. Estoy seguro de que piensa que si puedo soportar a los míos, puedo muy bien luchar contra el demonio.

—¡Bah! —exclamó Ada—. Lo que es, si no se da prisa y hace algo, va a ser demasiado tarde. Mi pobre estómago me duele fuerte todo el día cuando no tengo tabaco para calmarlo.

VIII

En las colinas no encontraba Jeeter ningún quehacer que le diera aunque sólo fueran unos céntimos por día. En más de treinta kilómetros a la redonda no había ningún agricultor que tomara peones, porque prácticamente todos ellos estaban en la misma situación, y algunos aun peor; ni tampoco había aserraderos o destilerías de trementina cerca del camino del tabaco que quisieran emplearlo. El único trabajo en toda esa comarca era el del cargadero de carbón, y Lov lo tenía desde que el ferrocarril de Augusta y Georgia Meridional fuera construido. Pero aun en el caso de que Jeeter hubiera podido quitar el empleo a Lov, el trabajo hubiese sido demasiado fuerte para él. Para llenar todo el día los grandes cubos de hierro y llevarlos hasta el borde del cargadero, donde eran volcados sobre los *tenders* de las locomotoras, hacía falta una espalda fuerte y unos brazos más fuertes. Lov podía hacerlo porque estaba acostumbrado, pero hubiera sido una locura que Jeeter lo intentara en su actual estado de debilidad, aun en el caso de que el ferrocarril pensara en tomarlo.

La esperanza de encontrar a Tom era la fuerza que sostenía a Jeeter, y detrás de la creencia de que Tom le daría algún dinero se hallaba el temor de morir sin contar con un traje para ser enterrado. Había llegado a sentir horror a la idea de morir en *overalls*.

Ada también hablaba siempre de conseguir ropa para ser enterrada. Quería un vestido de seda, sin importarle que fuese negro o rojo, con tal de que su largo estuviera conforme al estilo de moda. Tenía Ada un vestido que había estado guardando desde hacía varios años para que se lo pusieran el día de su muerte, pero constantemente le preocupaba el temor de que no fuese del largo correcto. Un año era costumbre que los vestidos fueran de cierto largo, y al año siguiente de manera misteriosa eran acortados o alargados varios centímetros. Era imposible seguir esos cambios; y, por tanto, aunque tuviese un vestido guardado, seguía tratando de conseguir que Jeeter le prometiese comprar uno nuevo que estuviera de acuerdo con la moda cuando muriese.

Ada estaba convencida de que iba a morir cualquier día de éstos, y en general se sorprendía al despertarse por las mañanas y ver que aún seguía viva. La pelagra, que iba lentamente extinguiendo la vida en su cuerpo consumido, no era sino una muerte lenta. La abuela también tenía pelagra, pero, no moría; su cuerpo frágil luchaba día tras día con la enfermedad; pero salvo el lento resecamiento de su piel y carne, nadie podía decir cuándo moriría. Pesaba ahora solamente treinta y cinco kilos, a pesar de ser una mujer alta que veinte años atrás había pesado noventa kilos. Jeeter le tenía encono porque persistía en vivir, y no sólo nunca le daba comida, sino que trataba de impedir que la consiguiera. Sin embargo, la vieja había aprendido a hallar sus medios

de sustento, sin que nadie pudiera explicarse cómo lo hacía. A veces hervía hojas y raíces, y otras comía hierba y flores en los campos.

Jeeter había dado ya instrucciones terminantes sobre su entierro; y había reiterado a Ada y Lov la importancia y necesidad de llevar a cabo sus planes. Esperaba vivir más tiempo que Ada, pero en caso de que muriera en su coche, le había hecho prometer a ésta que le compraría un traje. Si eso fuera imposible, debía ir a Fuller para pedir a alguno de los comerciantes un traje viejo para él. Lov había tenido también que jurar que haría que Jeeter fuese enterrado con un traje en lugar de *overalls*.

Pero había otra cosa relacionada con su muerte que era de la misma importancia.

Jeeter tenía horror a las ratas, cosa rara, porque había vivido rodeado de ellas toda su vida, y conocía sus costumbres casi tan bien como las de los hombres. El motivo de su odio a las ratas era algo que sucedió al morir su padre, cuando aún Jeeter era joven.

El viejo Lester había muerto en la misma cama que ahora ocupaba Jeeter, y fue enterrado al día siguiente. La noche de la muerte, mientras Jeeter y algunos otros hombres velaban el cadáver, alguien había sugerido ir a Fuller para comprar algunos refrescos y tabaco, pues debían estar en vela toda la noche y sentían la necesidad de beber algo y de fumar. Como todos ellos, incluso Jeeter, querían ir a Fuller, pusieron el cadáver en el granero y cerraron con llave la puerta, ya que era el único sitio donde podía guardarse algo y ser hallado intacto más tarde. Negros y blancos tenían costumbre de entrar por la noche en casa de los Lester y llevarse todo lo que había sin guardar; ninguna de las puertas tenía cerradura, salvo la del granero; cerraron la puerta, y después de guardar la llave marcharon a Fuller por los refrescos y el tabaco.

Al día siguiente, en los funerales, antes de bajar el cajón a la tumba, se abrió el cajón para que los familiares y amigos pudiesen mirar por última vez al extinto. Levantaron la tapa, y justo cuando estuvo del todo abierta saltó una rata enorme que desapareció en el bosque. Nadie sabía cómo pudo entrar el animal, hasta que alguien encontró un agujero en el fondo del cajón, abierto por la rata, que había roído la madera mientras el ataúd estaba en el granero.

De uno en uno fueron desfilando los asistentes ante el cajón, y cada vez que llegaba el turno a uno de ellos de mirar al cadáver, su rostro cambiaba de expresión. Algunas de las mujeres se rieron, y los hombres se sonreían unos a los otros. Jeeter corrió al ataúd para ver qué había sucedido. La rata había comido casi todo el lado izquierdo de la cara y el cuello de su padre. Jeeter cerró la tapa, e hizo que dejaran el ataúd de inmediato. Nunca había olvidado ese momento.

Ahora que se iba acercando el día en que le tocaría morir, Jeeter insistía una y otra vez en que su cadáver no fuera depositado en el granero o en cualquier otro lugar en que pudiese ser alcanzado por las ratas. Lov había prometido fielmente que se

ocuparía de que las ratas no consiguieran tocarlo antes que estuviese enterrado.

—Tienes que jurarme que no me dejarás metido en un cajón donde puedan alcanzarme las ratas —había dicho Jeeter docenas de veces—. Declaro ante el Señor, Lov, que ésa no es manera decente de tratar a un muerto. He lamentado lo sucedido con mi propio padre todo el tiempo desde el día en que pasó eso, y declaro ante el Señor que no quiero que eso me ocurra a mí cuando esté muerto y no pueda hacer nada.

—No tienes que preocuparte por eso —le había contestado Lov—. Cavaré un agujero, y te enterraré en cuanto te hayas muerto. Ni siquiera esperaré al otro día, y te enterraré casi en el mismo momento en que mueras. Yo me ocuparé de tu cuerpo, y no te preocupes más.

—No me importa lo que hagas, Lov, pero no pongas el ataúd en ese granero. Ya no hay ratas en él, porque no he guardado maíz allí desde hace casi cinco años, pero de vez en cuando vienen desde el sitio en que están ahora, para asegurarse de que no he vuelto a poner maíz. Antes de irse se comieron las collaradas de arneses de las mulas y todo lo que pudieron encontrar; estaban furiosas conmigo porque no les ponía maíz para ellas. Las solía golpear con garrotes, pero eso no impedía que volvieran de vez en cuando, no hace mucho estuve dentro para buscar algunas mazorcas, y una de ellas me mordió en la pierna antes de que pudiera salir. Seguro que me tienen rabia porque ya no les pongo maíz para que lo coman.

Ada también había prometido a su marido que haría que su cadáver no quedase expuesto a las ratas que tanto odiaba, pero Jeeter no molestaba tanto a Ada como a Lov, porque creía que viviría varios años más que ella.

Realmente parecía que Ada fuera a morir antes que Jeeter. Se le habían caído todos los dientes; desde los ocho años se había acostumbrado a masticar tabaco y los dientes le habían durado hasta poco después de casada. Su única preocupación, aparte del constante deseo de tabaco, era su muerte, y el pensamiento de que pudiese tener un vestido de moda cuando muriera la perseguía noche y día. No confiaba en que Jeeter lo consiguiera cuando llegase el momento, y ése era el motivo por el que conservaba el vestido viejo guardado para usarlo en caso de que no le comprara uno nuevo.

—Si pudiera averiguar dónde están viviendo mis hijas, podría ser que me ayudasen a conseguir un vestido elegante para morir con él puesto —solía decir—. Lizzie Belle solía querer mucho a su pobre madre, y sé que me ayudaría a conseguir uno, si supiera dónde está. Y también es posible que Clara me ayudara; siempre solía decir lo bonita que yo estaba cuando me peinaba por la mañana y me ponía un delantal y una cofia limpia. No sé si los otros querrían ayudarme algo o no. Hace tanto tiempo que no he visto a los demás que hasta he olvidado cómo eran, y a veces me parece que ni siquiera puedo recordar sus nombres.

—Puede ser que Lizzie Belle esté ganando mucho dinero en las hilanderías —dijo Jeeter—. Tal vez si la encontrásemos y se lo dijéramos, vendría alguna vez y nos traería algo de dinero. Sé que Bailey nos traería tabaco y comida si supiera dónde encontrarlo. Bailey era casi el mejor de los muchachos; era bueno conmigo hasta cuando solamente era un niño, y nunca robaba la melaza que habíamos estado guardando para la cena, como los demás. Espero que tal vez sea ahora un gran comerciante en algún sitio; siempre dijo que iba a ganar mucho dinero, para no tener que andar descalzo en invierno, lo mismo que Tom y Clara cuando se fueron.

Ada hablaba con Jeeter, siempre que el tema fuera el de los hijos que se habían ido, y parecía que no tuviera interés en las demás cosas. Contestaba la mayor parte de las veces a las preguntas de Jeeter, lo reñía cuando no había nada de comer en la casa, y el resto del tiempo era muy poco lo que decía. Pero siempre que era mencionado el nombre de Bailey, el de Lizzie Belle, el de Clara o Walker, o cualquiera de sus hijos, desaparecía de sus ojos la mirada ausente habitual y quería seguir hablando de ellos todo el día. Ninguno de los que había dejado la casa había vuelto a visitarlos ni había enviado mensaje alguno, y como nunca habían tenido noticias, Ada y Jeeter creían que todos ellos estaban vivos. No tenían medios de saber si era así.

—Voy a ir al partido de Burke para ver a Tom —había dicho Jeeter a Ada—. Estoy decidido a ir allí para verlo antes de morirme. En Fuller todos me dicen que día y noche salen vagones de traviesas del aserradero, que Tom es muy grande. Por lo que la gente dice, me parece que Tom debe ser muy rico y seguramente deberá darme algo de dinero. Aunque a veces me parece que los ricos nunca ayudan a un pobre, mientras los pobres son capaces de dar todo lo que tienen para ayudar al que no tiene nada. No creo que debía de ser así, pero supongo que los ricos no tienen tiempo que perder con nosotros los pobres.

—Cuando veas a Tom, dile que a su pobre vieja le gustaría mucho verlo; dile que he dicho que era casi el mejor de los diecisiete. Clara y Lizzie Belle eran las mejores, me parece; pero Tom y Bailey eran los mejores de los muchachos. Dile a Tom que he dicho que era el mejor y tal vez mande dinero para comprar un vestido nuevo.

—Pearl es la más bonita —dijo Jeeter—. Ninguna de las otras tiene un pelo rubio tan bonito como el de ella, ni tampoco sus ojos azul pálido. Es la primera Lester que he visto que tuviera pelo rubio. Es curioso, ¿no es cierto, Ada?

—Pearl es mi favorita, creo —replicó Ada—. Me gustaría que viniese alguna vez; no he vuelto a verla desde que se fue el verano pasado para casarse con Lov.

—Voy a decirle a Tom que debía de darme algo de dinero. La gente de Fuller dice que es ahora un hombre muy rico.

—Mejor es que no te olvides de mencionarle que su vieja madre quisiera que le consiga un vestido bonito para poder morir con él puesto, Estoy segura que no me negará un poco de su dinero para una cosa así.

—Se lo mencionaré cuando lo vea, pero no sé cómo lo tomará. Me imagino que tendrá una mujer y un montón de niños que sostener. Pero tal vez me lo dé.

—¿Crees que Tom tendrá hijos?

—Tal vez.

—Me gustaría verlos. Sé que debo tener un montón de nietos por ahí. Tengo que tenerlos, con todos esos muchachos y muchachas fuera de casa. Si pudiera ver a Tom, tal vez no me importaría tanto no poder ver a los demás. Sé que debo tener nietos en algún lado.

—Me parece que Lizzie Belle y Clara tienen un montón de hijos. Siempre hablaban de tenerlos, y dicen en Fuller que Lizzie Belle tiene muchos. No sé cómo los demás saben más de eso que yo, y me parece que yo tendría que ser el que más sabe de mis hijos.

—Tal vez pudieras hacer que Tom trajera a sus hijos aquí para que los viera. Dile que quiero ver a mis nietos y tal vez consienta en traerlos.

Ada había hablado muchas veces de que Tom trajese a sus hijos para que ella los viera, y cada vez que Jeeter hablaba de ir al condado de Burke en donde estaba el aserradero de Tom, le recordaba que no se olvidase de decir a Tom lo que ella le había pedido. Pero de año en año, al ver que Jeeter nunca salía, se sentía menos inclinada a hablar de la posibilidad de ver a alguno de sus nietos. No había forma de que Jeeter partiera; decía que iba a hacerlo al día siguiente, pero siempre aplazaba el viaje a último momento.

Casi todos los días Jeeter pensaba ir a algún sitio. Iba a Fuller, o a McCoy o a Augusta; pero nunca iba cuando decía que iba a hacerlo. Si por la noche decía a Ada que al otro día iba a ir a McCoy, a última momento decidía hacerlo a Fuller o a Augusta, y habitualmente primero se dirigía hasta el antiguo algodonal para mirar los juncas, y eso le hacía pensar en alguna otra cosa. Cuando llegaba hasta los juncas, lo más probable es que se tumbara para echar un sueñecito. Por cierto era un milagro que cortara la leña que solía llevar a Augusta, y a veces le llevaba una semana entera cortar la suficiente para una sola carga.

Estaban al principio de la nueva temporada que siempre era causa de que cambiara tantas veces de parecer, y durante todo el día se sentía en el aire el olor de los juncas y las malezas, y allá lejos estaban arando el campo, y podía sentir el aroma de la tierra fresca. Ese olor de tierra recién arada, que los demás nunca percibían, llegaba a los sentidos de Jeeter con mayor fuerza que nada, y le daba ganas de empezar allí mismo a quemar los antiguos algodones para sembrar una cosecha. Otros lo estaban haciendo por todas partes, pero aun en el caso de que consiguiera que le prestasen una mula, Jeeter no sabía por dónde empezar a pedir crédito para comprar semilla de algodón y guano. Los comerciantes de Fuller habían oído tantas veces sus ruegos que ya sabían lo que iba a pedir tan pronto como trasponía la puerta

y se iban a donde no pudiera seguirlos. No sabía qué hacer.

Jeeter aplazaba casi todo lo que podía ocurrírsele a un hombre, pero cuando se trataba de arar la tierra y plantar algodón, nunca cejaba. Empezaba el día con un entusiasmo febril, y cuando llegaba la noche seguía más decidido que nunca a conseguir una mula prestada y un comerciante que quisiera darle crédito para comprar semilla de algodón y guano.

IX

Hacía solamente media hora que había salido el sol, cuando Bessie volvió a la casa de los Lester al día siguiente de su repentina partida, cuando dijo que iba a su casa a pedir a Dios que le dejara casarse con Dude. Jeeter no había esperado su vuelta en varios días.

No había nadie a la vista cuando cruzó el patio y entró corriendo y llamando a Dude:

—¡Dude..., eh, Dude! ¿Dónde estás, Dude?

Jeeter estaba levantándose cuando la oyó, y Bessie entró en el dormitorio mientras él se estaba poniendo los zapatos.

—¿Qué quieres con Dude, Bessie? —le dijo, medio dormido aún—. ¿Para qué lo buscas?

Bessie recorrió el cuarto, mirando en las camas. Había tres camas en las que dormían todos los Lester. Ada y Jeeter usaban una de ellas; Ellie May y la abuela otra, y Dude dormía solo.

Ellie May se sentó, despertada por el ruido, y se frotó los ojos. Bessie levantó las mantas de la cama de Dude, y entró en la otra habitación, cuyo techo se había caído. Era el otro dormitorio, en el que antes solían dormir la mayoría de los chicos, y había sido abandonado porque se había caído un trozo del techo. El cuarto estaba ahora lleno de escombros.

Bessie volvió y miró bajo la cama de Ada.

—¿Qué quieres con Dude a estas horas del día? —preguntó Jeeter.

No contestó, y pasó a la cocina llamando a Dude a voz en cuello.

Tan pronto como terminó de atarse los zapatos y ponerse la camisa, Jeeter la siguió al patio de atrás. Llevaba puesto el sombrero, porque eso era lo primero que se ponía por las mañanas y lo último que se quitaba por las noches.

Dude estaba sacando un cubo de agua del pozo, y Bessie llegó a él antes de que pudiera inclinarlo y beber. Lo abrazó y besó en la cara con entusiasmo. Dude se resistió al principio, pero en cuando vio que era Bessie, le sonrió y la tomó por la cintura.

Jeeter se acercó mirándolos. Bessie, luego, se quitó una peineta y empezó a peinar el áspero cabello negro de Dude, tratando de alisarlo con sus manos. Dude tenía un cabello áspero y duro, que se le erizaba por mucho que lo peinara y cepillase. A veces conseguía tenerlo alisado durante unos minutos metiendo la cabeza en una palangana y peinándose en seguida, pero tan pronto como empezaba a secarse, nuevamente se le empezaba a enderezar, como si fuera de alambre.

—Nunca vi a una predicadora que se entusiasmara así con un muchacho —dijo Jeeter—. ¿Para qué le haces eso a Dude, Bessie? Los dos se están abrazando y

sobando lo mismo que ayer en la galería.

Bessie sonrió a Dude y a Jeeter. Se apoyó contra el brocal del pozo y se echó para atrás los cabellos, que esa mañana no había tenido tiempo ni siquiera de sujetar con lanas horquillas.

—Yo y Dude nos vamos a casar —dijo—. El Señor me ha dicho que lo hiciera; se lo pregunté, y me dijo: «Hermana Bessie, Dude Lester es el hombre que quiero sea tu compañero. Levántate temprano, vete a casa de los Lester y cástate en seguida con Dude». Eso es lo que me dijo anoche, y las mismas palabras que oí cuando rezaba en la cama. Así que en cuanto salió el sol, me levanté y vine tan de prisa como pude, porque al Señor no le gusta que lo hagan esperar para que se cumplan sus planes, y quiere que me case con Dude ahora mismo.

Dude miró con aire nervioso a su alrededor, como si estuviera pensando en huir y esconderse en el bosque. Había olvidado su ansiedad por acompañar a casa a Bessie la tarde anterior, cuando por primera vez había hablado ella de casamiento.

—¿Has oído eso, Dude? —dijo Jeeter—. ¿Qué te parece hacerlo con la hermana Bessie?

—¡Qué diablos! No podría hacer eso.

—¿Por qué no puedes hacerlo? —preguntó Jeeter—. ¿Qué te duele? ¿O no eres aún bastante hombre?

—Tal vez lo sea, y tal vez no. Me daría mucho miedo hacer eso con ella.

—Vaya, Dude —dijo su padre—, eso no es nada que deba dar miedo. Bessie no te va a hacer daño, y sabe cómo tratarte. La hermana Bessie ha estado casada antes, y ahora es viuda y sabe de sobra cómo tratar a los hombres.

—No te voy a hacer daño, Dude —dijo Bessie, pasándole el brazo por el cuello y estrechándose más contra él—. No tienes por qué tener miedo. Soy lo mismo que tu hermana Ellie May y tu madre, y las mujeres no asustan a sus hombres. Te gustará estar casado conmigo, porque sé tratar muy bien a los hombres.

Ada se abrió paso entre Jeeter y Dude; no había podido esperar a peinarse cuando oyó lo que quería Bessie, y se colocó entre ésta y Dude, con los cabellos que le caían a ambos lados del rostro, tratando de hacerse una trenza, y tan nerviosa como la predicadora.

—Bessie —dijo—, tendrás que hacer que Dude se lave los pies de vez en cuando, porque, si no, te ensuciará las mantas. A veces no se lava en todo el invierno, y las mantas se ensucian tanto que una no sabe cómo hacer para limpiarlas. Dude es descuidado, lo mismo que su padre. Tuve un trabajo enorme para enseñarle a acostarse con las medias puestas, porque era la única manera de mantener limpias las colchas. Nunca se quería lavar, y me parece que Dude está siguiendo el mismo camino de su padre, así que tal vez sea mejor que también le hagas usar las medias al acostarse.

Ellie May había salido de la casa y estaba detrás de un amolé para oír y ver todo lo que pasaba junto al pozo. La abuela también estaba en el patio; miraba desde detrás de una esquina de la casa, para que nadie la viera y la hiciera marcharse.

—Tal vez tú y Dude me ayuden a conseguir un vestido de moda —dijo Ada tímidamente—. Los dos saben cómo quiero un vestido de largo exacto, para que me entierren, y hace ya mucho que he dejado de esperar que Jeeter me lo consiga.

Todos ellos estaban junto al pozo mirándose. Cada vez que Jeeter encontraba los ojos de Dude, el chico inclinaba la cabeza y miraba al suelo. No sabía qué pensar de todo eso; quería casarse, pero tenía miedo a Bessie, que le llevaba cerca de veinticinco años.

—¿Sabes lo que voy a hacer, Jeeter? —dijo Bessie.

—¿Qué?

—Me voy a comprar un coche nuevo.

—¿Un coche nuevo?

—Uno nuevecito. Me voy a ir ahora mismo a Fuller para comprarlo.

—¿Uno nuevo? —dijo con incredulidad Jeeter—. ¿Un coche completamente nuevo?

Dude quedó boquiabierto, y le brillaron los ojos.

—¿Con qué lo vas a comprar, Bessie? —preguntó Jeeter—. ¿Tienes dinero?

—Tengo ochocientos dólares para pagarlo. Mi pobre marido me dejó ese dinero cuando murió; lo tenía en un seguro y cuando murió me lo dieron y lo puse en el banco de Augusta. Pensaba usarlo para seguir predicando y rezando como quería mi marido. Siempre quise tener un coche completamente nuevo.

—¿Cuándo vas a comprar el coche nuevo? —preguntó Jeeter.

—Ahora mismo..., hoy. Me voy a Fuller para conseguirlo ahora, y yo y Dude lo vamos a usar para recorrer toda la comarca predicando y rezando.

—¿Podré conducir? —preguntó Dude.

—Para eso lo voy a comprar, Dude. Lo compro para que nos lleves en él, cuando se nos ocurra ir a algún sitio.

—¿Cuándo van a hacer esos viajes rezando y predicando, tú y Dude? —dijo Jeeter—. ¿Se van a casar antes o después?

—Ahora mismo —contestó ella—. Nos vamos caminando a Fuller ahora mismo y nos compraremos el coche nuevo, y en seguida iremos en él al juzgado y nos casaremos.

—¿Van a sacar la licencia para casarse? —preguntó Jeeter con tono de duda—. ¿O van a vivir juntos sin ella?

—Voy a sacar la licencia para casarme —dijo Bessie.

—Eso cuesta como dos dólares —le recordó Jeeter—. ¿Tienes dos dólares? Dude no los tiene; Dude no tiene nada.

—No le he pedido un centavo a Dude; de eso me ocuparé yo. Tengo ochocientos dólares en el banco, y algo más aparte. He ahorrado mi dinero para cuando sucediera algo como esto, y todo el tiempo he estado esperando que ocurriera.

Dude había pasado los últimos minutos echando piedrecitas al pozo. De repente paró y miró a Bessie. La miraba directamente al rostro, y la vista de sus enormes fosas nasales hizo que se dibujara una sonrisa en sus labios. Otras veces le había mirado la nariz, pero esta vez los agujeros le parecían más grandes y redondos que nunca, y más que nunca era como mirar por una escopeta de dos cañones. No pudo dejar, de reír.

—¿De qué te estás riendo, Dude? —preguntó Bessie, frunciendo el ceño.

—De esos dos agujeros de tu nariz —dijo el muchacho—. No he visto nunca a nadie que le falte toda la punta de la nariz, antes.

Bessie se puso pálida, y bajó la cabeza tratando de esconder sus fosas nasales todo lo posible. Su apariencia la hacía sufrir, pero no sabía cómo remediar el defecto de su nariz. Había nacido sin cartílago en la nariz, y en cuarenta años no se le había desarrollado. Se tapó la cara con las manos.

—Estoy avergonzada de ti, Dude —dijo, secándose las lágrimas que habían brotado de sus ojos—. Ya sabes que no puedo remediar mi cara. He sido así desde que tengo memoria, y creo que la nariz no me crecerá nunca.

Dude empezó a dar patadas en el suelo, y trató de reírse. Pero casi de la misma forma repentina en que primero miró a la cara de Bessie y se sonrió, ahora dejó de hacerlo, con un gesto duro hacia sí mismo. El recuerdo del coche nuevo fue lo que hizo que dejara de reírse de Bessie. Si iba a comprar un coche nuevo, no le importaba nada su aspecto; hubiera sido lo mismo para él que tuviese un labio leporino como Ellie May, si podía conducir todo lo que quisiera. Nunca había conducido un automóvil nuevo, y era algo que deseaba hacer con toda su alma.

—No quería hacer nada malo —dijo, intranquilo—. Por Dios, que no. No me importa un diablo cómo tienes la nariz.

Bessie se sonrió de nuevo y le pasó los brazos por la cintura, mirándolo nuevamente, con el rostro tan próximo al suyo que podía sentir su aliento. Tuvo que dejar de querer mirarle a la nariz, porque al enfocar la vista sobre un objeto situado a sólo unos centímetros, le dolían los ojos. Sus fosas nasales le daban la impresión de una mancha borrosa cuando estaban tan juntos.

—¿Podré de verdad conducir el coche nuevo? —preguntó otra vez, con la esperanza de que no la hubiese hecho cambiar de idea—. ¿Me lo dejarás manejar?

—Para eso lo compro, Dude, para que pasees por todas partes en él. Tú y yo nos vamos a casar y podremos pasear todo el tiempo si queremos. No te impediré que vayas a ningún sitio cuando tengas ganas. Podrás pasear todo el tiempo.

—¿Tendrá bocina?

—Supongo que sí. ¿No vienen todos los coches nuevos con bocina?

—Puede ser. Pero asegúrate, y de todas maneras mira si la tiene cuando lo compres. No servirá para nada si no tiene bocina.

—Dude tiene una suerte endemoniada —dijo Jeeter—. Yo no conseguí nada cuando me casé con Ada. No tenía nada más que unos vestidos viejos, y su gente era tan pobre que tenían que comer harina de maíz y pellejos de tocino lo mismo que nosotros ahora. No recibí nada cuando me casé con ella, más que un montón de disgustos.

Ada dio un paso hacia Bessie, y le puso una mano en el brazo.

—Si tienes todo ese dinero, Bessie, tal vez podrías comprarme una lata de tabaco en Fuller. ¿No darías ese gusto a la pobre madre de Dude? Ya que Dude es mi hijo, bien podrías conseguirme una lata, aunque estaría más contenta si consiguieras tres o cuatro. El tabaco hace que me pasen los dolores en mi pobre estómago cuando no puedo conseguir nada de comer.

—He venido necesitando un par nuevo de *overalls* desde muchísimo tiempo, Bessie —dijo Jeeter—. Te aseguro que casi tengo miedo de irme lejos de la casa, porque no sé si me van a caer las ropas en pedazos sin que me dé cuenta. Si me pudieras conseguir un par nuevo en Fuller, me darías una gran alegría.

Bessie se llevó a Dude lejos del pozo. Dieron vuelta a la casa, y cuando no miraba nadie se puso tras de él y lo abrazó con tanta fuerza que se quedó sin aliento hasta que lo soltó nuevamente.

—¿Por qué me haces eso? —dijo—. Nunca me han hecho eso antes.

—Tú y yo nos vamos a casar, Dude. ¿No lo sabes?

Dude se puso detrás de ella, le miró a la nuca y otra vez pasó delante.

—¿Cuándo vas a comprar el coche nuevo?

—En seguida, Dude. Nos vamos a Fuller ahora mismo para comprarlo.

Nunca se había sentido Dude tan excitado como ahora, ante la perspectiva de conducir un automóvil nuevo. Los automóviles que había visto fueron todos viejos como el de Jeeter, salvo los que conducían los ricos de Augusta, y no podía convencerse de que iba a conducir uno igual a éstos que había visto en la ciudad. Quería salir para Fuller sin perder un minuto más.

—Vamos —dijo—. No tenemos tiempo que perder.

—Dime, ¿no estás contento porque nos vamos a casar? Va a ser realmente bueno, ¿no es cierto, Dude?

Los demás Lester los habían seguido al baldío, y se habían quedado junto a una esquina de la casa esperando que Bessie y Dude salieran para Fuller. Ellie May los siguió camino abajo durante casi un kilómetro, y luego dio vuelta y regresó a la casa.

Dude marchaba varios metros adelante, y cuando llegaron a lo alto de la primera duna se detuvieron para mirar a la casa y ver si Ada y Jeeter los estaban

contemplando. Bessie saludó con la mano hasta que Dude le dijo que se diera prisa para poder llegar a Fuller.

Emplearon cerca de dos horas en la larga caminata, porque Bessie tuvo que sentarse varias veces a descansar. Ya habían dado las diez cuando salieron, así que el sol calentaba y la arena hacía más pesado el camino, especialmente para ella. En algunos puntos tenía más de un palmo de espesor, y se le hundían los pies hasta los tobillos, obligándola a quitarse los zapatos para vaciarlos. Pero Dude no se sentaba a esperar que pudiera reanudar el camino, sino que seguía adelante para que se apresurara.

Al principio trató de caminar despacio para que Bessie pudiera seguirlo, pero al aproximarse a Fuller ya no pudo contenerse más y le sacó varios centenares de metros de ventaja, para volver donde se encontraba y repetir una o dos veces la maniobra. Hubiese entrado solo en el pueblo, pero no sabía qué hacer y además tenía miedo de que al perderla de vista, diera media vuelta y se fuera sin comprar el automóvil.

En todo el camino, ninguno de los dos había dicho una palabra. Bessie fue tarareando a media voz un himno, alzando de vez en cuando la voz hasta dar esas notas agudas que tanto le gustaban, pero no trató de conversar con Dude. Ambos estaban demasiado absortos en sus propios pensamientos para hablar.

X

Dude esperó fuera del garaje, mirando el flamante automóvil que estaba expuesto en la vidriera. Bessie había entrado, pero Dude le dijo que prefería quedarse un rato en la calle a mirar.

Bessie tuvo que esperar varios minutos en medio del garaje antes de que saliera alguien a atenderla. Finalmente, se le aproximó un vendedor y le preguntó si deseaba algo. En cuanto la vio, notó que había algo anormal en su nariz.

—He venido a comprar un «Ford» nuevo —dijo Bessie.

El vendedor estaba tan ocupado mirándole la nariz que tuvo que pedirle que repitiese lo que había dicho.

—Vine a comprar un «Ford» nuevo.

—¿Tiene dinero?

El hombre echó una ojeada a su alrededor para ver si había salido algún otro de sus compañeros. Quería que se fijaran bien en la nariz de Bessie.

—Tengo bastante para comprar un automóvil nuevo, si no cuesta más de ochocientos dólares.

Por primera vez la miró a los ojos. Viendo su traza, le costaba creer que tuviese siquiera diez centavos.

—¿Cómo los ha conseguido?

—El Señor cuida de mí; siempre provee para sus criaturas.

—A mí nunca me ha enviado nada, y ya llevo aquí treinta años. Debe de tener mucha influencia con él.

El vendedor se rió de lo que había dicho, y nuevamente se quedó mirando a la nariz de Bessie.

—¿Está segura de que tiene todo ese dinero?

Bessie sacó la libreta de cheques del bolsillo de su falda, y se la mostró. Mientras el vendedor miraba el nombre del banco, y el saldo que quedaba, ella se dirigió a la puerta, llamando a Dude para que entrara.

—¿Quién es ése? —preguntó el vendedor—. ¿Es su hijo?

—Ése es Dude Lester. Todo el mundo ha oído hablar de los Lester, del camino del tabaco, y Dude y yo nos vamos a casar hoy. Tan pronto como podamos conseguir el automóvil nuevo nos iremos al juzgado para sacar la licencia de casamiento.

El vendedor le puso la libreta de cheques en la mano, y salió corriendo hasta la puerta de la oficina.

—Ven en seguida, Harry —gritó—. Quiero enseñarte algo bueno.

De la oficina salió un hombre de más edad, que se dirigió hasta donde estaban Bessie y el vendedor.

—¿Qué ocurre? —dijo, mirando a una y otro.

—Esta mujer se va a casar con ese chico, Harry, ¡qué dices de eso! ¿Has visto algo igual en tu vida? El hombre preguntó a Dude qué edad tenía. El chico iba a contestarle que dieciséis años, cuando Bessie le dio un empujón y se le puso delante.

—La edad que tiene no les importa nada. Quiero comprar un automóvil nuevo, y a eso he venido, y he tenido que caminar mis buenos ocho kilómetros esta mañana para llegar.

Los dos hombres se pusieron a hablar en voz baja, cuando Bessie terminó. El mayor le miró a la cara, y cuando vio los dos enormes agujeros de su nariz, dio unos pasos y trató de mirarla de cerca, pero Bessie se cubrió la nariz con una mano.

—¡Santo Dios! —exclamó.

—¿No es una visión? —dijo el vendedor.

—¿Tiene dinero? —preguntó Harry—. No pierdas el tiempo con ella si no lo tiene. Hay muchas como ella que vienen del campo y nunca compran nada.

—Tiene una libreta de cheques del Banco Agrícola de Augusta, y dice que tiene ochocientos dólares en su cuenta, y ése es el saldo anotado en la libreta.

—Mejor es que llames al banco y te asegures primero —dijo Harry—. Puede que esté diciendo la verdad, y puede que esté mintiendo. Esta gente de campo tiene sus cosas a veces; a lo mejor encontró la libreta y la llenó ella misma.

Volvieron a la oficina comentando la nariz de Bessie, y cerraron la puerta. Después de haber hablado el vendedor con el banco, fueron de nuevo adonde esperaban Bessie y Dude.

—¿Cuánto quiere pagar por su automóvil? —preguntó el vendedor.

—Ochocientos dólares —contestó Bessie.

Harry le hizo un guiño al vendedor.

—Éste es un bonito coche —dijo, apoyándose en el guardabarros de un nuevo modelo abierto—. Cuesta ochocientos dólares, y puede llevárselo hoy mismo si quiere. No tiene que esperar las matrículas. Yo se las entregaré la semana que viene; total, se puede salir con un coche nuevo durante siete días mientras llegan las matrículas de Atlanta.

Los dos se guiñaron los ojos; cada vez que querían hacer una venta inmediata contaban esa misma mentira sobre las patentes.

Dude se acercó al coche, y tocó varias veces la bocina. El tono le gustó y miró sonriente a Bessie.

—¿Te gusta, Dude?

—No está mal —contestó éste, tocando de nuevo la bocina.

—Nos llevamos ése —dijo Bessie.

—Veamos su libreta —dijo Harry, quitándosela de las manos antes que ella se la tendiera. En seguida arrancó un cheque del talonario y lo llenó por ochocientos dólares.

Mientras llenaba el cheque para que Bessie lo firmara antes que tuviera tiempo de cambiar de idea o salir del garaje, el vendedor trataba de nuevo de mirarle la nariz. En su vida había visto nada semejante.

—Firme aquí.

—Siempre hago mi marca —dijo Bessie.

—¿Cómo se llama?

—Hermana Bessie Rice.

—Entonces debe ser una predicadora —dijo el hombre—. ¿No es así?

—Predico y rezo, las dos cosas.

Y tocó el extremo de la pluma, mientras trazaba una «X» después de su nombre.

—El automóvil es suyo —le dijeron—. ¿Va a conducir el muchacho?

—Esperen un momento —dijo Bessie—. Me olvidé por completo de rezar, arrodillémonos en el suelo y digamos una oración antes de cerrar el trato.

—Ya está terminado —dijo uno de los hombres.

—No, no lo está —insistió Bessie—. No estará terminado hasta que el Señor lo haya bendecido.

Los dos hombres se rieron ante su insistencia, pero Bessie ya se había arrodillado en el suelo y Dude lo estaba haciendo junto al automóvil. Los dos hombres se quedaron tras ella, para no tener que hacerlo.

—Dios querido; nosotros, pobres pecadores, nos arrodillamos en el piso de este garaje para rogar que bendigas la compra de este automóvil nuevo, para mostrar que estás conforme con lo que Dude y yo estamos haciendo. Este automóvil nuevo es para que yo y Dude demos vueltas con él, y hagamos la obra que quieres se haga para ti en esta región pecadora. Debes de hacer que no tengamos choques con él, para que no nos hagamos daño. ¿No querrás que nos matemos juntos ahora que vamos a empezar a predicar tu religión? Y esos dos hombres que nos vendieron el automóvil también necesitan tu bendición para que puedan vender automóviles para el bien. Son pecadores como todos nosotros, pero sé que no quieren serlo y debías de bendecir su trabajo y enseñarles a vender automóviles a la gente para el bien, lo mismo que lo harías tú si estuvieses vendiendo automóviles en Fuller. Eso es todo. Sálvanos del diablo y guárdanos un lugar en el cielo. Amén.

Dude fue el primero en ponerse en pie. Saltó al estribo del coche y tocó seis o siete veces la bocina. Los dos hombres se acercaron a Bessie, muertos de risa y secándose el sudor de la frente. Se quedaron mirándole otra vez la nariz, hasta que se la cubrió con las manos.

Dude y Bessie se sentaron en el coche, y Dude tocó de nuevo la bocina varias veces.

—Esperen un momento —dijo el vendedor—. Tenemos que sacarlo afuera y llenarle el tanque para que puedan ponerlo en marcha.

Bessie salió del coche, pero Dude se negó a soltar el volante. Se quedó sentado y guió el coche mientras empujaban los hombres.

Después de haber sido llenado el tanque, Dude puso en marcha el motor y se dispuso a arrancar. Bessie subió de nuevo, sentándose en el centro del asiento trasero.

—¿Adónde van ahora? —preguntó el vendedor a Bessie—. ¿A casarse?

—Vamos primero al juzgado para sacar la licencia, y luego nos casaremos.

Los hombres empezaron a hablarse en voz baja:

—¿Viste alguna vez una nariz así, Harry?

—Nunca estando sobrio.

—Fíjate en esos dos agujeros que tiene en la cara, ¿cómo hará para que no le entre agua cuando llueve?

—Que me parta un rayo si lo sé. A lo mejor les pondrá corchos; en una lluvia fuerte tendrá que hacer algo así.

Bessie se inclinó y sacudió a Dude.

—Vámonos, Dude —dijo—. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

Dude puso en marcha el coche y apretó el acelerador. Como no estaba acostumbrado al modelo nuevo, no supo calcular bien y el coche arrancó con tal violencia que pareció que abandonaba el suelo. Los dos hombres pegaron un salto justo a tiempo de evitar ser alcanzados por el guardabarros.

Bessie mostró a Dude el camino del juzgado, y cuando llegaron allí, Dude salió de mala gana y siguió a Bessie adentro. Quería quedarse en el coche para tocar la bocina, pero ella le dijo que tenía que acompañarla para conseguir la licencia.

El despacho del oficial mayor estaba al final del *hall* del primer piso, y ambos entraron. En la puerta había un letrero que Bessie recordaba haber visto cuando vino con su primer marido.

—Quiero la licencia para casarme con Dude —dijo, al entrar.

El empleado la miró y extendió un formulario en la mesa; luego le puso una pluma en la mano y le indicó que llenara el cuestionario.

—Tendrá que escribir por mí porque yo no sé hacerlo.

—¿No sabe escribir? —le preguntó—. ¿Ni siquiera su nombre?

—Nunca aprendí a hacerlo.

El empleado iba a decir algo, cuando levantó la cabeza y le vio la nariz. Sus ojos se fueron abriendo más y más.

—Bueno; lo escribiré yo, pero no tengo por qué hacerlo. Eso debería de hacerlo usted misma. A mí no me pagan para escribir por los demás.

—Le estaré muy pero muy agradecida si lo hace usted por mí.

—¿Cómo se llama?

—Hermana Bessie Rice.

—Usted debe ser la viuda del predicador Rice, ¿no es cierto?

—Era mi marido.

—¿Con quién se va a casar, hermana Rice?

—Con ése que está en la puerta.

—¿Quién?

—Dude. Su nombre es Dude Lester.

—Pero ¿no se irá a casar con él?

—Para eso es para lo que vine aquí a buscar la licencia. Yo y él nos vamos a casar.

—¿Quién, esa criatura? ¿Ése es el que se va a casar con usted?

—Dude dijo que iba...

—Ese muchacho todavía no tiene edad para casarse, hermana Rice.

—Dude tiene dieciséis años.

—No le puedo dar la licencia..., tendrán que esperar un poco, y volver el año que viene o el siguiente.

—Dios mío —dijo Bessie, cayendo de rodillas—. Este hombre dice que no quiere darme permiso para casarme con Dude. Dios, tienes que hacer que me lo dé. Anoche me dijiste que me casara con Dude y que hiciera de él un predicador, y tienes que ayudarme ahora. Estoy loca por casarme y si no haces que me den la licencia, no sé el mal que...

—¡Pare! ¡Pare! —gritó el empleado—. ¡Deje esos rezos! Prefiero dar la licencia a tener que aguantar eso. Puede ser que podamos arreglarlo.

Bessie se levantó sonriendo.

—Yo sabía que el Señor me iba a ayudar —dijo.

—¿Tiene ese muchacho el consentimiento de sus padres? No puede casarse si no tiene el consentimiento de su padre y su madre, según la ley para los de su edad. Además, ¿para qué quiere casarse con usted? Es demasiado joven para casarse con una vieja así. Ven aquí, hijo...

—No quiera convencerlo de que no lo haga —dijo Bessie—. Si empieza a hacer eso, rezaré de nuevo. Dios no va a permitir que usted nos impida casarnos.

—¿Cómo vienes aquí para casarte con esa vieja, hijo? Debías esperar y casarte con una muchacha joven cuando crezcas.

—No lo sé —dijo Dude—. Bessie me trajo con ella.

—Está bien; yo no puedo darte licencia para casarte —dijo el empleado—. Es contra la ley que un muchacho de menos de dieciocho años se case sin el consentimiento de sus padres. Y por mucho que recen no va a cambiar la ley. Está así escrita y no se va a borrar de los libros.

—Dios querido —empezó de nuevo Bessie—, no irás a dejar que este hombre nos separe. Tú sabes cómo contaba con casarme con Dude, y no debías de permitir que nada...

—¡Espere un momento! ¡No empiece de nuevo con eso! —exclamó el oficial—. ¿Quiénes son los padres de ese muchacho?

—A su padre y a su madre no les importa —dijo Bessie—. Están encantados. Ya hablé con los dos esta mañana temprano cuando venía para aquí, a Fuller.

—¿Cómo se llama su padre?

—Jeeter Lester es el padre de Dude, y no creo que usted conocería a su madre si dijera su nombre. Se llama Ada.

—Seguro que conozco a Jeeter Lester, y no creo que le importe, ni tampoco a su mujer. Tuve que dar a Lov Bensey la licencia para que se casara con una de sus hijas porque Jeeter dijo que lo quería. Y ni siquiera tenía más de doce años entonces, y era una vergüenza casarla tan joven, pero está en la ley y tuve que hacerlo. Era una chica bonita; nunca he visto una chica en mi vida con un cabello amarillo y ojos azules tan bonitos. Sus ojos tenían el mismo color de los huevos de gorrión. De verdad era bonita.

—Dude es mayor que eso —dijo Bessie—. Dude tiene dieciséis años.

—¿Cuántos años tiene usted, hermana Rice? No me ha dicho su edad.

—No tengo que decirle eso, ¿no?

—Ésa es la ley. No le puedo dar su licencia si no me dice su edad.

—Este... no hace mucho tiempo que tenía treinta y ocho años.

—¿Qué edad tiene ahora?

—Treinta y nueve, pero no lo parezco todavía.

—¿Quién va a trabajar para mantenerlos? Ese muchacho aún no puede ganar el jornal de un hombre.

—¿Está también eso en la ley?

—No. La ley no dice nada, pero pensé que me gustaría saberlo.

—El Señor proveerá —dijo Bessie—. Siempre provee para sus criaturas.

—Pues la verdad es que no cuida mucho de mí y de los míos —dijo el oficial—, y eso que desde los veinte años he sido un miembro regular de la iglesia Bautista de Fuller.

—Eso es porque no tiene una buena religión —dijo Bessie—. Los bautistas son pecadores como todos los demás, pero mi religión provee para mí.

—¿Cómo se llama?

—No tiene un nombre particular; yo la llamo casi siempre «Sagrada». Ahora soy el único miembro de ella, pero Dude también va a serlo cuando estemos casados, y también va a ser un predicador.

—Tendrá que pagarme dos dólares por la licencia —dijo el oficial, llenando una hoja—. ¿Los tiene?

—Aquí mismo los tengo, aunque no sé por qué la gente tiene que pagar para casarse. El que se casen está dispuesto por Dios.

—Hay algo más que voy a preguntarles. No lo pide la ley y algunos empleados no lo preguntan, pero como soy un buen bautista, siempre me parece que debo hacerlo.

—¿Qué es?

—¿Tiene alguno de los dos alguna enfermedad?

—No, que yo sepa —dijo Bessie—. ¿Tienes tú, Dude?

—¿Qué es?

—Alguna enfermedad —repitió el oficial— como la pelagra, o la viruela boba, o algo así. ¿Tienes algo malo, hijo?

—No tengo nada malo que yo sepa —dijo Dude—. No sé de qué están hablando.

—¿Está segura de que no tiene nada? —preguntó a Bessie—. ¿Su marido no le dejó ninguna enfermedad? ¿De qué murió?

—Más que nada, de viejo, me parece. Tenía más de cincuenta años cuando nos casamos.

—¿Tiene alguno de los dos alguna enfermedad venérea?

—¿Qué es eso? —preguntó Bessie.

—Usted sabe..., enfermedades venéreas. A lo mejor las llama enfermedades sexuales.

—Antes solía tomar muchas botellas de «Tanlac», pero no lo he hecho últimamente porque no tenía dinero para comprarlas.

—No, no es eso. Lo que yo digo es algo que viene a veces de dormir las mujeres con los hombres.

—Mi marido tenía a veces bichos y lo lavaba y me lavaba yo con kerosene para librarnos de ellos.

—No, no son los bichos; mucha gente los tiene. Es otra cosa..., pero me parece que no la tiene si no sabe de qué estoy hablando.

—¿Qué otra cosa quiere saber? —preguntó Bessie.

—Creo que eso es todo. Ahora deme los dos dólares.

Bessie le entregó los dos billetes sucios y arrugados de un dólar que tenía en la mano. Tenía varios más en el bolsillo de la falda, todos ellos anudados dentro de un pañuelo, y era todo el dinero que le quedaba después de haber pagado los ochocientos dólares por el automóvil nuevo.

—Bueno, supongo que los dos se arreglarán bien —dijo el oficial—. Tal vez sea así y tal vez no.

—¿Es casado usted? —preguntó Bessie.

—Estoy casado desde hace quince años o más. ¿Por qué?

—Entonces, me imagino que sabrá lo contentos que estamos Dude y yo de casarnos. Todos los casados saben lo que es eso.

—Está muy bien al principio, pero no dura mucho del mismo modo. Después de haber estado casado un año o dos, a uno le gustaría empezar y hacerlo de nuevo, pero

no puede ser. La ley no lo permite después de la primera vez, a menos que se le muera a uno la mujer o se escape con otro, pero eso no pasa lo bastante a menudo como para que valga la pena.

—Yo y Dude vamos a estar juntos todo el tiempo, ¿no es cierto, Dude?

Dude se sonrió, pero no dijo nada.

Bessie tenía la licencia en la mano y no quiso oír hablar más al oficial. Sacó a Dude de la habitación, salieron del juzgado y corrieron al automóvil.

Subieron al coche para volver a casa; Dude tocó varias veces la bocina antes de poner en marcha el motor, y otra vez antes de arrancar. Luego dio vuelta en la calle y salieron de Fuller hacia el camino del tabaco.

Bessie iba erguida en el asiento de atrás, con la licencia bien agarrada con ambas manos, para que el viento no se la llevase.

XI

Los Lester oyeron la bocina que tocaba Dude a lo lejos, en el camino del tabaco, mucho antes de que pudiera verse el automóvil, y todos corrieron al extremo más lejano del patio y hasta los juncales para ver llegar a Dude y Bessie. Hasta la anciana abuela estaba nerviosa, y esperó detrás de un amolé, para encontrarse entre las primeras en ver el coche.

—¡Allí vienen! —gritó Jeeter—. ¡Mírenlos! Es un automóvil nuevecito de verdad... ¡Miren cómo brilla la pintura negra! ¡Santo Dios! ¡Mírenlos cómo vienen allá!

Dude venía a unos treinta y cinco kilómetros por hora, y estaba tan entretenido en tocar la bocina que se olvidó de aminorar la marcha cuando entró en el baldío. El coche pegó varios saltos al pasar la cuneta, lanzando a Bessie contra la capota tres o cuatro veces en rápida sucesión, y quebrando varias hojas del elástico trasero. Dude frenó entonces y el automóvil atravesó el patio, yendo a detenerse al lado de la casa.

Jeeter fue el primero en llegar al nuevo coche. Lo había seguido corriendo mientras Dude frenaba, agarrado al guardabarros de atrás para no separarse. Ellie May y Ada no venían muy lejos, y la abuela corrió todo lo que pudo.

—Nunca en mis días vi un coche más hermoso —dijo Jeeter—. Realmente me hace feliz de nuevo ver una máquina tan buena. ¿No crees que podrías llevarme para dar una vuelta, Bessie? De verdad que me gustaría ir en él un poco.

Bessie abrió la portezuela y bajó del coche. Lo primero que hizo fue limpiar el polvo de los guardabarros delanteros con el ruedo de la falda.

—Supongo que podremos llevarte a dar una vuelta alguna vez —dijo—. Cuando yo y Dude volvamos, podrás ir.

—¿Adónde se van a ir Dude y tú, Bessie?

—Iremos a dar una vuelta por ahí, como todos los casados —dijo con orgullo—. Cuando la gente se casa, siempre le gusta dar una vuelta a algún sitio.

Ada y Ellie May examinaron el coche con mal disimulada admiración. Las dos frotaron las portezuelas y guardabarros del automóvil con sus faldas, y cuando terminaron el coche brillaba al sol como un espejo.

Dude saltó del coche por encima de la portezuela y ordenó a su madre y su hermana que se apartaran.

—Tú y Ellie May lo van a arruinar —dijo—. No le pongan las manos encima y no se acerquen demasiado.

—¿Dude y tú os casasteis en Fuller? —preguntó Jeeter.

—No del todo —dijo Bessie—, pero saqué la licencia. Me costó dos dólares hacer eso solo.

—¿No vas a buscar un pastor para que termine de hacerlo?

—¡No, por cierto! ¿No soy una predicadora? Lo haré yo misma, y nunca dejaría que un anabaptista se meta con nosotros.

—Yo sabía que ibas a hacer bien las cosas —dijo Jeeter—. Verdaderamente eres una gran predicadora, hermana Bessie.

Bessie marchó hacia la galería, retorciendo la licencia entre sus manos. Todos los demás seguían mirando el coche nuevo, y Ellie May y Ada se mantenían a una distancia prudente, para que Dude no las corriera con un palo. La abuela se había ocultado de nuevo detrás de un amolé, llena de asombro ante la vista del coche.

Dude lo rodeó, observándolo detenidamente. Quería estar seguro de que nadie había puesto las manos encima, empañando su brillo.

Jeeter se sentó en cuclillas para admirarlo.

Bessie estaba en los escalones de la galería, tratando de llamar la atención de Dude. Tosió varias veces, arrastró los pies en las tablas y golpeó con los nudillos en la baranda. Jeeter la oyó y volvió la cabeza para ver qué estaba haciendo.

—¡Por Cristo bendito! —exclamó, poniéndose de pie de un salto—. ¡Si será tonto!

Los otros se volvieron para mirar a Bessie, y Ellie May se rió desde detrás de un amolé.

—Ada —dijo Jeeter—. La hermana Bessie quiere entrar en la casa. Anda a mostrarle el camino.

Ada entró y abrió las persianas, y en seguida se oyó cómo arrastraba sillas en el cuarto y empujaba las camas a los rincones.

—¿No se pararon en los bosques al venir de Fuller? —preguntó a Bessie.

—Teníamos prisa por volver aquí —contestó ella—. Algo le dije a Dude, pero estaba tocando tanto la bocina que no pudo oír.

—Dude —dijo Jeeter—, ¿no ves las ganas que tiene la hermana Bessie de entrar en la casa? Vete adentro con ella; yo cuidaré del coche.

Mientras instaban a Dude a que entrara en la casa, Bessie marchó lentamente por la galería hacia la puerta, esperando a ver si Dude la seguía.

Ellie May se puso de puntillas; trataba de mirar dentro del cuarto por la ventana abierta. Ada estaba todavía ocupada en ponerlo en orden, y a cada momento arrastraba las sillas de un lado a otro del cuarto o daba un empujón a una de las camas para cambiarla de posición.

—¿Qué van a hacer allí, mamá? —preguntó Ellie May.

Ada se acercó a la ventana y después de hacer que Ellie May soltara sus manos del borde le indicó que se fuera.

—La hermana Bessie y Dude están casados —dijo—. Ahora vete y deja de querer mirar adentro. No tienes para qué verlos.

Cuando su madre se apartó de la ventana, Ellie May volvió a alzarse sobre el

borde y miró adentro.

Dude había llegado hasta la puerta, pero se detuvo allí para echar otra mirada al automóvil, y se quedó hasta que Ada al salir le dio un empujón, haciéndolo entrar al cuarto junto a Bessie.

Casi no había muebles en la habitación. Aparte de las tres camas de matrimonio, en un rincón había una cómoda desvencijada, que era usada como lavabo, y una mesa, y encima de ésta, en la pared, un espejo roto. En el lado opuesto del cuarto estaba la chimenea. Detrás de la puerta había una escoba de retamas, y otra, completamente gastada, bajo la cama de Ada. También había en la habitación dos sillas, y como en toda la casa no había armarios, las ropas estaban colgadas de clavos colocados en los tirantes.

Tan pronto como Dude entró en el cuarto, Bessie cerró la puerta y lo atrajo hacia ella. En seguida sacó del bolsillo la licencia de matrimonio.

—Sujeta una punta, Dude, y yo tendré la otra.

—¿Qué vas a hacer?

—Casarnos, Dude.

—¿No arreglaste todo eso en el juzgado en Fuller?

—Eso no era todo. Ahora haré lo que faltaba.

—¿Cuándo vamos a dar un paseo? —preguntó el muchacho.

—Ahora mismo, pero primero nos quedaremos aquí un poco. Tenemos tiempo de sobra para dar vueltas por ahí, Dude.

—¿Me dejarás conducir todo el tiempo?

—Claro que podrás conducir todo el tiempo. Además, yo no sé hacerlo.

—No irás a dejar que nadie más lo conduzca, ¿no es cierto?

—Tú eres el único que puede conducir, Dude. Pero tenemos que darnos prisa y terminar de casarnos. Coge la licencia, mientras yo rezo.

Dude quedó de pie junto a ella, esperando que terminara la oración. Bessie oró en silencio durante varios minutos.

—Yo declaro que somos marido y mujer. Así sea. Eso es todo, Dios. Amén.

Siguió un largo silencio, mientras se miraban uno al otro.

—¿Cuándo vamos a dar una vuelta? —dijo Dude.

—Ahora estamos casados, Dude. Ya hemos terminado de casarnos. ¿No estás contento?

—¿Cuándo vamos a dar una vuelta?

—Ahora tengo que rezar. Arrodíllate en el suelo, mientras digo una oracioncita.

Los dos se arrodillaron para rezar. Dude se apoyó sobre las manos mirando la nariz de Bessie, mientras ésta tenía cerrados los ojos.

—Dios mío; Dude y yo estamos casados ahora, y somos marido y mujer. Dude es un muchacho inocente que no conoce las malas costumbres de la gente, y yo soy una

predicadora de la religión. Debes de hacer que Dude sea también un predicador, y dejar que usemos nuestro automóvil nuevo para viajar por todas partes y rogar por los pecadores. Debes enseñarle a ser un buen predicador, para poder llevar al redil a las ovejas descarriadas. Eso es todo por ahora, porque llevamos prisa. Sálvanos del diablo y guárdanos un lugar en el cielo. Amén.

Se oyó un rumor de faldas al ponerse de pie Bessie y empezar a dar vueltas por el cuarto. En seguida volvió junto a Dude, e hizo que éste le pasara los brazos por la cintura.

Fuera, en el patio, Jeeter y Ellie May habían estado todo el tiempo de puntillas mirando por la ventanas para ver qué hacían Dude y Bessie. Las ventanas no tenían cortinas, y las persianas debían estar abiertas para que entrara luz en la habitación.

Dude se quedó inmóvil varios minutos, contemplando a Bessie que trataba de arrastrarlo al lado opuesto del cuarto. Finalmente ella se sentó en una de las camas y trató de que el muchacho hiciera lo mismo a su lado.

—¿No irás a dormir ahora? —preguntó Dude—. Todavía no es hora de acostarse, recién estamos al mediodía.

—Sólo un ratito —dijo ella—. Después podemos salir de nuevo a dar una vuelta en el automóvil.

Dude corrió a la ventana a mirar el coche, que había olvidado completamente por un instante. Al llegar a la ventana, vio a Jeeter y Ellie May cogidos del borde con la punta de los dedos y tratando de mirar adentro.

—¿Para qué haces eso? —preguntó a Jeeter—. ¿Qué quieres ver?

Jeeter se apartó y se quedó mirando a los juncales, mientras Ellie May daba vuelta corriendo a la casa, para entrar de puntillas por la cocina.

Bessie llegó a la ventana y tomando del brazo a Dude, lo hizo volver a sentarse en la cama.

De repente, sin saber cómo había sucedido, Dude se encontró echado en la cama con una frazada encima. Bessie lo tenía abrazado con tanta fuerza que no podía moverse en ningún sentido.

Afuera, oyó el roce de una escalera contra las maderas de las paredes. Jeeter había encontrado la escalera bajo el granero y la apoyaba en la ventana.

XII

Cuando Dude levantó la vista, vio que estaba abierta la puerta y que Ellie May, Ada y la abuela se apretujaban en ella para entrar. No sabía qué hacer, pero trató de indicarles que se fueran.

No podía ver a Jeeter, porque éste estaba detrás suyo, subido a la escalera y con medio cuerpo dentro de la ventana. Bessie vio a Jeeter, pero no podía ver a los demás.

Dude oyó a su abuela que se quejaba, marchándose luego. Pudo oír cómo arrastraba los pies por los tablones de pino que formaban el piso del *hall*, y el irritante crujido de sus zapatos hechos de pedazos de cuero al alejarse hacia el patio. Luego ya no prestó atención a los demás.

Pasado un rato, Jeeter carraspeó y llamó a Bessie. Ésta no le contestó la primera vez ni la siguiente. Ni ella ni Dude querían ser molestados.

Al ver que persistía en su silencio, Jeeter entró por la ventana y se dirigió a la cama; una vez allí sacudió a Dude hasta que éste se dio vuelta.

Pero Jeeter no tenía nada que decir a Dude. A Bessie era a quien quería hablar.

—He estado pensando, hermana Bessie, y cuanto más vueltas le doy, más me convenzo de que tenías razón en lo que discutíamos ayer en la galería.

—¿Qué quieres conmigo, Jeeter? —preguntó Bessie.

—Recordaba esa parte de la Biblia donde dice que si el ojo de un hombre ofende a Dios, debe ir y sacárselo.

—Eso es lo que dice la Biblia.

—Ya lo sé. Y eso es lo que me está preocupando tanto ahora mismo.

—Pero *tú* eres un hombre religioso, Jeeter —dijo Bessie—. Nada debía de preocupar tu conciencia ahora. Ya recé por ti por esos nabos que quitaste a Lov, y el Señor ya lo ha olvidado del todo por ahora. No te va a castigar por eso.

—No son los nabos. Es por eso de castrarme. Me parece que tenías razón en lo que dijiste; debía de ir y hacerlo.

Dude se dio vuelta y trató de empujar al suelo a Jeeter, pero éste se aferró a la cama y no hubo manera de moverlo.

—¿Por qué quieres hacer eso? —dijo Bessie.

—He estado pensando tanto en todo lo que dijiste, y sé que ahora mismo debía de castrarme, para que así el Señor no deje que sea tentado de nuevo. Lo he ofendido, y sé que debía de castrarme para no volverlo a hacer más. ¿No es cierto, hermana Bessie?

—Así es. Eso es lo que la Biblia dice que debe de hacer un hombre cuando es un pecador muy grande Jeeter la miró, y retiró la manta para verla mejor.

—Tal vez pudiera dejarlo para un poco más tarde, sin embargo —dijo, después de reflexionar varios minutos—. A lo mejor no soy tan malo como yo creía. Esta época

hace que uno sienta cosas raras, y diga muchas cosas sin pararse a pensarlo bien. Cuando llega el tiempo de arar la tierra y de echar semilla en los surcos, uno siente como si no pudiera dominar su lengua..., y tampoco lo quiere, y lo mismo pasa con sus actos. Siempre me siento así a finales de febrero y principios de marzo; por muchos hijos que uno tenga, siempre quiere tener más.

Durante un rato largo reinó silencio en la casa. Ellie May y Ada estaban en la puerta sin hacer ruido, y Jeeter siguió sentado en la cama absorto en sus pensamientos hasta que Dude de un empujón hizo que se pusiera de pie, saltando detrás de él.

Cuando estuvieron nuevamente en el patio, Dude se sentó en el coche y tocó la bocina. Las mujeres estaban atareadas limpiando el polvo que se había depositado en los guardabarros y el *capot*. Pero la abuela no se aproximó al coche; volvió a ponerse detrás del amolé para contemplar todos los movimientos de los demás.

Jeeter se quedó sentado en cuclillas junto a la chimenea, pensando en lo que la hermana Bessie había dicho en la casa. Estaba más convencido que nunca de que Dios esperaba que hiciera lo necesario para no volver a abrigar intenciones pecaminosas hacia Bessie.

Decidió, sin embargo, no poner en práctica su propósito en ese momento. Tenía aún tiempo de sobra, se dijo, para castrarse, y siempre que lo hiciera antes de volver a ofender a Dios, estaría bien. Mientras tanto, tendría tiempo para tratar de convencerse a fondo de que debía de hacerlo.

Aún quedaban algunos trozos de pellejo de tocino en la cocina, y Ada había hecho una torta de maíz. La torta había sido hecha con harina de maíz, sal, agua y grasa.

Todos ellos se sentaron a la mesa de la cocina y comieron el tocino y la torta con apetito; era la primera comida que hacían en el día y probablemente sería la última. Después de haber dejado bien limpios los platos, todos salieron de nuevo al patio para mirar al automóvil nuevo. La abuela había guardado un trozo de torta en el bolsillo de su delantal, y fue a esconderlo bajo el colchón de su cama para tener algo que comer al otro día si Jeeter no compraba más harina y carne.

Jeeter quería dar una vuelta en el coche en seguida, y le dijo a Bessie que quería hacerlo y que estaba listo.

Pero Bessie tenía otros planes, y dijo que ella y Dude iban a dar una vueltecita solos esa tarde, para poder hablar tranquilos de su matrimonio, prometiendo a Jeeter que lo dejaría salir cuando volvieran.

Dude y ella subieron al coche, y Dude lo sacó del patio tomando el camino del tabaco hacia la carretera principal. Jeeter pensó que tal vez fueran a Augusta, pero antes de que pudiera preguntárselo, ya estaban demasiado lejos para oírlo.

—Ese Dude es el hombre de más suerte del mundo —dijo, dirigiéndose a Ellie May—. ¿No es cierto?

Ellie May salió al camino del tabaco en medio de la nube de polvo levantada por el coche para verlos ir. Oyó que Jeeter le hablaba, pero estaba demasiado interesada en ver cómo iba el automóvil por el camino y en oír la bocina que no paraba de tocar Dude para prestar atención a lo que Jeeter decía.

—Dude tiene un coche completamente nuevo para pasear, y además se ha casado al mismo tiempo —continuó Jeeter—. Te digo que no hay muchos que consigan todo eso en el mismo día. Da gusto tener un coche así, y no hay nadie que yo sepa de aquí al río que tenga un automóvil nuevo. Y no hay muchos que tengan una mujer tan bien parecida como la hermana Bessie a su edad. Bessie es una gran mujer para cualquier hombre, sea donde sea. Aunque tengo miedo de que sea demasiado mujer para Dude; no sé por qué, me parece que necesita mucho para estar satisfecha, a pesar de ser una mujer menuda, y no sé si Dude servirá, pero Bessie no tardará en averiguarlo. En cambio, si fuese yo, no habría ninguna dificultad. Yo sabría contentar a Bessie desde el principio y seguir así hasta el fin.

Ahora Ellie May oyó lo que Jeeter estaba diciendo y le interesó, esperando oír más.

—Escucha, Ellie May, es hora que vayas encontrando un hombre. Todos mis hijos se han ido casando, y ahora te toca a ti. Ya hace tiempo que te tocaba haberlo hecho, mucho antes de Pearl y Dude, pero te disculpo por tu cara. Sé que es más difícil para ti encontrar pareja que para cualquier otra, pero en este mundo cada cual tiene que encontrar pareja. Debías de ir a buscarte un hombre ahora mismo, sin esperar más tiempo; muy pronto podría ser demasiado tarde y no querrás que pase eso. No vas a ir a ninguna parte haciendo tonterías con Lov como estabas haciendo, porque no lo vas a conseguir de esa manera; ya está casado. Son los solteros los que tienes que buscar. Hay unos cuantos muchachos que valen la pena en ese aserradero en Big Creek; vete un día paseando para ese lado y haz que se fijen en ti, que no es difícil hacerlo. Las mujeres saben cómo hacer para que los hombres se fijen en ellas, y tú ya tienes bastante edad para saber todo lo que hace falta a tus años. Esos muchachos del aserradero de Big Creek pueden muy bien aficionarse a ti, a pesar de tu cara. Cuando un hombre te mira de atrás, es seguro que tiene ganas de juntarse contigo allí mismo, sin esperar más; eso es lo que oí un día decir a Lov, y él debe de saberlo porque ahora está casado. No muestres mucho tu cara, y verás que eso no impide que los muchachos vayan detrás tuyo.

Cuando Jeeter miró de nuevo a Ellie May, vio que estaba llorando; era casi la única vez que la había visto así desde niña, y no supo qué decir ni qué hacer, porque nunca tuvo antes oportunidad de tratar de consolar a una mujer que llorase. Ada nunca lo hacía; nunca hacia nada.

Antes de que pudiese preguntarle qué le pasaba, la muchacha se había escapado al antiguo algodonal y corría hacia los bosquecillos situados detrás de la casa, saltando

por los juncales como si fuera un conejo asustado.

—Bueno, nunca vi una cosa igual en mi vida —dijo Jeeter—. ¿Qué habré dicho para que lo tome así?

XIII

Jeeter siguió sentado sobre sus talones al lado de la chimenea, en el patio, durante media hora después de haberse marchado Ellie May llorando. Miraba fijamente a las huellas que había dejado en el patio el automóvil, asombrado por la claridad de las marcas de los neumáticos. Los neumáticos de su coche, que aún seguía en el patio, entre la casa y el granero, estaban completamente gastados y lisos, y cuando el automóvil iba sobre arena solamente dejaban dos bandas paralelas de arena apisonada. Estaba pensando ahora qué podría hacer con sus neumáticos. Si pudiese inflarlos al mismo tiempo, podría llevar una carga de leña a Augusta y venderla, y tal vez llegara a conseguir hasta un dólar por ella.

Había veinticinco kilómetros hasta la ciudad y después de haber comprado suficiente gasolina y aceite para el viaje de ida y vuelta no le quedaría mucho del dólar. Tal vez veinticinco centavos, con lo que podría comprar dos o tres botes de tabaco y un puñado de harina de semilla de algodón. Con veinticinco centavos no podría comprar suficiente harina de maíz para comer todos; ya había empezado a comprar harina de semilla de algodón, pues la otra era muy cara. Con quince centavos compraría harina de semilla de algodón para una semana.

Pero Jeeter no estaba seguro de si valía la pena llevar una carga de leña. Necesitaría casi medio día para cargar el coche con el roble enano y otro medio día para el viaje, y a lo mejor después de llegar allá no conseguía encontrar a nadie que quisiera comprarlo.

Eso sí, todavía pensaba en tener su cosecha ese año, y no había abandonado sus planes ni mucho menos. Podría muy bien sembrar cinco o seis hectáreas de algodón, si podía conseguir la semilla y el guano. Cerca de Fuller había una mula que creía poder conseguir que le prestaran y tenía un arado que aún podía servir; pero hacía falta dinero o crédito, que era lo mismo, para comprar semilla y guano. Los comerciantes de Fuller habían dicho que no estaban dispuestos a darle nada al fiado, y era inútil tratar de conseguir un préstamo en el banco de Augusta. Había tratado de hacerlo dos o tres veces, pero lo primero que le preguntaron era quién tenía que garantizar sus pagarés o qué tenía que pudiera servir de garantía, y allí era donde se terminaba el asunto todas las veces. Nadie quería servir de fiador de sus pagarés y no tenía nada que sirviera de garantía. Los hombres del banco le habían dicho que probara en una compañía de préstamos agrarios.

Pero esas compañías eran la gente más viva para los negocios que hubiese conocido. Una vez consiguió un préstamo de doscientos dólares de una de ellas, pero juró que era la última vez que se metía en un negocio así. Para empezar, venían a verlo dos o tres veces por semana; venían algunos de la compañía a la plantación a tratar de decirle cómo debía plantar el algodón y cuánto guano tenía que poner por

hectárea. Después, todos los primeros de mes venían para cobrar los intereses, y como nunca podía pagarlos, los agregaban al capital; y le cobraban intereses por eso además.

Cuando vendió el algodón en el otoño, sólo le quedaron siete dólares. Para empezar, el interés subía a un tres por ciento mensual, y al terminar los diez meses le habían cargado un treinta por ciento, y sobre eso, otro treinta por ciento de los intereses que no había pagado. Además, para estar seguros de que el préstamo estaba completamente garantizado, le obligaron a pagar la suma de cincuenta dólares; nunca pudo saber por qué tuvo que pagar eso, y la compañía no se tomó el trabajo de explicárselo. Cuando preguntó para qué eran los cincuenta dólares, le dijeron que era el derecho que cobraba la compañía por hacer el préstamo. Cuando se hizo la liquidación, Jeeter vio que había pagado más de trescientos dólares, y que recibía por su parte siete. Siete dólares por la labor de un año, no le pareció justo, especialmente habiendo hecho él todo el trabajo, además de poner la mula y la tierra; y todavía estaba en deuda, porque tenía que pagar diez dólares por el alquiler de la mula. Con la ayuda de Lov y Ada descubrió que en realidad había perdido tres dólares. El hombre que le había alquilado la mula insistió en ser pagado, y Jeeter le dio los siete dólares y aún estaba tratando de conseguir los otros tres para saldarle el resto.

Jeeter juró que nunca más tendría nada que ver con la gente rica de Augusta. Lo habían perseguido casi todos los días, tratando de enseñarle cómo debía cultivar el algodón, y al final vinieron y se lo llevaron todo, dejándolo endeudado en tres dólares. Él hizo todo el trabajo, puso la mula y la tierra, y sin embargo la compañía de préstamos se llevó todo el dinero sacado con el algodón y le hizo perder tres dólares. Después de eso, dijo a todo el mundo que Dios no tenía nada que ver en negocios como ése, y también les dijo lo mismo a los hombres que representaban a la compañía.

—Ustedes, la gente rica de Augusta, nos están desangrando a los pobres hasta vernos muertos; ustedes no trabajan nunca, pero se llevan todo el dinero que hacemos nosotros, los agricultores. Aquí estoy yo, trabajando todo el año, Dude arando, y Ada y Ellie May ayudando a cortar el algodón en verano y a recogerlo en invierno, ¿y qué saco de eso? Nada más que una deuda de tres dólares. Les digo que no es justo. Dios no está de su lado, ni puede aguantar mucho más que se engañe así a la gente. No le gustan tanto los ricos como ustedes creen, tampoco; Dios quiere a los pobres.

Los cobradores de la compañía dejaron hablar a Jeeter, y cuando terminó, se rieron de él, subieron a su automóvil y se marcharon a Augusta.

Ésa era una de las razones por las cuales Jeeter no estaba seguro de que pudiera recoger una cosecha ese año. Pero ahora pensaba que si podía conseguir al fiado la semilla y el guano de algún hombre de Fuller, no sería robado. Los de Fuller eran agricultores, lo mismo que era o trataba de ser él, y no creía que fueran a engañarlo.

Pero cada vez que había dicho algo de conseguir crédito en Fuller, los comerciantes lo habían echado sin querer siquiera escucharlo.

—No vale la pena hablar más, Jeeter —le habían dicho—. Todos los días llegan labradores de todas partes que quieren lo mismo; si ha venido uno, han venido cien, pero no podemos hacer nada por ayudarlos. El año pasado dejamos a algunos semillas y guano a crédito, y cuando llegó el otoño, apenas hubo un poco de algodón, y el que hubo fue regular y no se pagó a más de siete centavos. No vale la pena sembrar cuando las cosas andan así, y nosotros no podemos correr más riesgos. Todos nosotros tenemos que esperar hasta que los ricos suelten el dinero que están guardando.

—¡Pero, por Dios bendito!, yo y los míos nos estamos muriendo de hambre allí en el camino del tabaco. No tenemos nada de comer y no tenemos nada para vender que valga dinero para comprar harina y carne. Ustedes, los almaceneros, no nos quieren dar más créditos desde que se fue el Capitán John, ¿y qué vamos a hacer? Yo no sé lo que nos va a pasar a mí y a mi gente si los ricos no dejan de chuparnos la sangre. Tienen todo el dinero guardado en los bancos, y no quieren prestarlo a menos que uno se corte sus brazos y los deje como garantía.

—Lo mejor que puedes hacer, Jeeter —le habían dicho—, es irte con tu familia a Augusta, o al otro lado del río, al valle del Horsecreek en Carolina del Sur, donde están todas las hilanderías, y ponerte a trabajar en una de ellas. Eso es lo único que te queda por hacer ahora, y no hay otra cosa.

—¡No! ¡Por Dios y por Jesucristo que no! ¡Eso es algo que no voy a hacer! El Señor hizo la tierra, y me puso a mí en ella para cultivarla. He estado haciendo eso, y mi padre antes que yo, en los últimos cincuenta años, y eso es lo que estaba dispuesto. Esas condenadas hilanderías son para que trabajen en ellas las mujeres. Ésos no son sitios para que esté un hombre pasando el tiempo con rueditas e hilos todo el día. Les digo que es un trabajo maldito para un hombre pasar la vida arrollando hilos en carretes. ¡No! Fuimos puestos aquí en la tierra en donde crece el algodón, y mi trabajo es hacerlo crecer. No tendría nada que ver con las hilanderías ni si pudiera hacer hasta quince dólares por semana en ellas. Me quedo en el campo, hasta que me llegue el turno de morir.

—Como quieras, Jeeter, pero mejor es que lo pienses bien y te vayas a trabajar a las hilanderías. Eso es lo que casi todo el mundo de aquí cerca de Fuller ha hecho; algunos de ellos están en Augusta y otros en el valle del Horsecreek, pero todos están trabajando en las hilanderías. Tú y tu mujer juntos podríais ganar veinte o veinticinco dólares por semana haciendo lo mismo, y no ganas nada quedándote aquí. Los dos tendréis que ir a vivir al asilo bien pronto, si os quedáis y tratáis de cultivar algodón.

—Entonces serán los ricos los que nos hayan llevado allí —dijo Jeeter—. Si tenemos que ir a vivir al asilo, será porque los ricos tienen todo el dinero que debía

ser repartido entre todos nosotros y no lo quieren soltar y darme un poco de crédito para conseguir semilla y guano.

—No tienes ni una gota de sentido común, Jeeter. Ya debías saber que no puedes cultivar nada; hace falta ser rico para llevar adelante una plantación en estos tiempos. Los pobres han de trabajar en las hilanderías.

—Puede ser que no tenga mucho sentido, pero sé que no es para mí el trabajo en las hilanderías. En la tierra fue donde me pusieron desde el principio, y es donde estaré al final.

—Vaya, hasta tus hijos tienen más sentido que tú, Jeeter. Ésos no se quedaron aquí para morir de hambre, sino que se fueron a trabajar a las hilanderías. Ahí tienes a Lizzie Belle en...

—Tal vez algunos de ellos lo hicieron, pero eso no es decir que tuvieran razón. Dude no se fue; todavía está aquí, y algún día cultivará la tierra, como debíamos de estar haciendo todos nosotros.

—Dude no tiene bastante cabeza para marcharse. Si tuviera tanta como tus otros hijos, no se quedaría aquí, y vería lo tonto que es querer cultivar la tierra tal como están las cosas ahora. Los ricos no piensan aflojar el dinero para dar crédito, sino que lo van a guardar todo el tiempo para hacer marchar las hilanderías.

Jeeter recordaba todo lo que se había dicho, mientras seguía sentado en cuclillas, junto a la chimenea, apoyado contra los ladrillos calientes y tomando el sol de finales de febrero. En Fuller había oído decir cosas como ésas docenas de veces, y siempre había terminado por marcharse, dejándolos. Ninguno de ellos comprendía lo que sentía mirando a la tierra cuando llegaba cada primavera el tiempo de arar.

Nuevamente experimentaba esa sensación, pero esta vez con más fuerza que nunca, porque en los últimos seis o siete años cuando había querido sembrar su cosecha había evitado que su espíritu fuera aplastado por el desengaño, pensando en el año en que podría hacerlo de nuevo. Pero este año sentía que si no podía conseguir la semilla y el guano y echarlos en la tierra, nunca más podría intentarlo. Sabía que no podía estar siempre esperando el año siguiente para conseguir crédito y luego no tenerlo, porque cada día se estaba debilitando más, y pronto ya no podría ni caminar entre las manceras del arado, aun cuando consiguiese el crédito.

Precisamente a causa de su mismo desaliento sentía más fuerte y penetrante el olor del humo de los matorrales y los juncos y de la tierra recién arada que llenaba el aire. Por todas partes los agricultores estaban quemando los matorrales y las retamas que cubrían los campos en los antiguos algodones y en las tierras recién despejadas.

El deseo que sentía de arar la tierra y de plantar algodón en ella, para luego estar sentado a la sombra durante los meses de calor viendo crecer y florecer las plantas, era aún mayor que los agujones del hambre en su estómago. Podía estar tranquilamente sentado soportando el hambre, pero verse obligado cada día a vivir y

mirar los campos sin arar, era un sufrimiento qué creía no soportar por muchos días más.

Dejó caer la cabeza entre las rodillas, y no tardó en vencerlo el sueño, trayendo el descanso a su corazón y cuerpo agotados.

XIV

Dude y Bessie volvieron a la puesta del sol. Dude estaba tocando la bocina a más de un kilómetro cuando la oyó Jeeter, y él y Ada salieron corriendo al camino para verlos llegar. La bocina tenía un sonido agradable, pensaba Jeeter, y le gustaba la forma en que la tocaba Dude; le parecía al oírlo que hacía como los maquinistas, cuando tocaban el silbato de las locomotoras al salir del cargadero de carbón.

—Ése es Dude tocando la bocina —dijo—. Y lo hace muy bien, ¿no es cierto? Siempre le gustó tocar la bocina casi tanto como conducir un coche, y solía jurar como un condenado porque de la de mi coche no salía ningún sonido. Los cables se habían soltado y nunca pude disponer del tiempo necesario para fijarlos de nuevo.

Ada se quedó inmóvil en el camino mirando acercarse el coche nuevo y lustroso. Parecía, dijo, como una gran carroza negra que escapara de un ciclón; la nube de polvo que se alzaba detrás, daba realmente la impresión de un ciclón que se aproximara.

—¿No es una cosa espléndida? —dijo.

—Ése es Dude conduciendo y tocando la bocina. Tiene un lindo sonido cuando la toca, ¿no es cierto, Ada?

Jeeter estaba orgulloso de su hijo.

—Ojalá estuvieran aquí todos mis hijos para verlo —dijo Ada—. A Lizzie Belle le solía gustar mirar coches y pasear en ellos más que a nadie que haya conocido. A lo mejor tiene ahora uno... Me gustaría saberlo.

Dude y Bessie se acercaron despacio, y entraron en el patio. Jeeter y Ada corrieron al lado del coche hasta que éste se detuvo junto a la chimenea de la casa. Ellie May veía todo desde una esquina de la casa.

—¿Hasta dónde llegaron? —preguntó Jeeter a Bessie, al bajar ésta, del coche—. Han estado fuera toda la tarde. ¿Fueron a Augusta?

Bessie empezó a limpiar el automóvil con el ruedo de su falda; Ada y Ellie May ya estaban haciendo lo mismo del otro lado. La abuela se hallaba detrás de un amolé, a diez metros, mirando también el automóvil. Dude seguía en el volante tocando la bocina.

—Fuimos y fuimos hasta que llegamos a McCoy —dijo Bessie—. No hicimos más que andar hasta que llegamos allí.

—Eso son como cincuenta kilómetros, ¿no? —preguntó Jeeter, entusiasmado—. ¿Llegaron de verdad hasta allá y volvieron?

—Eso mismo es lo que hicimos —dijo Dude—. Nunca había llegado tan lejos de aquí antes, y es muy bonito por aquel lado.

—¿Por qué no fueron a Augusta? —preguntó Jeeter—. Cuando fueron hasta la

encrucijada creí que seguro se iban a Augusta.

—No fuimos para ese lado —dijo Dude—, sino para el otro, para McCoy, y llegamos hasta el mismo McCoy.

Jeeter caminó hacia la parte delantera del coche, mientras Dude bajaba y dejaba de tocar la bocina.

—¡Santo Dios! —dijo Jeeter—. ¿Quién fue el que hizo eso? —Señaló el guardabarros derecho. Todos dejaron de limpiar y se agolparon junto al radiador. El guardabarros estaba retorcido y roto como si alguien hubiera agarrado una maza y hubiese tratado de ver cómo podía estropearlo más. El faro derecho había sido arrancado, y solamente quedaba un trozo de hierro doblado y un pedazo de cable en el lugar en que estuvo. El guardabarros había quedado aplastado contra el *capot*.

—Fue un carro el que hizo eso —dijo Dude—. Veníamos de vuelta de McCoy, y estaba mirando a un alambique de trementina, y lo primero que supe es que nos habíamos dado contra la trasera de un carro tirado por dos caballos.

Bessie miró al guardabarros destrozado, pero no dijo nada. Esta vez era difícil que pudiera echarle la culpa al demonio, ya que ella misma iba en el coche cuando ocurrió el accidente, pero no había dejado de parecerle que Dios debía de haberlo cuidado mejor, especialmente después que ella había rezado pidiéndoselo cuando lo compró esa misma mañana en Fuller.

—Pero el coche anda lo mismo, ¿no? —preguntó Jeeter.

—Anda igual que si fuera completamente nuevo, todavía —dijo Dude—. Y la bocina no se estropeó nada; toca tan bien como esta mañana.

El guardabarros había quedado completamente destrozado, contra el *capot*, y si no fuera por los bordes rotos, parecía como si lo hubiese sacado. Al parecer nada más, con excepción del faro, había sido dañado; en la carrocería no había abolladuras, y el eje y las ruedas parecían estar en su sitio, Sólo el elástico trasero roto hacía que el coche cediese atrás.

—Eso no le hace nada —dijo Jeeter—. No hagas ningún caso, Bessie. Déjalo estar, y nunca notarás la diferencia de cuando lo compraste nuevo.

—Es cierto —dijo Bessie—. No me preocupo nada, porque no fue culpa de Dude. Estaba mirando el alambique de trementina junto a la carretera, y yo también, cuando el carro se puso delante. El negro que lo manejaba debía de haber tenido talento suficiente para apartarse de nuestro camino, cuándo nos oyó venir.

—¿No estabas tocando la bocina entonces, Dude? —preguntó Jeeter.

—No, en ese momento no, porque estaba ocupado mirando el alambique. Nunca había visto uno tan grande antes; era casi tan grande como los de whisky, pero no tan brillante.

—Es una lástima haber estropeado el coche nuevo tan pronto —dijo Bessie, volviendo a limpiarlo—. Estaba completamente nuevo sólo un rato antes del

mediodía, y ahora justo se ha puesto el sol.

—Fue ese negro —dijo Dude—. Si no hubiera ido dormido en el carro, nunca habría pasado nada. Estaba dormido como un plomo, hasta que el choque lo despertó y lo echó a la cuneta.

—No se hizo mucho daño, ¿no? —preguntó Jeeter.

—Eso no lo sé —contestó Dude—. Cuando arrancamos de nuevo, seguía en la cuneta. El carro le cayó encima y lo había aplastado; estaba con los ojos muy abiertos todo el tiempo, pero no pude conseguir que dijera nada. Parecía que estuviese muerto.

—Esos negros siempre se están haciendo matar; parece que no hubiese forma de impedirlo.

Hacía ya más de media hora que se había puesto el sol, y empezaba a sentirse el frío húmedo de las primeras noches de primavera. La abuela ya había entrado en la casa y se había acostado. Ada subió a la galería, con los brazos cruzados sobre el pecho para entrar en calor, y Bessie también se dirigió adentro.

Dude y Jeeter quedaron junto al coche hasta que se hizo tan oscuro que ya no pudieron verlo más, y entonces también entraron.

El resplandor de las fogatas empezó a iluminar el cielo a lo lejos, y el olor del humo de los pinares fue impregnando el aire húmedo de la noche. Se veían fogatas en todas las direcciones; había algunas que llevaban ya una semana o más, mientras otras acababan de ser encendidas esa tarde.

En primavera, los agricultores quemaban todos sus campos, porque decían que el fuego abrasaría a los gorgojos. Ésa era la explicación que daban al quemar los campos y los bosques, cuando alguien les preguntaba por qué no respetaban los pinos jóvenes y los árboles ya hechos. Pero la razón verdadera es que todos siempre habían quemado campos y bosques al llegar la primavera, y no veían el motivo para abandonar una costumbre de toda su vida. Les parecía que el quemar campos y bosques era tan necesario como echar guano en los algodones para recoger una cosecha abundante. Si los árboles que quemaban hubieran sido aserrados para hacer tablones o cortados para leña, en lugar de arrasarlos con el fuego, hubiesen tenido algo que vender; los gorgojos nunca eran destruidos en gran cantidad por el fuego, y de todas maneras había que rociar las plantas con veneno en el verano. Pero todo el mundo había quemado siempre la tierra en primavera, y ellos continuaban haciéndolo, aunque no fuera más que porque sus padres lo habían hecho antes. Jeeter todos los años quemaba sus tierras, aunque no tuviera razón alguna para hacerlo, ya que no podía cosechar más. Ése era el motivo de que la tierra estuviera desnuda de toda vegetación, salvo los juncales y retamas y el roble enano; los matorrales crecían nuevamente cada año y el fuego más fuerte no podía hacer nada a esos arbustos duros como el hierro.

Dentro de la casa, las mujeres se reunieron en el dormitorio, esperando en la

oscuridad a Jeeter y Dude. La abuela ya estaba en cama, cubierta con sus mantas en jirones; Ellie May había ido a los juncales y aún no había vuelto. Y Bessie y Ada se sentaron en las camas esperando.

En las tres camas durmieron siempre todos los Lester, hasta cuando habían estado ocho o nueve juntos. A veces, alguno dormía en un jergón sobre el suelo en verano, pero en invierno sentían mucho más calor apretujados en las camas, y ahora que se habían ido todos los hijos, salvo Dude y Ellie May, había sitio justo para todos. Bessie tenía su propia casa, una cabaña de tres habitaciones en la barranca sobre el río, pero el techo estaba podrido, todas las tejas habían sido llevadas por el viento, y cuando llovía, todo cuanto había en los tres cuartos quedaba empapado.

A veces, en mitad de la noche, cuando estallaba de repente una tormenta, Bessie se despertaba para encontrar la cama llena de agua, todas las ropas empapadas y más agua cayendo por el techo, y le había dicho a Ada que no quería seguir allí hasta que no pusieran un techo nuevo a la casa. Ésta, lo mismo que la tierra que la rodeaba, pertenecía al Capitán John Harmon; pero nunca volvía al camino del tabaco y no reparaba sus casas. Había dicho a Jeeter y Bessie y a todos los demás que vivían allí, que podían seguir en las casas hasta que éstas se cayeran de viejas y podridas y que nunca les cobraría un centavo de renta. El arreglo era claro; él no haría reparación alguna en los techos, galerías, vigas podridas o cualquier parte de las casas. Si éstas se iban abajo, les dijo, tanto peor para ellos, pero si se mantenían en pie, Jeeter, Bessie y todos los demás podían seguir viviendo en ellas hasta tanto quisieran.

Jeeter y Dude entraron dando tropezones a causa de la oscuridad. En la casa había una lámpara, pero no habían comprado petróleo en todo ese invierno. Los Lester se acostaban tan pronto se hacía de noche, salvo en verano cuando el calor invitaba a sentarse en la galería, y se levantaban al rayar el día, así que de todas maneras no había necesidad de comprar petróleo.

Jeeter se sentó en la cama y empezó a quitarse los pesados zapatos, que al caer al suelo hicieron el mismo ruido que si hubieran sido dos ladrillos.

—Nos paramos en todas las casas del camino, y bajamos a visitar un rato a la gente —dijo Bessie—. Algunos querían que rezara por ellos y otros no, aunque no me importó mucho porque yo y Dude estábamos solamente pensando en el paseo. Algunos querían saber dónde había encontrado todo el dinero para comprar un coche completamente nuevo y por qué me había casado con Dude, y se lo dije. Les dije que mi primer marido me había dejado ochocientos dólares y les dije que me había casado con Dude porque quería hacer un predicador de él. Claro que ése ha sido sólo uno de los motivos de que nos hayamos casado, pero sabía que bastaba con decirles eso.

—Nadie dijo nada contra ti, ¿no es cierto, hermana Bessie? —preguntó Jeeter—. Hay algunos que tienen la costumbre de hablar mal de gente como nosotros.

—Bueno, algunos dijeron algo porque yo me había casado con Dude; dijeron que era demasiado joven para casarse con una mujer de mi edad, pero cuando empezaban a hablar así, subíamos a nuestro automóvil nuevo y seguíamos viaje. Muchos de ellos dijeron que era un crimen y una vergüenza que hubiera agarrado el dinero de mi marido para comprarme un automóvil y casarme con un chico como Dude, pero mientras ellos estaban hablando, nosotros paseábamos, ¿no es verdad, Dude?

Dude no contestó.

—Me parece que Dude se ha quedado dormido —dijo Jeeter—. Bastante ha trabajado hoy, llevando ese coche hasta McCoy y regresando.

Ada se sentó en la cama.

—Quítate ese *overalls*, Jeeter —dijo, enojada—. Nunca he visto cosa igual. Ya sabes que no te voy a dejar dormir en la cama con esos pantalones puestos, y siempre tengo que estártelo repitiendo. Ensucian la cama que da miedo, y ya sabes que no te lo voy a aguantar.

—Hace frío esta noche —dijo Jeeter—, y me quedo helado cuando no duermo con mi *overalls* puesto. Parece como si ya no pudiera hacer más lo que me gusta. El que duerma con el *overalls* puesto no va a hacer daño a nadie.

—Eres el único hombre que conozco que quiere dormir con su *overalls*. No hay otro que haga eso.

Jeeter no le contestó. Salió de la cama, se quitó el *overalls* y lo colgó al pie. Cuando se metió de nuevo bajo las mantas, temblaba de pies a cabeza.

Se podía oír a Bessie en el lado opuesto de la habitación caminando descalza y preparándose para acostarse. Había conservado los zapatos puestos hasta que se desvistió.

Jeeter asomó la cabeza sobre la manta y trató de mirar entre la oscuridad.

—¿Sabes, Bessie —dijo—, que me hace sentirme como antes de que perdiera mi salud el tener una predicadora durmiendo en mi casa? El tenerte aquí me hace sentir algo muy bueno.

—Es cierto que soy una predicadora —dijo Bessie—, pero en lo demás no soy diferente de las otras mujeres, Jeeter, y lo sabes, ¿no es cierto?

Jeeter se alzó sobre el codo e hizo un esfuerzo por ver a través de la oscuridad.

—Espero que no nos dejarás muy pronto —dijo—. Me gustaría mucho que duermas siempre así, Bessie.

Ada le hundió el codo en el costado con toda su fuerza, y Jeeter cayó en la cama al lado de ella, sin poder reprimir un quejido.

Se oyó a Bessie que se metía en la cama. El jergón de hojas secas crujió y se entrechocaron las tablas al estirarse. Se quedó inmóvil varios minutos, y luego tendió los brazos hacia el lado opuesto, haciendo crujir más que nunca el jergón.

De repente se sentó en la cama, echando las mantas a un lado.

—¿Dónde está Dude? —preguntó con voz ronca e irritada—. ¿Dónde estás, Dude?

No se oyó un solo ruido en el cuarto. Ada se había incorporado, y Jeeter se sentó al borde de la cama. El colchón de Bessie crujió de nuevo y luego se pudo oír en toda la casa el ruido de sus pies descalzos en las tablas de pino. Jeeter siguió sin hablar ni hacer el menor movimiento, tratando de captar todos los ruidos.

—¡Dude..., eh, Dude! —gritó Bessie desde el centro de la habitación, tratando de avanzar de cama en cama—. ¿Dónde estás, Dude? ¿Por qué no me contestas? Mejor es que no trates de esconderte de mí, Dude.

—¿Qué pasa, Bessie? —dijo Jeeter.

—Dude no está en la cama..., no lo puedo encontrar en ninguna parte.

Jeeter se puso de pie y cogió su *overalls*, empezando a registrar los bolsillos para encontrar una cerilla. Al fin descubrió una, y agachándose la encendió en el piso.

El resplandor de la cerilla permitió ver a cuantos estaban en el cuarto; se hallaban todos menos Ellie May y Dude. Bessie estaba a sólo unos pasos de Jeeter y éste trató de mirarla, mientras ella se protegía los ojos del resplandor de la llama.

Ada salió de la cama y se puso detrás de Jeeter en cuanto vio a Bessie.

—Ponte ese *overalls* —ordenó a Jeeter—. No sé lo que están tramando tú y ésa, pero los estoy vigilando y tú ponte ese *overalls* ahora mismo. No me importa que sea una predicadora, pero no tiene ningún derecho a estar en mitad del cuarto delante tuyo en la forma que está.

Jeeter vaciló y la cerilla le quemó los dedos. Se puso el *overalls*, y buscó otra cerilla en el bolsillo.

Bessie estaba aún a su lado, pero cuando encendió la cerilla corrió a la cama de mamá Lester, pegó un tirón de las mantas y vio a Dude, dormido como un lirón. La abuela estaba despierta, temblando de frío bajo sus harapos.

Jeeter sacudió a Dude para despertarlo y lo sacó de la cama, mientras Ada lo sacudía del otro brazo.

—¿En qué piensas, que no te has acostado con Bessie? —le preguntó Jeeter, dándole otra fuerte sacudida.

Dude se frotó los ojos y luego miró a su alrededor. No podía ver nada porque la luz de la cerilla lo había deslumbrado.

—¿Qué queréis? —preguntó.

—Dude no supo en qué cama se metió —dijo Bessie con ternura—. Estaba tan cansado y con tanto sueño, que no miró en cuál íbamos a dormir, ¿no es así, Dude?

—Dude, no puedes portarte así —dijo Jeeter—. Tienes que tener los ojos bien abiertos cuando estás casado. Bessie se puso nerviosa cuando no te encontró en la cama.

Ada se volvió a la cama, y Jeeter la siguió. No se quitó el *overalls* y Ada se quedó

dormida sin pensar más en el asunto.

Ellie May volvió al cabo de un rato y se acostó con su abuela, sin que nadie le hablara.

La abuela había estado despierta todo el tiempo, pero nadie le dijo nada, y no trató de avisar a Bessie que Dude estaba en su cama. Nadie le decía nunca nada, como no fuera para mandarle que se apartara o que dejase de comer el pan y la carne.

Dude y Bessie fueron a su cama y se acostaron. Bessie trató de hablar con Dude, pero éste estaba cansado y con sueño, así que no le contestó. El crujido del jergón continuó durante la mayor parte de la noche.

XV

Jeeter sorbió su tercera taza de achicoria y carraspeó. Dude ya había salido de la cocina al patio, y la hermana Bessie estaba en la galería peinándose. Jeeter salió por la puerta trasera y se apoyó en el brocal del pozo.

—Sería un buen negocio si me llevara hoy una carga de leña a Augusta —dijo—. Yo y Dude tenemos una pila bien grande cortada y lista para llevarla. Si la pusiéramos en el coche nuevo no llevaría nada de tiempo para acarrearla a la ciudad, ¿no es cierto, Bessie?

La hermana terminó de peinarse, se puso media docena de horquillas y una peineta, y junto con Jeeter fue hasta el coche.

—Tal vez podría llevar una carga —dijo—, aunque me parece que no hay mucho sitio en el asiento de atrás.

—El mío lleva una buena carga, y no es más grande que éste. Son la misma clase de automóviles; la única diferencia es que el tuyo es casi nuevo.

Dude apretó el arranque y aceleró el motor; marchaba perfectamente y la dureza que el día antes había molestado a Dude había desaparecido; ahora marchaba a las mil maravillas. Hizo sonar la bocina varias veces, sonriendo a Jeeter.

—Me parece que me gustaría ir hasta Augusta —dijo Bessie—. Yo y Dude íbamos a ir allí ayer, antes de cambiar de idea para irnos a McCoy.

—No tardaremos mucho en cargar leña en el asiento de atrás —dijo Jeeter—, y podemos salir en seguida. Dude, lleva el coche por el campo aquel hasta la pila de leña que estuvimos cortando la semana pasada, mientras yo busco unos trozos de alambre para sujetar la carga bien para que no se caiga.

Bessie subió junto a Dude, y marcharon a través del antiguo algodonal hacia el bosquecillo de robles enanos. El campo se había convertido en un matorral, en que los juncos y retamas alcanzaban una altura de más de un metro, en los últimos años. En un tiempo había sido el mejor tabacal de toda la plantación.

Todavía estaban los surcos de la última cosecha de algodón, y a medida que aumentaba la velocidad del coche, los surcos hacían saltar a Dude y Bessie, tan seguido y tan fuerte, que no podían mantenerse en el asiento. Dude se aferró bien al volante, sosteniéndose mejor que Bessie; mientras ésta subía y bajaba al parar el coche sobre los surcos, y cada vez que había un obstáculo algo mayor se daba con la cabeza en la capota. Habían recorrido cerca de medio kilómetro y estaban casi al borde del bosquecillo en que se encontraba la pila de leña, cuando de repente se produjo un choque violento y el coche quedó inmóvil.

Dude se golpeó contra el volante, mientras que Bessie era proyectada del asiento, yendo a dar de cabeza contra el parabrisas. En el sitio en que se golpeó contra el vidrio, éste se resquebrajó, pero sin saltar, dando a la luz del sol la impresión de que

fuera una telaraña. Bessie no supo lo que había sucedido.

—¡Santo cielo! —gritó, levantándose del piso del coche donde había caído—. ¿Qué hemos hecho esta vez, Dude?

—Creo que nos hemos dado contra un tronco —dijo el muchacho—. Me olvidé completamente de estos troncos muertos que hay en el matorral, y las retamas no me dejaban ver nada; cubren todo el terreno.

Los dos bajaron del coche, para ver qué había pasado. Un tronco de medio metro los había parado.

El tronco ennegrecido y escondido por los matorrales había golpeado de frente, en el centro del eje.

Estaba medio podrido, y si no hubiera sido porque aún estaba intacto un trozo del centro, el coche lo hubiese tumbado sin sufrir nada. Aun después del choque, el eje no se había torcido gran cosa; es verdad que el coche no iba a más de veinte kilómetros por hora, y el choque no había sido lo bastante fuerte para deformar el eje. Las ruedas se habían movido unos centímetros de su línea, pero fuera de eso no había nada de importante. El coche seguía aún casi tan bueno como nuevo.

Jeeter llegó corriendo en ese momento con un rollo de alambre cubierto de herrumbre que había hallado en el granero.

No tuvieron que decirle lo que había pasado porque podía ver tan bien como ellos que el eje había chocado contra el tronco y que se habían desviado unos centímetros las ruedas.

—No parece que se haya estropeado mucho —dijo—. A lo mejor no tiene nada, y tenemos que llevar la carga de leña hoy a Augusta, porque ya no queda más achicoria ni carne para comer en la casa.

Bessie miró cómo Dude hacía arrancar el motor y daba marcha atrás para apartarse del tronco. Luego dio vuelta pasando al lado, y recorrió con cuidado los pocos metros que le faltaban para llegar a la pila de leña. Jeeter empezó a tirar los trozos de leña al asiento de atrás.

—Me parece que será mejor que baje la capota —dijo Dude—. No va a entrar mucha leña si no la bajo.

Empezó a aflojar las mariposas que la sostenían contra el parabrisas, mientras Jeeter y Bessie continuaban echando la leña en el asiento de atrás.

—No va a quedar sitio para que Ada también venga, ¿no? —dijo Jeeter—. Se fastidiará cuando nos vea marchamos a Augusta y que no nos paramos para llevarla. La última vez que yo y Dude fuimos allí en mi coche, ella y Ellie May hubiesen querido venir, pero no podía ser porque necesitábamos todo el espacio para la leña.

—Pues yo no me voy a quedar en casa —dijo Bessie—. Yo voy como el primero, y nadie me va a hacer quedar.

—Yo voy —dijo Dude—. Nadie va a hacer que me quede aquí, y conduciré el

coche.

Había echado atrás la capota y estaba tratando de sujetarla. Había conseguido plegar la mayor parte, pero un trozo colgaba hasta el eje y no podía hallar forma de plegarla, así que la dejó.

—Bien seguro que yo no dejaré de ir —dijo a su vez Jeeter—. Vamos a vender mi leña, y seré el primero en ir.

El roble enano había sido cortado en trozos de distinto largo la semana anterior, cuando Jeeter y Dude pasaron un día en el bosquecillo preparando un carga para venderla. Algunos pedazos tenían unos treinta centímetros, pero la mayoría variaban entre un metro y un metro noventa. Su longitud era la de los arbustos después de haber sido cortados a ras del suelo. En seguida de cortados, Jeeter había podado las ramas con el hacha, dejándolos así. Los robles enanos rara vez alcanzaban mayor altura que un hombre; son una variedad de roble que emplea su savia en endurecer sus fibras, en lugar de crecer como los demás árboles, y sus troncos tenían de cinco a ocho centímetros de diámetro, y eran tan duros como si fueran tubos de hierro.

Tardaron casi media hora en apilar toda la leña que cabía en el asiento de atrás, y luego Jeeter empezó a atarla a la carrocería con el alambre para que no se cayera al camino mientras iban a Augusta. Los extremos del roble se proyectaban en todas las direcciones sobresaliendo varios pies a cada lado y por detrás del coche. Otros trozos habían sido clavados en los asientos y eran los únicos que no necesitaban ser sujetos. El alambre herrumbrado se rompía a cada momento, al tratar Jeeter de atarlo a las puertas, y tenía que volver a unirlo. La tarea de sujetar la leña les llevó casi dos horas, y aun así varios trozos se caían cada vez que uno de ellos tocaba el coche o se apoyaba en él.

Una vez en su sitio la leña, Dude volvió a través del campo hacia la casa, a paso de hombre, pero aun así a cada momento se caía algún trozo de leña, y Jeeter y Bessie que venían detrás los recogían llevándolos a la casa.

Ada y Ellie May estaban en el patio cuando llegaron, mientras la abuela esperaba detrás de un amolé, para ver qué hacían. Ada se plantó delante del coche, para ver dónde se sentaría ella. La abuela se fue a una esquina de la casa, y se quedó allí, asomando solamente la cabeza.

—¿En dónde me voy a sentar? —dijo Ada—. No veo que haya mucho sitio para nadie con toda esa madera que han cargado.

Jeeter no contestó en un rato, esperando que Bessie respondiera. Al ver que no lo hacía, subió al coche y se sentó al lado de Dude.

—No hay sitio para ti —dijo.

—¿Por qué no hay sitio para mí, si lo hay para ti y Dude y esa desvergonzada?

—La hermana Bessie no es una desvergonzada. No es nada de eso; es una predicadora.

—El que sea una predicadora no quita que sea una desvergonzada, sino al contrario, y bien que se aprovecha esa vieja sinvergüenza.

—¿Por qué dices eso de Bessie?

—Anoche estaba dando vueltas por el cuarto sin nada encima, y si no te hubiera hecho poner el *overalls* cuando lo hice, quién sabe lo que hubiese hecho. Es una desvergonzada.

—Mira, Ada, no debes hablar así de Bessie. Es una predicadora y además está casada con Dude.

—Eso no le hace, y no quita que sea una sinvergüenza. Siempre anda enredada con los hombres y nunca se queda en casa para hacer el trabajo, como yo. Anda detrás de los hombres porque no es más que una sinvergüenza, y, cuando sale a predicar, siempre predica a los hombres y no hace ningún caso a las mujeres.

—No tengo nada que decir contra la hermana Bessie. Es una predicadora, y lo que hace es la obra de Dios, que le ordena qué tiene que hacer.

—Ada está enfadada porque me he casado con Dude y me he venido a vivir aquí —dijo Bessie a Jeeter—. No le gusta que me quede en el cuarto.

—Bueno, ahora cállate, Ada —dijo Jeeter—, y vámonos. Debo vender hoy esta carga en Augusta.

Dude arrancó el motor, y Bessie subió sentándose junto a Jeeter. Apenas había sitio para los tres.

Ada corrió hacia ellos, tratando de saltar al estribo, pero Dude aceleró la marcha del coche, y no pudo hacerlo. Al salir del baldío, cambió bruscamente la dirección para entrar en el camino del tabaco, y la rueda trasera por milagro no pasó encima del pie de Ada. Ésta gritó tras ellos, pero el coche se movía ya con tanta rapidez que era inútil que intentara correr detrás para detenerlos. Volvió al patio y con Ellie May se quedó contemplando la nube de tierra que había levantado el coche. La abuela salió de detrás de la esquina de la casa y, alzando la vieja bolsa, se dirigió a los matorrales a buscar ramas secas. Otra vez sentía hambre, aunque no hacía más que dos o tres horas que había tomado una taza de achicoria.

Dude redujo la marcha al aproximarse a la encrucijada en donde tenían que dejar el camino del tabaco y entrar en la carretera principal para ir a Augusta. Sin embargo, no frenó lo suficiente, y la fuerza centrífuga hizo que todo el tope de la pila de leña se viniera abajo sobre el camino.

Jeeter y Dude tuvieron que trabajar media hora para volver a poner en su sitio la leña, con la ayuda de Bessie. Cuando estuvo lista, Jeeter fue hasta una choza de negros que estaba junto al camino y consiguió prestadas dos correas de arado, y con ellas sujetó toda la pila.

—Ahora este maldito roble no se irá abajo otra vez —dijo—. No hay nada en el mundo como las correas y el alambre; con esas dos cosas soy capaz de hacer

cualquier trabajo.

Nuevamente se pusieron en marcha hacia Augusta; la ciudad se hallaba ahora a sólo unos veinte kilómetros.

No había duda de que Dude era un buen conductor; cada vez que se encontraba con otro coche, se separaba justo en el momento de llegar encima, y sólo dos o tres veces estuvo casi a punto de chocar de frente con otros coches. Estaba tan ocupado tocando la bocina que se olvidaba de ir por su mano hasta el último momento, pero la mayor parte de los coches que encontraban le dejaban sitio de sobra cuando oían la bocina.

Jeeter no podía hablar, porque casi todo el tiempo estaba conteniendo el aliento; se hallaba tan asustado por la velocidad, que no podía contestar a las preguntas de Bessie. La predicadora miraba fijamente hacia adelante, orgullosa de su automóvil; esperaba que los negros y labradores que veía en los campos que bordeaban la carretera se diesen cuenta de que era suyo y no de Jeeter o Dude.

Entre el mediodía y la una de la tarde llegaron a mitad del camino. Estaban entonces a poco más de diez kilómetros de Augusta, y cuando llegasen a lo alto de la cuesta podrían ver la ciudad abajo en el valle, junto al río de aguas cenagosas.

La última cuesta que tenían que subir era larga; eran dos kilómetros desde el arroyuelo que pasaba al pie hasta la estación de servicio situada en lo alto, y estaban casi a la mitad, cuando de repente el auto empezó a pararse. El agua hervía en el motor y el radiador, y de éste se elevaba una columna de vapor más alta que el parabrisas. Además, el motor metía mucho ruido, y parecía que golpease lo mismo que el coche viejo de Jeeter sólo que más fuerte.

—¿Qué nos pasa? —dijo Bessie, inclinándose sobre la portezuela y mirando afuera.

—Ha de haberse calentado al subir la cuesta —dijo Dude—. No veo qué otra cosa puede tener.

Siguieron un centenar de metros más, y el coche se paró del todo. El motor se ahogó y el vapor salía como si fuera una locomotora cuando levanta presión.

Jeeter saltó del coche y puso una piedra de buen tamaño bajo una de las ruedas traseras antes de que Dude pudiese frenar. El coche dejó de rodar hacia atrás.

—¿Qué le pasa, Dude? —preguntó Bessie—. ¿Se ha estropeado algo?

—Supongo que es solamente que se ha calentado.

No se había movido del asiento. Tenía bien aferrado el volante y lo sacudía de un lado para otro; luego, empezó a tocar de nuevo la bocina.

—Con eso no vas a ganar nada, Dude —dijo Jeeter—. Cuando menos lo pienses, habrás gastado esa condenada bocina, si sigues tocándola todo el tiempo. ¿Por qué no bajas y tratas de hacer algo?

Varios automóviles, unos marchando cuesta arriba y otros hacia abajo, pasaron a

gran velocidad, pero ninguno se detuvo a ofrecerles ayuda.

Otro coche venía subiendo despacio la cuesta. Subía en primera y echaba tanto vapor como el coche nuevo de Bessie. Al pasar despacio ante ellos, algunos de los negros que lo ocupaban se asomaron, mirándolos. Uno de ellos se dirigió a Jeeter.

—¿Qué le pasa a vuestro coche, blancos? Parece como si no fuera a caminar más.

—¡Por Cristo bendito! —dijo Jeeter, con rabia—. ¿Cómo te llamas, negro? ¿De dónde eres?

—Venimos del distrito de Burke —contestó—. ¿Para qué quieres saberlo, blanco?

Y antes de que Jeeter pudiera decir algo más, el coche de los negros había subido un centenar de metros más y estaba ganando velocidad. Jeeter había intentado pararlo para que remolcaran el coche de Bessie.

Dude puso en marcha el motor y arrancó. Jeeter y Bessie saltaron al estribo justo a tiempo, porque pronto el coche adquirió velocidad. El motor se había enfriado e iban más rápido que el coche de los negros; ya estaban por pasarlo cuando de repente el motor empezó a golpear más fuerte que nunca, y se detuvieron.

—Éste es el automóvil más endemoniado que haya visto —dijo Jeeter—. Nunca hace lo mismo lo bastante para que uno se acostumbre.

Esta vez se habían parado en lo alto de la cuesta. Dude iba a dejar que el coche bajara hacia el otro lado por su propio impulso, cuando Jeeter vio la estación de servicio, y dijo a Dude que esperase un momento.

—Voy a traer agua para echarla al motor —dijo.

Cruzó la carretera y entró en la estación de servicio, volviendo a los pocos minutos con un cubo de agua en la mano. El encargado de la estación lo acompañaba.

Mientras Jeeter desenroscaba el tapón del radiador, el hombre levantó el *capot* para medir el aceite.

—Lo que les pasa, hermano —dijo—, es que no tienen una gota de aceite en su coche, y sus cojinetes se han quemado. ¿Desde dónde vienen?

Jeeter le contó que vivían cerca de Fuller, en el antiguo camino del tabaco.

—Ya han arruinado su coche, y es una pena. Me da rabia ver gente que no sabe más que estropear automóviles.

—¿Qué tiene ahora? —preguntó Bessie.

—Su coche nuevo está arruinado, hermana, y para que pueda caminar habrá que poner un galón y medio de aceite. ¿Quiere que se lo ponga?

—¿Cuánto cuesta?

—Un dólar y medio.

—No pensaba gastar dinero en eso...

—Como quiera, pero si no le ponen aceite no va a caminar, y me parece que nunca tuvo suficiente aceite.

—No tengo más que dos dólares y con eso pensaba comprar gasolina.

—Yo y Dude no tenemos nada —dijo Jeeter—, pero cuando venda esta carga de leña tendré un dólar y medio, tal vez.

—Póngale el aceite —dijo Bessie—. No quiero que se estropee mi coche nuevo. Lo compré ayer en Fuller completamente nuevo.

—Ya está arruinado, hermana —dijo el hombre—, pero tiene que echarle aceite si quiere ir hasta Augusta y volver a Fuller.

Esperaron mientras le echaba el aceite, y luego Bessie le dio el dinero. Llevaba los billetes dentro de un pañuelo, y le hicieron falta varios minutos para soltar los nudos.

Dude arrancó, avanzando lentamente hasta la cresta y luego se dejaron ir cuesta abajo hasta Augusta. Cuando llegaron abajo, el coche andaba como nuevo otra vez, pero el motor metía más ruido que el del coche de Jeeter. Los cojinetes y bielas estaban tan flojos que sonaban como si estuvieran dando martillazos en cuanto iba a más de treinta kilómetros por hora.

XVI

Ya llevaban tres horas tratando de vender la carga de leña, y al parecer no había en Augusta una sola persona que quisiera comprarla. En algunas de las casas a que había ido Jeeter, al principio le dijeron que necesitaban leña, pero después de preguntarle cuánto quería por ella entraban en sospechas. Jeeter les decía que solamente quería un dólar, y entonces le preguntaban si vendía pino cortado tan barato, teniendo que explicarles que era roble enano y que ni siquiera estaba cortado en forma uniforme. Tras eso le daban con la puerta en las narices, y tenía que ir a la casa vecina para probar de nuevo.

Poco después de las seis de la tarde la leña seguía apilada en el coche y no había señales de un posible comprador. Jeeter había empezado a parar a la gente en la calle, en un esfuerzo final y desesperado por vender la leña a cincuenta centavos; pero los hombres y mujeres a que se acercó, después de echar una ojeada a la leña se marchaban, creyendo evidentemente que se trataba de una broma. Nadie era tan tonto como para comprar roble enano, cuando la madera de pino ardía mucho mejor y daba menos trabajo.

—No sé qué vamos a hacer —dijo Jeeter a Bessie—. Ya se está haciendo casi demasiado tarde para volver a casa, y nadie quiere comprar la leña. Antes la vendía sin ningún trabajo cuando traía una carga.

Dude dijo que tenía hambre y que quería ir a algún lado a comer algo. Bessie tenía un dólar; Jeeter no tenía nada, y Dude, naturalmente, tampoco tenía nada.

Jeeter había pensado vender la leña en un dólar y comprar harina y carne para llevar a casa, pero ahora no sabía qué hacer. Se volvió a Bessie interrogándola con la mirada.

—Tal vez sea mejor que nos volvamos a Fuller —dijo la mujer—. Puedo comprar dos galones de gasolina y eso debe bastar.

—¿No vamos a comer nada? —preguntó Dude—. Mi pobre estómago no da más.

—Tal vez podríamos vender alguna otra cosa —dijo Jeeter, mirando el coche—. Aunque no sé qué podríamos vender.

—No vamos a vender mi coche nuevo —dijo Bessie con rapidez—. Era completamente nuevo sólo ayer, y eso es cosa que nadie va a vender.

Jeeter examinó el coche de una punta a otra.

—No, ni pensaría en hacer una cosa así. Pero ¿sabes, Bessie?, a lo mejor podríamos vender alguna cosita del coche.

Dio una vuelta alrededor del coche y cogió la rueda de repuesto, sacudiéndola violentamente.

—De todas maneras, está casi suelta —dijo— y el coche no perdería nada, Bessie.

—Bueno, supongo que tendremos que hacerlo —dijo Bessie, con tono pesaroso—. Al fin y al cabo, esa rueda no nos sirve para gran cosa, Solamente podemos usar cuatro a la vez y una más no sirve de nada.

Dieron vuelta a la manzana hasta encontrar un garaje. Jeeter entró a preguntar, y al ratito salió un hombre, sacó la rueda y se la llevó rodando adentro.

Jeeter cruzó con paso rápido la calle, con varios billetes verdes en la mano, contándolos uno por uno delante de Bessie y Dude.

—¡Qué suerte hemos tenido! —dijo.

—¿Cuánto dinero te dieron por la rueda? —preguntó Bessie.

—El hombre me dijo que tres dólares era más que suficiente, pero a mí me pareció así y todo mucho dinero, ¡y aquí está! ¡Y qué billetes nuevecitos! En Fuller todo el dinero que he visto parecía que se iba a caer en pedazos de arrugado, pero aquí en Augusta la gente tiene dinero bueno.

En seguida se pararon en una tienda. Jeeter bajó y compró una bolsa de galletas y dos libras de queso. Volvió al coche y ofreció la comida a Bessie y Dude, y todos partieron grandes trozos de queso y se llenaron la boca de galletas.

—Sírvete, Bessie —dijo—. Toma todo lo que quieras; mete la mano en la bolsa y come hasta llenarte, porque si no te apuras ese Dude es capaz de comérselo todo.

Jeeter se sentía contento. Era la primera vez que recordaba haber estado en Augusta y podido comer cuando tenía ganas. Sonrió a Bessie y Dude, y saludaba con la mano a la gente que pasaba, y cuando se cruzó una mujer se descubrió ante ella.

—Augusta es un lugar espléndido —dijo—. Toda esta gente es como nosotros; son ricos, pero eso no me importa. Ahora todos me son simpáticos.

—¿Dónde vamos ahora? —dijo Bessie.

—Arriba de la tienda hay un sitio donde podemos dormir —dijo Jeeter—. Podíamos dormir allí esta noche, y mañana por la mañana venderemos la leña, ¿no es lo mejor?

A Dude le gustó la idea, pero Bessie vacilaba. Le parecía que costaría mucho dinero pasar la noche en un hotel.

—Tal vez sea demasiado caro —dijo—. Sube a ver cuánto cuesta.

Jeeter se llenó la boca de queso, y subió las escaleras del hotel. Sobre la puerta había un pequeño letrero, mal iluminado, que decía que era un hotel.

Antes de cinco minutos estaba de vuelta.

—Nos dejarán estar por cincuenta centavos por cabeza —dijo—. Está lleno, y solamente tienen un cuarto libre, pero podemos quedarnos si queremos. Yo tengo ganas, ¿y tú, Bessie? Nunca he pasado antes una noche entera en un hotel.

A Bessie le habían entrado ganas de pasar la noche en un hotel, y estaba lista a subir cuando Jeeter dijo que les costaría cincuenta centavos por cabeza.

—Ten cuidado con ese dinero, Jeeter —dijo—. Es mucho dinero para perderlo, y

no querrás que te lo quiten.

Subieron la estrecha escalera y se encontraron en una habitación pequeña y polvorienta. Era el vestíbulo, y todo el mobiliario consistía en una mesa y media docena de sillas. El encargado del hotel los llevó a la mesa y les dijo que firmaran en el registro. Jeeter le indicó que tendrían que hacer una señal porque no sabían escribir.

—¿Cómo se llama? —preguntó el hombre.

—Jeeter.

—¿Jeeter, qué?

—Jeeter Lester, de al lado de Fuller.

—¿Cómo se llama el muchacho?

—El nombre de Dude es Dude, y es mi hijo.

—¿Dude Lester?

—Eso es.

—Y ella, ¿cómo se llama? —mirando a Bessie.

Bessie le sonrió y él le miró las pantorrillas. Bessie sacó el busto y bajó la cabeza. El hombre la volvió a mirar de pies a cabeza.

—Su nombre es señora Dude —dijo Jeeter.

El hombre miró a Dude y luego a Bessie, y sonrió. Tenía la pluma para que ellos la tocaran cuando hizo una cruz al lado de cada uno de sus nombres.

Jeeter le pagó, y el hombre los llevó por otra escalera al segundo piso. El vestíbulo estaba a oscuras, lo mismo que los cuartos sin ventilar. El hombre abrió una puerta y les dijo que entraran.

—¿Es aquí donde dormiremos? —preguntó Jeeter.

—Éste es el cuarto, y es el único que me queda. Esta noche tenemos mucha gente.

—Es un cuarto hermoso —dijo Jeeter—. No sabía que los hoteles fueran sitios tan buenos. Ojalá Lov estuviese aquí para verme ahora.

En el cuarto había sólo una cama grande y alta.

—Supongo que nos podremos arreglar de alguna manera —dijo Jeeter—. Yo dormiré en el medio.

—Hay sitio de sobra para los tres —dijo el hombre—, pero puede ser que encuentre una cama para uno.

En seguida salió, cerrando la puerta.

Jeeter se sentó en la cama y empezó a soltarse los zapatos, dejándolos caer al suelo. Dude se sentó en la silla y miró las paredes y el techo. En varios sitios se había caído el revoque y en otros estaba suelto, listo a caerse en cuanto dieran un portazo.

—Lo mejor que podemos hacer es meternos en la cama —dijo Jeeter—. No ganamos nada estando sentados.

Colgó su sombrero negro en la cabecera y se echó. Bessie estaba de pie ante el

espejo del lavabo, soltándose el cabello.

—Ada debería verme ahora —dijo Jeeter—. Nunca pasé la noche en un hotel en toda mi vida. Apuesto a que Ada no cree que le digo la verdad cuando se lo cuente.

—No está bien que duermas en la cama conmigo y Bessie —dijo Dude—. Debías de acostarte en el suelo.

—Dude, ¿no irás a impedirme que duerma una noche bien? —contestó Jeeter—. Bessie está muy conforme, ¿no es verdad, Bessie?

—¡Cállate la boca, Jeeter! Me haces sentirme tan rara cuando dices eso...

—Sólo somos *tú* y yo, Dude. No es lo mismo que fuera algún otro. Hace mucho que he estado deseando dormir contigo y Bessie.

En ese momento golpearon en la puerta, y antes de que pudieran contestar entró el hombre.

—¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó a Bessie.

Fue hasta el lavabo donde estaba la mujer, y esperó a su lado.

—Señora Dude... —dijo Jeeter—. Ya se lo he dicho antes.

—Ya lo sé, ¿pero cuál es su primer nombre? Saben lo que quiero decir..., su nombre de soltera.

Bessie se puso el vestido antes de contestarle.

—Bessie —dijo—; ¿para qué quiere saberlo?

—Por nada, Bessie. Es lo que quería saber.

Y salió, cerrando la puerta.

—Esta gente de la ciudad tiene las cosas más raras —dijo Jeeter—. Uno nunca sabe lo que van a preguntarle.

Dude se quitó los zapatos y la chaqueta y esperó a que Bessie se acostara. Ésta se había sentado en el suelo para sacarse las medias y los zapatos.

Jeeter se sentó en la cama, esperando que terminara. Cerca cerraron una puerta con tal violencia, que cayeron trozos del revoque del cielorraso sobre la cama.

De repente alguien llamó de nuevo a la puerta y ésta fue abierta de inmediato. Esta vez era un hombre que no habían visto antes.

—Baje al vestíbulo, Bessie —dijo.

Y esperó afuera hasta que Bessie se levantó del suelo y se dirigió a la puerta.

—¿Yo? —dijo—. ¿Qué quiere conmigo?

—Baje a otro cuarto, Bessie. Aquí están demasiado incómodos.

—Deben haber encontrado otra cama para nosotros —dijo Jeeter—. Supongo que habrán encontrado más camas vacías de las que pensaban.

El y Dude vieron cómo Bessie recogía su ropa y salía de la habitación. Llevaba el vestido, medias y zapatos en una mano y el sombrero en la otra. Una vez que cerró la puerta, volvió a reinar silencio en la casa.

—Esta gente de la ciudad tiene cosas raras, ¿no es cierto, Dude? —dijo Jeeter,

dándose vuelta y cerrando los ojos—. No son como nosotros, los del lado de Fuller.

—¿Por qué no fuiste tú a la otra cama? —dijo Dude—. ¿Por qué le dijo el hombre a Bessie que fuera?

—Uno nunca sabe las costumbres raras de la gente de la ciudad, Dude. A veces hacen las cosas más endemoniadas.

Ambos siguieron despiertos más de media hora, pero sin decirse una palabra. La luz seguía encendida, pero no trataron de apagarla.

Se oyó crujir el piso en el vestíbulo, y entró Bessie con sus ropas en las manos.

—¿No te gusta el sitio que te dieron? —dijo Jeeter, sentándose—. ¿Por qué has vuelto, Bessie?

—Creo que me debí de meter en una cama equivocada por error, o algo parecido —dijo Bessie—. Había otra persona adentro.

Dude se frotó los ojos, y miró a Bessie.

—Bessie es una predicadora bien bonita, ¿no es cierto? —dijo Jeeter, mirándola.

—No tuve tiempo de vestirme de nuevo. Tuve que salir en seguida y no me dieron tiempo de ponerme la ropa.

—Ese hombre debe saber lo que hace. No tiene sentido eso de estar haciendo que la gente cambie de cama toda la noche. Tendría que dejar que la gente se quede en una cama todo el tiempo, y dejarnos dormir un rato.

—Los hombres son verdaderamente raros en un hotel —dijo Bessie—. Dicen y hacen las cosas más raras que he visto. Estoy de verdad contenta de que nos hayamos quedado aquí, porque me estoy divirtiendo esta noche. No es como en el camino del tabaco.

Nuevamente se oyó golpear en la puerta, y un hombre la abrió. Miró a Bessie y le hizo seña de que se acercara.

—Venga, Bessie —le dijo—, en el otro lado del vestíbulo hay un cuarto para usted.

Se quedó esperando junto a la puerta entornada.

—Fui a un cuarto hace un ratito, y había un hombre en la cama.

—Bueno, eso está arreglado. En ese otro cuarto hay una cama para usted. Venga y yo la acompañaré y le enseñaré dónde está.

—¡Por Cristo bendito! —dijo Jeeter—. Nunca he oído nada igual en mi vida. Estos hombres van a cansar a Bessie, llevándola de una cama a otra toda la noche. No creo que volveré más a un hotel de esta clase. No puedo conseguir estar tranquilo y dormir.

Bessie cogió sus ropas y salió. La puerta se cerró y oyeron a los dos que marchaban hacia el vestíbulo.

—Espero que esta vez la hayan acomodado para que no tenga que cambiar de nuevo de cama —dijo Jeeter—. No puedo seguir estando despierto para averiguarlo.

Dude también se durmió unos minutos más tarde.

Al rayar el día, Jeeter ya estaba levantado y vestido, y Dude lo hizo unos minutos más tarde. Durante media hora estuvieron esperando a Bessie, hasta que, finalmente, el primero se dirigió a la puerta, la abrió y se asomó al vestíbulo.

—Creo que vamos a tener que buscar a la hermana Bessie —dijo—. A lo mejor se ha perdido, y no puede encontrar este cuarto. Estaba muy oscuro aquí anoche, y las cosas parecen distintas de día, en la ciudad.

Ambos salieron al vestíbulo. Todas las puertas estaban cerradas y Jeeter no sabía cuál abrir. Los dos primeros cuartos en que entró estaban vacíos, pero el siguiente no; había dos personas en la cama, pero la mujer no era Bessie. Jeeter salió de puntillas y cerró la puerta. Dude probó el otro cuarto; la puerta estaba también sin llave, y Jeeter tuvo que ir hasta la cama y mirar a la cara de la mujer que estaba durmiendo en ella para saber que no era Bessie. En los demás cuartos que entraron tampoco estaba, y Jeeter ya no sabía qué hacer. En el último cuarto en que entraron solamente había una cama, y estaba por cerrar la puerta cuando la muchacha que estaba en ella abrió los ojos y se incorporó. Jeeter se quedó mirándola, sin saber qué hacer. Cuando la muchacha estuvo del todo despierta, sonrió e hizo seña a Jeeter que se acercara.

—¿Qué quiere? —preguntó éste.

—¿Para qué entró?

—Estoy buscando a Bessie, y creo que es mejor que la siga buscando. Si me quedo aquí mirándola es probable que haga algo malo.

La muchacha llamó de nuevo a Jeeter, pero éste le volvió la espalda y salió corriendo. Dude le siguió.

—Por Cristo bendito, Dude —dijo Jeeter—, nunca vi tantas muchachas y mujeres bonitas en mi vida. Este hotel está lleno de ellas, y estoy seguro de que perdería mi religión si me quedara mucho más. Tengo que salir a la calle ahora mismo.

Al pie de la escalera vieron al hombre que les había dado el cuarto la noche antes. Estaba leyendo el diario.

—Queremos irnos ahora mismo —dijo Jeeter—, pero no podemos encontrar a la hermana Bessie...

—¿La mujer que vino anoche con ustedes?

—Esa misma; su nombre es hermana Bessie.

—Ahora la traigo —dijo el hombre, empezando a subir la escalera—. ¿Qué le pasa en la nariz? Anoche no me fijé, pero la vi esta mañana. Me da escalofríos mirarla.

—Nació así —dijo Jeeter—. La cara de Bessie no vale mucho, pero está bien para vivir con ella. Dude lo sabe, porque se casó con ella.

—Tiene la nariz más terrible que he visto —dijo el hombre, subiendo por las escaleras—. Espero que nunca más me engañaré así en la oscuridad.

Cinco minutos más tarde volvió con Bessie.

Una vez en la calle, en donde habían dejado el coche, Jeeter encontró la bolsa de galletitas y el queso y empezó a comerlos con buen apetito. Dude cogió un puñado de galletitas y se las llevó a la boca. A unos metros había una bodega y todos entraron a tomar un refresco.

—No tienes cara de haber dormido mucho anoche, Bessie —dijo Jeeter—. ¿No pudiste dormir?

Bessie bostezó y se frotó la cara con las palmas de las manos. Se había vestido de prisa y no había tenido tiempo de peinarse, y el cabello lacio le caía por la cara y los hombros.

—El hotel debía estar bien lleno anoche —dijo—. A cada rato venía alguien y me llevaba a otro cuarto, y a cada uno que fui había alguno durmiendo en la cama. Parecía como si nadie supiera dónde estaba mi cama y todo el tiempo estaban diciéndome que fuera a dormir a otra. No pude dormir nada, hasta hace una hora. Verdaderamente hay un montón de hombres que paran ahí.

Salieron de la bodega, subieron al coche y se dirigieron hacia el centro de la ciudad. Bessie bostezó y trató de echar un sueño en el asiento.

La venta de la leña no fue más fácil que el día anterior. Nadie deseaba comprar leña, por lo menos de la clase que quería vender Jeeter. Para las tres de la tarde, todos ellos estaban hartos de tratar de encontrar quién quisiera comprarla.

Bessie quería volver a casa, lo mismo que Jeeter. Estaba fatigada y muerta de sueño, y Jeeter empezaba a blasfemar cada vez que veía a alguno que pasaba. Su opinión de los ciudadanos de Augusta era peor aún que la que tenía antes de haber empezado el viaje, y echaba pestes contra todo el dinero de la ciudad.

Dude también estaba ansioso por volver, porque así tendría la oportunidad de poder tocar la bocina en las curvas del camino.

Bessie compró la gasolina, que Jeeter pagó con el resto del dinero que les quedaba. El motor no les dio ningún trabajo, y recorrieron una quincena de kilómetros a buena velocidad.

—Paremos un momento —dijo Jeeter.

Dude paró el coche sin decir nada, y todos bajaron. Jeeter empezó a soltar las correas y a cortar el alambre que sujetaba la leña.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Bessie, viéndole que empezaba a tirar los leños.

—Voy a tirar toda esta maldita carga y a prenderle fuego. Da mala suerte llevar algo a la ciudad para vender y traerlo de vuelta a casa. No es bueno hacerlo, y lo voy a tirar todo.

Dude y Bessie le ayudaron, y pocos minutos después el roble enano estaba apilado en el borde de la cuneta.

—Y no voy a dejar que nadie más lo use, tampoco —dijo—. Si la gente rica de Augusta no quiere comprar mi leña, no voy a dejarla aquí para que vengan y se la lleven sin que les cueste nada.

Reunió un puñado de hojas secas, las metió bajo la pila y las encendió. Las hojas no tardaron en arder y una columna de humo se alzó en el aire.

Jeeter abanicaba el fuego con su sombrero, esperando que empezara a arder la leña.

—Este ha sido un viaje a Augusta con mala suerte —dijo—. No recuerdo que nunca haya tenido tan mala suerte; todas las demás veces he podido vender mi leña por algo, aunque no fuese más que un cuarto de dólar. Pero esta vez nadie la quería, ni sin pagar yo creo.

—Yo quiero volver alguna vez, para pasar otra noche en ese hotel —dijo Bessie, riéndose—. Lo pasé muy bien anoche, y me hizo sentirme bien. Verdaderamente saben cómo tratar a las mujeres.

Esperaron que ardiera la leña para poder seguir, pero las hojas se habían consumido, sin que el roble enano cogiera fuego. Jeeter reunió un montón de hojas mayor, le puso fuego y empezó a arrojar encima los leños. Las hojas ardieron vivamente unos minutos, y en seguida se apagaron bajo el peso de la leña verde.

Jeeter se quedó mirando con tristeza a la pila. No sabía cómo hacerla arder. Entonces Dude sacó un poco de gasolina del tanque y la echó sobre la pila, alzándose una llamarada de tres o cuatro metros, pero ésta tampoco tardó mucho en extinguirse, dejando un montón de leños ennegrecidos en la cuneta.

—Bueno, yo creo que eso es todo lo que puedo hacer con ese recondenado roble enano —dijo Jeeter, subiendo al coche—. Parece que no hay forma de librarse de esa condenada leña; no se puede vender y no se puede quemar. Yo creo que se le ha metido el demonio dentro.

Partieron en medio de una nube de tierra y pronto estuvieron en el camino del tabaco. Dude avanzó despacio por la arena, tocando la bocina todo el tiempo hasta llegar a casa.

XVII

La próxima gira en coche, proyectada por Jeeter al regreso de Augusta, era un viaje al distrito de Burke para ver a Tom. Por lo que repetidas veces había Jeeter oído decir a varias personas que habían estado por aquellos sitios, sabía que Tom era un próspero contratista de traviesas. Aquéllos que habían estado por algún motivo u otro cerca del aserradero de Tom, dijeron a Jeeter a su regreso a Fuller que no conocían a nadie que ganara más dinero que Tom, y Jeeter estaba casi tan orgulloso de éste como de Dude.

Poco más se sabía de Tom Lester, y ése era uno de los motivos por los cuales Jeeter quería ir a verlo. Antes que nada, quería averiguar cuánto dinero estaba ganando Tom, para luego pedirle que le diera algo todas las semanas.

Bessie y Dude tampoco pensaban quedarse en casa mientras el coche nuevo pudiera caminar, y el viaje a Augusta no les había hecho perder el entusiasmo por los viajes. Pensaban que haber doblado el eje delantero, rajado el parabrisas, rayado la pintura, estropeado los asientos y perdido la rueda de repuesto no eran más que percances corrientes cuando se viajaba en automóvil. Al aplastarse el guardabarros delantero y romperse el elástico de atrás, había disminuido el primer entusiasmo de todos, y después del primer accidente, cuando Dude chocó con la parte trasera de un carro cerca de McCoy y mató al negro, cualquier otra cosa que le pasara al coche no tenía ya mayor importancia.

Al otro día, Jeeter mencionó en forma casual que le hacía mucha ilusión ir hasta el distrito de Burke para ver a Tom.

En ese momento Dude estaba echando agua al radiador, y se detuvo para oír qué diría Bessie; pero ella no dijo nada y Dude volvió a coger el cubo y llenó el radiador hasta que se desbordó el agua. Jeeter se apartó, esperando que Bessie se decidiera y marchó hacia la parte trasera de la casa como si quisiera ponerse fuera de su vista hasta que decidiese si quería ir o no. Pero no se apartó tanto que no pudiese ver el coche con el rabillo del ojo; Bessie era capaz de cualquier cosa cuando no estuviese mirando, y no quería que se le escaparan dejándolo plantado.

—Sube y salgamos en seguida, Dude —dijo Bessie en un susurro, empujándolo al mismo tiempo hacia el coche—. ¡Pronto, antes de que tu padre nos vea!

Jeeter estaba en ese momento al lado del pozo, mirando hacia los juncales, y no se había dado cuenta de que estaban preparándose para dejarlo.

Cuando oyó que Dude arrancaba el motor, corrió hacia el coche, pero para entonces Dude ya había arrancado, y el coche salió del baldío hasta el camino del tabaco, y mucho antes de que Jeeter pudiera llegar al camino ya estaban lejos. Lester se quedó mirándolos.

—Bueno, en mi vida he visto cosa igual —dijo—. No sé por qué se han escapado,

dejándome. Siempre traté bien a Bessie, pero cuando te vuelves viejo la gente cree que no te gusta salir, y se marchan dejándote en casa.

Siguió contemplándolos hasta que el coche desapareció. Ada y Ellie May estaban en la galería mirándolo también. Habían salido en el momento en que oyeron arrancar el motor, y las dos también querían ir a algún lado; no les habían permitido subir al coche todavía.

Jeeter se sentó en una silla en la galería, a esperar la vuelta de Dude y Bessie, y durante todo el resto de la mañana estuvo sombrío y silencioso. Cuando Ada, a la hora de comer, le dijo que entrara en la cocina para comer un poco de queso y galletitas, Jeeter no se movió de la silla, y Ada volvió adentro sin insistir. Era tan poca la comida, que se alegraba de que no viniera. El queso y las galletitas que habían traído de Augusta apenas bastaban para que pudiesen comer una o dos personas, y como él no quería moverse, quedaba más para ella y Ellie May. La abuela no contaba, porque a ella le darían las cortezas del queso y las migajas que sobraban después de haber comido los demás. Jeeter comía siempre tan rápidamente, que nunca daba tiempo a que los demás lo hicieran a gusto; Jeeter comía como si se tratara de la última vez que fuera a hacerlo.

Ada y Ellie May se sentaron a comer, dejando solo a Jeeter.

Cuando bien entrada la tarde Bessie y Dude regresaron, Jeeter seguía aún esperándolos en la galería. Se incorporó cuando llegaron y siguió al coche hasta su lugar junto a la chimenea. Aún seguía enfadado, pero se le había pasado momentáneamente. Estaba ansioso por saber si habían visto a Tom.

—¿Vieron a Tom? —preguntó a Bessie—. ¿Qué hacía? ¿Me mandó algo de dinero?

Ada salió a escuchar; la abuela fue a su sitio acostumbrado detrás del amolé, para ver y oír todo, y Ellie May se acercó.

—Tom no es el mismo que yo conocía —dijo Bessie, sacudiendo la cabeza—. Yo no sé lo que le ha pasado.

—¿Por qué? —preguntó Jeeter—. ¿Qué hizo..., qué dijo? ¿Dónde está el dinero que me ha mandado?

—Tom no ha mandado ningún dinero, y no parece que esté pensando en ayudarte para nada. Es un mal hombre.

—Debías de haberme llevado contigo, Bessie —dijo Jeeter—. Conozco a Tom mejor que a mí mismo, y siempre fue mi hijo favorito. Yo y Tom nos llevábamos muy bien. Los otros muchachos estaban siempre peleando conmigo, pero Tom nunca lo hizo. Era un gran muchacho, de chico.

Bessie oyó lo que decía Jeeter, pero no quiso discutir el motivo de que lo hubiesen dejado. Eso era cosa vieja; ya habían hecho el viaje y ahora estaban de vuelta.

—¿Por qué no me dejaste ir contigo para ver a Tom?

—Tom tiene como cien bueyes trabajando —dijo Dude. Estaba impresionadísimo por el número de bueyes que usaba su hermano en el aserradero—. Nunca creí que hubiese tantos bueyes en todo esto.

—¿Cuándo dijo Tom que iba a venir por aquí a verme? —preguntó Jeeter.

—Tom dijo que nunca más volvería por aquí —contestó Dude—, y que pensaba quedarse donde estaba.

—No suena eso como cosa de Tom —dijo Jeeter, meneando la cabeza—. A lo mejor tiene que trabajar tan fuerte, que no tiene tiempo para salir de allí.

—No es eso —dijo Bessie—. Tom dijo justamente lo que te ha contado Dude, y que no vendría más por aquí porque no le da la gana.

—No suena eso como cosa de Tom. Yo y él nos llevábamos de primera en todo y con él nunca tuve dificultades, como siempre las estaba teniendo con los otros. Esos solían tirarme piedras y darme palos en la cabeza, pero Tom nunca lo hizo. Era un gran muchacho, y no hay razón para que ahora haya cambiado y se haya vuelto lo mismo que los demás.

—Yo le dije lo mal que estabas, lo mismo que su mamá —dijo Bessie—. Le dije que no había harina ni carne en la casa la mitad del tiempo, y que no puedes labrar la tierra o recoger una cosecha, y Tom dijo que tú y Ada se vayan al asilo y se queden allí.

—Hiciste mal en decirle a Tom que no labraré más la tierra. Este año voy a recoger una buena cosecha de algodón, si puedo conseguir algo de semilla y guano. En cambio, el resto de lo que le dijiste es verdad y es exacto. Tenemos hambre la mayor parte del tiempo; eso no es ninguna mentira.

—Bueno, eso es de todas maneras lo que dijo. Me ha dicho que tú y Ada os vayáis al asilo a quedaros.

—Realmente eso no parece que fuera Tom hablando. Tom nunca me dijo una cosa así, y no puedo comprender por qué quiere que yo y su madre nos vayamos a un asilo. Me parece que debía de mandarme algo de dinero en cambio; para algo soy su padre.

—No creo que eso le importe mucho a Tom ahora —dijo Bessie—. Ahora se preocupa de él solo.

—Ojalá fuera joven de nuevo, así no tendría que pedir a nadie, ni siquiera a mi propio hijo. Pero no parece el mismo de antes; me parece que debía de mandarme algo de dinero a mí y a su mamá.

—También dijo Tom que te fueras al diablo —dijo Dude.

Bessie dio un salto, y cogiendo a Dude del cuello lo sacudió hasta dar la impresión de que se le iba a desprender la cabeza de los hombros, y continuó sacudiéndolo hasta que el chico consiguió escapársele de entre las manos.

—No debías de haber dicho eso a Jeeter —gritó Bessie a Dude—. Eso está muy mal y no conozco nada más malo. El diablo está tratando de separarte de mí, para que no pueda hacerte un predicador.

—¡Cristo Todopoderoso! —le gritó Dude—. ¡Casi me has matado! Yo no dije eso, ha sido Tom el que lo dijo, y yo no hacía nada más que contarle lo que había dicho Tom. ¡Yo no lo dije! Déjame en paz, que yo no te he hecho nada.

—El Señor sea alabado —dijo Bessie—. Nunca vas a ser un predicador si sigues hablando así. Me parecía que dijiste que te ibas a dejar de jurar. ¿Por qué no lo dejas?

—No lo haré más —dijo Dude, recordando que el coche era de ella—. Y tampoco lo habría dicho ahora si no me hubieses hecho daño al sacudirme tan fuerte.

Jeeter dio una vuelta alrededor del coche, tratando de restablecerse de la impresión que le había producido oír lo que Tom dijo. No podía creer que Tom se hubiese convertido en un hombre capaz de mandar al diablo a su padre. Tom debía haber cambiado mucho desde la última vez que lo vio.

Se detuvo detrás del coche y estaba mirando a la reja en donde antes estuvo la rueda de repuesto, cuando vio la abolladura de la carrocería, y se quedó contemplándola hasta que Bessie y Dude terminaron de discutir.

—No podrás predicar un sermón el domingo próximo si sigues blasfemando así —estaba diciendo Bessie—. La gente decente no quiere oír sermones que digan predicadores blasfemos.

—No lo diré de nuevo; nunca más volveré a jurar.

Jeeter les hizo señales de que se acercaran, y luego les mostró la abolladura de la carrocería. El centro de la parte trasera había sido hundido unos treinta centímetros, y la carrocería quedó dividida en dos mitades casi iguales.

—¿Quién hizo eso? —preguntó, señalando aún con el dedo.

—Estaba dando marcha atrás para salir del aserradero, y nos dimos contra un pino —dijo Bessie a regañadientes—. No sé cómo pudo pasar, pero parece como si todo tratase de arruinar mi coche nuevo. Ya no se parece en nada a lo que era cuando pagué ochocientos dólares por él en Fuller.

Dude pasó la mano por la abolladura. La pintura chafada cayó al suelo, mientras trataba de hacer que la abolladura pareciera menor frotándola.

—Pero no habrá hecho que ande peor el coche, ¿no? —dijo Jeeter—. Total sólo es la carrocería abollada. Todavía sigue andando bien, ¿no es cierto?

—Yo creo que sí —dijo Bessie—, aunque mete un ruido bárbaro cuando rueda cuesta abajo, y también cuesta arriba.

Ada se acercó a mirar la abolladura, y le pasó las manos por encima hasta que saltó más pintura y cayó sobre la arena, junto a sus pies.

—¿Cómo está Tom ahora? —preguntó a Bessie—. Supongo que ya no parecerá el mismo de antes.

—Se parece mucho a Jeeter. No hay mucho parecido entre él y tú.

—Humm —dijo Ada—. Hubo un tiempo en que hubiera jurado que tenía que ser todo lo contrario.

Jeeter miró a Ada y luego a Bessie, sin poder comprender de qué estaba hablando Ada.

—¿Qué dijo Tom cuando le contaste que tú y Dude estaban casados ahora? —preguntó Jeeter.

—Nada; me pareció que no le importaba gran cosa.

—Tom dijo que ésta solía ser una perra tirada cuando la conoció hace mucho tiempo —dijo Dude—. Y se lo dijo en la cara, pero ésta no contestó nada. Me parece que Tom sabía de qué estaba hablando, porque ésta no dijo que era mentira.

Bessie cogió nuevamente a Dude del cuello y lo sacudió con furia, mientras Jeeter y Ada seguían junto a ellos mirándolos. Ellie May había oído todo, pero no se acercó.

Dude se separó de Bessie más rápidamente que antes; estaba aprendiendo a escaparse de ella con más facilidad.

—¡Maldita seas! —gritó, dándole un puñetazo en la cara—. ¿Por qué demonios no me dejas de una vez en paz?

—Por favor, Dude —le rogó Bessie—, me prometiste que no ibas a jurar más. La gente decente no quiere oír un sermón los domingos de un predicador blasfemo.

Dude se encogió de hombros y se marchó. Ya estaba cansándose de la forma en que Bessie se le echaba encima y le retorció el cuello cada vez que decía algo que no le gustaba.

—¿Cuándo va a empezar Dude a ser un predicador? —preguntó Jeeter.

—Va a predicar un sermón corto el domingo próximo en la escuela, y ya le estoy enseñando lo que tiene que decir cuando predique.

—Me parece que eso debía de saberlo él —dijo Jeeter—. No tendrás que decirle todo lo que tiene que hacer, ¿no? ¿No sabe nada acaso?

—Hombre, no está enterado de cómo se predica, como yo. Yo le enseño lo que tiene que decir y él lo aprende. No va a tardar mucho en aprender y entonces ya no tendré que decirle nada. Mi primer marido me dijo lo que tenía que decir un sábado por la noche y a la otra tarde me fui a la escuela y prediqué casi durante tres horas sin parar. No es difícil hacerlo cuando se aprende. Dude ya me ha dicho que va a predicar el domingo, y ya sabe lo que va a decir cuando llegue el momento.

—¿De qué va a predicar el domingo?

—De los hombres que usan camisas negras.

—¿Camisas negras? ¿Para qué?

—Pregúntaselo a él. Él lo sabe.

—A mi manera de ver, las camisas negras no son una cosa como para predicar sobre ellas. Nunca oí decir una cosa así.

—Ven al sermón de la escuela el domingo por la tarde y verás.

—¿Va a predicar a favor de las camisas negras o contra las camisas negras?

—Contra.

—¿Por qué, hermana Bessie?

—No me toca a mí hablar de lo que Dude predique. Vete a la escuela y lo oirás. Los predicadores no quieren que sus secretos se desparramen por todas partes antes del sermón. Si hicieran eso, nadie se molestaría en ir a oírlos.

—Tal vez no entienda mucho de predicar, pero nunca he oído de nadie que predicara de los hombres que usan camisas negras, y contra las camisas negras además. Tampoco he visto a ningún hombre que usara una camisa negra.

—Los predicadores tienen que predicar contra algo. No les serviría de nada predicar a favor de todo, y siempre tienen que estar en contra de algo.

—Nunca lo miré de esa manera —dijo Jeeter—, pero puede haber mucho de verdad en lo que dices. Aunque, por ejemplo, ¿no predicarías contra Dios y el cielo, supongo?

—Los buenos predicadores no predicán de Dios y el cielo y cosas como ésas. Siempre predicán contra algo, como el infierno y el demonio. Ésas son las cosas que hay que atacar. No serviría de nada a un predicador que hablara de Dios; tiene que predicar contra el diablo y todas las cosas malas y que son pecado. Eso es lo que quiere oír la gente.

—Bien seguro que eres una mujer que convences, hermana Bessie. Dios debe estar orgulloso de tener una predicadora como tú, aunque no sé lo que irá a pensar de Dude. Especialmente cuando empiece a hablar de hombres que usan camisas negras... Nunca he visto a un hombre que use camisa negra y no creo que lo haya en todo el país.

Jeeter se agachó y pasó las manos por encima de la abolladura del coche, rascando la pintura con las uñas hasta que la mayor parte se desprendió y cayó al suelo.

—Deja de hacer eso a mi coche —dijo Bessie—. Parece que no tuvieras cabeza. Entre tú y Ada casi me han sacado toda la pintura haciendo eso.

—Parece mentira que me hables así, Bessie. ¿Acaso estropea el coche más de lo que está?

—De todas maneras, saca las manos de encima.

Jeeter se apartó arrastrando los pies, se apoyó contra la esquina de la casa, y se quedó mirando fijamente a Bessie sin decir nada.

—Casi he arruinado mi coche nuevo dejando que metieras la mano —dijo Bessie—. Debía de haber tenido más cabeza que para dejar que te acercaras al coche, y esa leña que te dejé llevar a Augusta llenó de agujeros el asiento de atrás.

—¿No me vas a dejar andar más en el coche? —preguntó Jeeter, bien erguido.

—¡No, señor! No vas a andar en mi automóvil nuevo nunca más, y por eso no quise que vinieras conmigo esta mañana para ver a Tom, y tampoco que te le acerques más.

—Por Dios y por Jesucristo, que si es eso lo que piensas hacer, ya te puedes marchar de mi tierra —dijo Jeeter, apoyándose contra la casa—. De todas maneras no me hace mucha gracia tenerte cerca de mí.

Bessie no supo qué decir. Trató de hallar a Dude, pero éste no estaba visible.

—¿Vas a hacer que me vaya?

—Ya he empezado a hacerlo. Ya te he dicho que te vayas de mi tierra.

—Esta tierra no es tuya; es del Capitán John. Él es el dueño.

—Es la antigua tierra de los Lester, y el Capitán John no tiene más derechos que cualquier otro. Esa gente rica de Augusta viene aquí y se lleva todo lo que tiene uno, pero no podrán sacarme de la tierra. Por Dios y por Jesucristo; mi padre fue dueño de ella, y su padre antes que él, y no me voy a marchar de aquí mientras viva. Pero que me ahorquen si no puedo echarte a ti..., vamos, ¡vete!

—Yo y Dude no tenemos dónde ir. En mi casa está podrido todo el techo.

—Eso no me interesa nada. No me importa a dónde se irán, pero te vas a marchar de aquí. Si no me vas a dejar subir al coche nuevo cuando me dé la gana, no te quedarás aquí. Además, ya estoy cansado de mirar a esos dos agujeros sucios que tienes en tu maldita nariz.

—¡Ah, hijo de perra! —exclamó furiosa Bessie, abalanzándose sobre él y arañándolo en la cara—. ¡No eres más que un hijo de perra podrido! ¡Ojalá Dios te mande derecho al infierno y nunca te deje salir de allí!

Ada llegó corriendo desde la casa al oír los gritos de Bessie.

Al ver a Jeeter sangrando, fue presa de un acceso de furia incontrolable, y empezó a dar patadas y puñetazos a Bessie.

Dude llegó también corriendo, y sé quedó mirando la pelea, mientras los tres se golpeaban y arañaban. Ellie May se reía detrás de un amolé.

Bessie empezó a retroceder. Ada y Jeeter la estaban golpeando y no podía contestarles. Corrió hasta el coche y se metió dentro de un salto. Jeeter cogió un palo y la golpeó con él varias veces, hasta que Ada se lo quitó de las manos y empezó a pinchar a Bessie en las costillas; la aguda punta del palo le hacía más daño que los golpes que Jeeter le había dado en la cabeza y los hombros, y empezó a dar gritos de dolor.

Ellie May y la abuela salieron de detrás de los amoles y se quedaron en mitad del patio viendo lo que pasaba.

Dude saltó al coche, y arrancó en marcha atrás hacia el camino lo más rápido que pudo. Se había decidido por Bessie, porque le gustaba demasiado manejar un automóvil para dejar que éste se le escapara de las manos por una cosa tan baladí

como una pelea sin importancia como ésa.

Mamá Lester, que había estado viendo la pelea desde el principio, corrió a través del patio para ponerse detrás de otro amolé y ver desde un sitio más ventajoso todo lo que pasaba, pero recién había llegado a mitad de camino entre dos de los árboles, cuando la parte trasera del automóvil la alcanzó, derribándola, y el coche pasó por encima de ella.

Bessie asomó medio cuerpo afuera sacudiendo los puños y haciendo ademanes insultantes a Ada y Jeeter, mientras éstos seguían al coche hasta el camino del tabaco.

—¡Hijos de perra! —les gritó a voz en cuello—. ¡Todos ustedes los Lester son unos hijos de perra!

Ada cogió un pedrusco y lo tiró con todas sus fuerzas, pero ya el coche estaba a varios cientos de metros y la piedra cayó lejos. Debía de haberse dado cuenta de que ya no tenía fuerzas como para tirar piedras de ese tamaño. Era casi tan grande como la tapa de una olla.

XVIII

Cuando se disipó la nube de tierra alzada por el coche, Ada y Jeeter volvieron al patio. La abuela seguía sobre la arena con la cara deshecha, y desde una esquina de la casa Ellie May miraba todo lo que había pasado.

—¿Está muerta ya? —preguntó Ada, mirando a Jeeter—. No se queja y no se mueve y no creo que pueda estar viva con la cara toda aplastada.

Jeeter no le contestó. Estaba demasiado ocupado pensando en su odio a Bessie para molestarse por cualquier otra cosa. Miró de nuevo a la abuela y luego atravesó el patio dirigiéndose a la parte de atrás de la casa. Ada fue a la galería y allí se volvió varias veces para mirar a mamá Lester; luego entró en la casa y cerró la puerta.

Mamá Lester trató de darse vuelta a fin de levantarse y entrar en la casa, pero no podía mover las manos o las piernas sin sentir un dolor insoportable, y le parecía que le hubiesen partido en dos la cabeza. El automóvil la golpeó con tanta violencia que no sabía lo que le había sucedido. Las dos ruedas del lado izquierdo le habían pasado por encima; una por la espalda y otra sobre la cabeza. No sabía lo que había ocurrido, pero más que nada quería incorporarse para ir a la cama. Con un esfuerzo supremo consiguió alzar la cabeza y los hombros de la arena y se dio vuelta. Luego quedó inmóvil.

Después de beber un buen trago de agua fresca en el pozo, Jeeter se dirigió a los juncales, levantando la tierra con la punta de los zapatos, pura ver lo seca que estaba. Le parecía que el suelo tenía el grado de humedad conveniente para arar, pero quería estar seguro porque confiaba en que podría conseguir una mula prestada en algún lado para empezar a arar y sembrar a principios de la semana siguiente.

Mientras caminaba entre los juncales que le llegaban hasta la cintura, Lov venía corriendo por el camino del tabaco, sin aliento y con la cabeza descubierta. Tan pronto como llegó al patio empezó a llamar a gritos a Jeeter, que salió corriendo de los juncales para ver qué le ocurría.

Lov venía con el *overalls* negro, todo sucio, que usaba para palear carbón. Había perdido el sombrero cuando salió corriendo para ir a buscar a Jeeter, pero no quiso esperar a recogerlo; tenía erizados los rojos cabellos, que habitualmente le caían sobre los ojos.

Vio a la abuela que yacía en el patio, pero no se detuvo, y siguió corriendo hasta estar frente a Jeeter.

—¿Qué haces aquí a estas horas, Lov? —preguntó éste—. ¿Por qué no estás trabajando en el cargadero?

Lov no pudo hablar en varios minutos, hasta recuperar el aliento. Se dejó caer en el suelo, y Jeeter se sentó junto a él.

No estaban lejos del pozo. Ellie se hallaba junto al brocal bebiendo del cubo

cuando Lov llegó junto a Jeeter, pero no se movió, esperando a que Lov se sentara para oír lo que decían.

—¿Qué pasa, Lov? —preguntó Jeeter—. ¿Qué ha pasado en el cargadero, que has venido corriendo con tanta prisa?

—¡Pearl... Pearl... se escapó!

—¿A dónde se ha escapado? —dijo Jeeter tranquilamente, un poco decepcionado al ver que no era algo que le interesara más—. ¿A dónde se ha marchado, Lov?

—¡Se fue a Augusta!

—¡A Augusta! —exclamó Jeeter, enderezándose—. Creía que se había escapado al monte como otras veces ha hecho. ¿Y sabes para qué se ha ido a Augusta?

—No sé nada, sino que se le ocurrió escaparse y se fue. No le hice daño para nada esta mañana, ni le hice nada, fuera de tirarla sobre la cama. Se me pudo escapar y no la he visto más.

—¿Qué estabas pensando hacerle?

—Nada. Iba solamente a atarla con unas correas para ver si podía sujetarla; se me ocurrió que tendría que quedarse en la cama si la ataba, pero pensaba soltarla en seguida.

—¿Cómo sabes que se ha escapado a Augusta? A lo mejor se ha ido otra vez al monte. ¿Te dijo que se iba a escapar a Augusta?

—A mí no me dijo nada.

—Entonces ¿qué te hace pensar que se ha ido allí en lugar de irse a algún lado del monte?

—Ni sabía que se había marchado, hasta que vino Jones Peabody al cargadero y me dijo que la había encontrado cerca de Augusta cuando volvía con el camión a Fuller. Me dijo que se había parado y le preguntó a dónde iba y si yo sabía que se había escapado de casa, pero no le contestó nada. Dijo que parecía que estuviese muerta de miedo, y en seguida vino y me lo contó, porque estaba seguro de que yo no sabría nada.

—Pearl es igual que Lizzie Belle. Lizzie Belle un día se fue a Augusta también sin decir nada a nadie. Yo no sabía nada, hasta que un día me la encontré en una calle allí, y le pregunté por qué se había escapado sin decir nada a su madre y a mí, pero no quiso hablar. Hasta entonces yo había creído que estaba por el monte, pero supe que era Lizzie Belle en cuanto la vi; llevaba unas ropas elegantes y un sombrero, pero no me engañó. Supe que era Lizzie Belle aunque no quiso hablarme, y todo ese tiempo había estado trabajando en las hilanderías. Entonces supe por *qué* se había ido, cuando Ada me lo dijo. Ada me dijo que Lizzie Belle quería tener vestidos bonitos y un sombrero, y por eso se escapó allá para trabajar en las hilanderías y poder conseguir esas cosas.

—Pearl nunca me dijo que quería un vestido elegante y un sombrero —dijo Lov

—. Gano un dólar por día en el cargadero, y podía haberle comprado un vestido y un sombrero si me hubiese dicho que los quería. Pero Pearl nunca me decía nada..., nunca decía nada a nadie. Dormía en ese condenado jergón en el suelo y no quería contestarme cuando le decía que hiciese algo que yo quería.

—Me parece que lo mejor que puedes hacer, Lov, es dejarla. No estaba satisfecha viviendo aquí, en el camino del tabaco, y si la fueras a traer, se escaparía otra vez. Es igual a Lizzie Belle y Clara y las demás muchachas; no puedo recordar todos sus nombres en este momento, pero todas ellas eran igual, y todas querían vestidos bonitos. No estaban satisfechas con los vestidos de percal que les cosía su madre; tampoco está satisfecha Ada, pero no puede hacer nada, y las chicas salieron en eso a su madre. Conseguí que Ada dejara de decir que si quería esto o lo otro, y ya no habla de conseguir vestidos elegantes y un sombrero, fuera de un vestido para que la amortajen y entierren con él. Siempre habla de conseguir un vestido para que la entierren, pero no lo va a conseguir y ella lo sabe. Morirá y será enterrada con ese vestido de percal amarillo que lleva ahora. Le quité de la cabeza a Ada la idea de quererse escapar, pero esas chicas eran demasiadas para que pudiese cuidarlas, así que se me fueron.

—A lo mejor vuelve —dijo Lov—. ¿Crees que volverá, Jeeter?

—¿Quién..., Pearl? Hombre, no confiaría mucho en eso. Lizzie Belle se escapó y no ha vuelto más, ni tampoco han vuelto las otras.

—Me dolería perderla. Era una chica tan bonita..., esos rizos rubios que le caían por la espalda, siempre me hacían odiar el tiempo en que crecería y sería vieja. Solía sentarme en la galería para mirarla cuando se estaba peinando y cepillando el cabello en el cuarto...

—Eso es cierto —dijo Jeeter—. Pearl tenía el cabello más bonito que cualquier otra chica. Era una lástima que siempre quisiera estar sola, porque me solía gustar tenerla al lado. Ojalá Ada hubiese sido así de bonita, pero hasta cuando era chica, Ada era más fea que el pecado. Nunca he visto una mujer más fea en todos estos sitios, fuera de esa condenada predicadora, Bessie. Esos dos agujeros sucios que tiene en la cara lo descomponen a uno.

—Pearl siempre estaba mucho tiempo arreglándose, y solía tener ganas de decirle que no había en todo este lugar una muchacha que fuera la mitad de bonita, pero nunca me quería escuchar. Como he vivido tanto tiempo con ella, me he acostumbrado a verla todos los días y no sé qué voy a hacer ahora que se ha ido a Augusta. Voy a echar de menos ésos rizos rubios que le caían por la espalda y esa cara tan bonita. Fuera de eso, no conozco nada más bonito para ver que mirarle a los ojos azul pálido bien temprano antes que el sol se alzara mucho y diera demasiada luz. Por la mañana temprano era la cosa más bonita que podía querer mirar un hombre, pero eran bonitos a cualquier hora del día, y a veces solía estar sentado

temblando todo de ganas que tenía de apretarla fuerte. Nunca olvidaré lo bonitos que eran sus ojos por la mañana temprano, cuando salía el sol.

—¿A lo mejor te gustaría llevar a Ellie May a tu casa, Lov? —sugirió Jeeter—. No tiene un hombre y me parece que no lo va a conseguir a menos que tú te la lleves. Tú y Ellie estaban abrazándose y sobándose el otro día en el patio frente a la casa, y a lo mejor te gustaría hacerlo otra vez, ¿no?

—¿Te parece que si me fuera a Augusta y la encontrara, me dejaría que la trajese de nuevo a casa para quedarse? —dijo Lov—. ¿Crees que querría, Jeeter?

—¿Quién..., Pearl? —dijo éste—. No, no te aconsejo que hagas eso. Perderías tu trabajo en el cargadero mientras estuvieses buscándola, y es como te dije al principio; Pearl es lo mismo que Lizzie Belle y Clara y todas las otras, que se volvían locas por conseguir vestidos bonitos. Ninguna de esas hijas mías ha querido usar los vestidos de percal que cosía Ada.

—Pero Pearl..., podría pasarle algo en Augusta...

—Lizzie Belle y Clara supieron cuidarse bien, ¿no es cierto? A ninguna de ellas le pasó nada malo. Ahora, como te estaba diciendo de Ellie May; podrías llevarla a tu casa, Lov, y Ellie May se volvería loca de contento si supiera que iba para quedarse. Y no tengas miedo de que fuera a dormir en un condenado jergón en el suelo.

—Cuando miraba esos rizos rubios que le caían por la espalda, me daban a veces ganas de llorar. Le solía mirar su pelo y sus ojos tanto tiempo, que me parecía que me iba a volver loco si no la tocaba y le miraba bien adentro de los ojos. Pero ella nunca me dejaba que me acercara, y me parece que eso era lo que hacía que se me cayeran las lágrimas de los ojos. Durante un tiempo muy largo he sido el hombre más solitario de todas estas partes. Pearl era tan bonita que es un crimen que haya hecho eso.

—Ellie May tiene que conseguirse un hombre; no puede quedarse aquí todo el tiempo. Cuando yo y Ada estemos muertos, no habrá nadie que la cuide, y si se quedara sola en la casa, los negros vendrían por docenas, y la conseguirían en seguida si llegase a quedarse sola.

—El último regalo que llevé a Pearl fue un collar de piedras verdes; se lo di y ella se lo puso al cuello, y juro por Dios que así era la chica más bonita que he visto.

—Si quieres llevarte a Ellie May ahora, le diré que se lave y se prepare para marchar.

—A lo mejor me llevo a Ellie May por una temporada, y a lo mejor no. No sé todavía lo que haré con esto de Pearl. Ojalá pudiera hacerla volver.

—Ellie May tiene...

—Ellie May tiene una cara horrible —dijo Lov—, y no creo que me gustaría estar mirándola todo el tiempo.

—Ya te irías acostumbrando poco a poco —dijo Jeeter—. A mí no me molesta

nada ahora; me acostumbré a mirar la hendidura y ahora ya no me llama la atención.

Ellie May estaba detrás de otro amolé en ese momento; se había pasado de uno a otro mientras hablaban, y se había acercado para escuchar lo que decían.

Poco después, Lov volvió la cabeza y la miró, pero Ellie May escondió la cabeza detrás del tronco del árbol, antes de que pudiese verle la cara.

—Tengo que volver al cargadero —dijo Lov—. El tren de carga de la tarde no va a tardar en llegar, y siempre me vacía todos los cubos, y tengo que volver a llenarlos antes de que llegue el de pasajeros. Arman un escándalo cuando los cubos están vacíos porque el tren tiene que esperar hasta que los llene.

Ambos, dando vuelta a la casa, marcharon hacia el patio de delante. Ninguno había vuelto a pensar en mamá Lester, hasta que la vieron otra vez, sobre la arena. Yacía boca abajo, con la cara destrozada pegada al suelo, pero se había aproximado varios pies a la casa.

—¿Qué le pasó? —preguntó Lov.

—Dude y Bessie le pasaron por encima con el coche nuevo al marcharse. Estaban tratando de escaparse antes de que le pegara de nuevo a Bessie, y le pasaron por encima. Estoy bien harto de esa predicadora ahora, y no le dejaré que pise nunca más mi tierra. Me trató mal con el coche nuevo; no quería dejarme salir con ella para nada.

Lov se acercó al sitio en que se encontraba sobre la arena la abuela. Había dejado de sangrar y no hacía ruido alguno.

—Parece que está muerta —dijo—. ¿Está muerta, Jeeter?

Jeeter miró y con el pie le movió uno de los brazos.

—No está dura todavía, pero no creo que viva. Ayúdame a sacarla al campo y abriré una zanja para enterrarla.

Llevaron el cuerpo de la anciana, tomándolo de las manos y pies, y lo depositaron en el juncal. Jeeter volvió a buscar una pala en el granero.

—Piensa lo que te he dicho de Ellie May —dijo—. Te la mandaré a casa a tiempo para que te pueda hacer la comida esta noche. Ellie May no te tratará mal como hizo Pearl, y no dormiré en un condenado jergón sobre el suelo.

Lov se volvió por el camino del tabaco, hacia el cargadero de carbón. Iba arrastrando los pies y los zapatos se le llenaban de arena, y se alejó sin mirar atrás ni una sola vez.

Jeeter marchó al juncal con la pala y empezó a excavar una fosa para enterrar a su madre. Estuvo cavando la tierra durante diez o quince minutos, y luego llamó a Ellie May. La chica se había quedado en el patio detrás de un amolé, esperando que Jeeter le dijera que marchase a casa de Lov.

—Lávate la cara y vete a casa de Lov y arréglaela —le dijo, apoyándose fatigado sobre el mango de la pala—. Volverá a casa a comer esta noche y le cocinas lo que él

te diga.

Ellie corrió a la casa antes de que Jeeter acabara de darle sus instrucciones. No podía esperar más.

Jeeter siguió cavando y agrandando la fosa.

Antes de haber pasado cinco minutos, Ellie May salió de la casa, corriendo hacia el camino. Jeeter tiró la pala y corrió tras ella, llamándola:

—Vuelve aquí por la mañana, después que Lov haya ido al trabajo, y trae algo de comida, ¿oyes? —le gritó—. Lov gana un dólar por día en el cargadero, y tiene para comprar comida de sobra. Yo y tu madre no tenemos nada aquí y a veces sentimos bastante hambre. Recuerda eso.

Ellie May había atravesado el patio y corría por el camino del tabaco con toda la rapidez de que era capaz. Antes de que Jeeter pudiera decirle nada más, ya estaba a cien metros de distancia. Quería haberle dicho que también le trajera un *overalls* de Lov al día siguiente, cuando volviera con la comida. Pero parecía tener tanta prisa en llegar a la casa de Lov que la dejó marchar. Al otro día podría hacer otro viaje para traer el *overalls*.

XIX

Había terminado la época de arar, durante las dos últimas semanas de febrero el tiempo había sido seco y la tierra se podía abrir fácilmente; hacía seis o siete años que no se conocía un tiempo tan bueno para arar. En general, en esa época solía llover con frecuencia y la tierra estaba siempre húmeda y pegajosa; pero este año la temporada empezó a mediados de febrero con cielo despejado, y una brisa suave fue secando la humedad de la tierra desde que terminaron las lluvias de invierno.

Los labradores de los alrededores de Fuller que pensaban cosechar algodón ese año, habían terminado de arar para finales de mes, y habiendo empezado tan temprano, no existía motivo para que, contando con un verano caluroso, no se recogieran más de dos fardos de algodón por hectárea. Todos los cultivadores pondrían todo el guano que pudieran comprar, y no había límite de cantidad de algodón que podría dar cada hectárea si se echaba suficiente abono. Dos fardos y medio por hectárea era la ambición de todos los cultivadores de algodón del lado de Fuller, pero el gorgojo y las fuertes lluvias de verano casi siempre reducían esa cantidad a la mitad, por lo menos. Y, por otra parte, si la cosecha era buena, el precio probablemente bajaría más que nunca, y pocos eran, por cierto, los que se podían conformar con estar trabajando todo el año, para que en otoño les pagaran seis o siete centavos la libra.

Jeeter había dejado pasar el tiempo de quemar los juncales y malezas y el tiempo de arar, sin haber hecho ninguna de las dos cosas. Todavía no era demasiado tarde para hacerlo, pero Jeeter no tenía una mula ni el crédito necesario para comprar semilla de algodón y guano en el almacén. Hasta este año había vivido en la esperanza de que por fin ocurriría algo que le permitiría contar con la mula y el crédito, pero ahora le estaba pareciendo que era inútil esperar nada. Aún podía pensar en el año próximo, en el que tal vez podría recoger una cosecha de algodón, pero esa anticipación no era ya tan intensa como antes. Sentía que se iba hundiendo más y más bajo y que su situación era peor y peor, año tras año, hasta haber llegado ahora al punto en que su confianza en Dios y la tierra no podría sufrir un nuevo desengaño sin que peligrara su razón. Seguía aún sin comprender por qué no tenía nada ni lo tendría jamás, y no había nadie que lo supiera y pudiera decírselo. Era el misterio insoluble de su vida.

Pero aunque no pudiera pensar en una cosecha ese año, aún podía hacer todos los preparativos para la siembra. Podía quemar los juncales, los bosquecillos de roble enano y los pinos jóvenes. Podía tener la tierra preparada para ararla en caso de que sucediese algo que le permitiera sembrar algodón. Tendría la tierra preparada, por si acaso...

Era el atardecer del primero de marzo, y Jeeter avanzó a través del juncal que cubría el antiguo plantío de algodón hacia el bosquecillo de roble enano situado detrás de la casa, pensando en que aún estaba a tiempo de poder conseguir algún crédito con los almaceneros de Fuller. Sabía que la época de quemar y arar los campos había terminado el día anterior, pero aún quedaba en el aire templado de marzo algo de la nueva temporada. El olor de la tierra recién abierta y el aroma de los pinos y juncales ya quemados aún flotaban en el aire, y Jeeter lo aspiró profundamente, llenando su cuerpo con ese aire vigorizador.

—Tal vez Dios halle alguna manera de que pueda sembrar algodón —dijo—. Él ha puesto la tierra aquí, y el sol y la lluvia... De una forma u otra, también debía de dar la semilla y el guano.

Jeeter creía con firmeza que sucedería algo que permitiese seguir viviendo. Todavía le quedaba esperanza.

El sol de media tarde aún calentaba, y el aire era tibio; ya hacía casi una semana que no había habido noches frías. La gente podía estar sentada en sus galerías sin sentir el aire frío de las noches de febrero.

La brisa soplaba del este, y el humo blanco que se alzó del juncal fue llevado hacia el oeste, apartándose de la casa y el camino del tabaco. Jeeter se quedó inmóvil mirando al fuego que iba comiendo el juncal y alejándose de él. Había varios centenares de hectáreas que quemar, y los campos que no habían sido cultivados, algunos de ellos en diez o quince años, estaban cubiertos por una alfombra de hierbas secas, y más allá estaban los bosquecillos de pinos y roble enano. El fuego seguiría probablemente durante tres o cuatro días antes de que fuera a extinguirse y morir en las orillas de los arroyos que estaban más lejos.

—Si Tom y algunos de los otros muchachos estuviesen aquí, tal vez pudieran ayudarme a conseguir algo de semilla y guano —se dijo—. Sé dónde podría conseguir prestada una mula, pero una mula no sirve para nada sin las demás cosas. En los nuevos surcos no crecerían más que retamas y roble enano.

Se volvió a la casa para sentarse un rato en las escaleras de atrás antes de acostarse y contemplar el fuego en los juncales.

Hacía mucho que había caído la noche cuando se levantó y entró en la casa. Mientras se sacaba los zapatos, por la ventana de atrás del dormitorio Jeeter contemplaba fascinado las llamas que parecían más vivas en la oscuridad. En algunos puntos el fuego había llegado hasta las colinas, y todo lo que podía verse era un resplandor anaranjado en el cielo. En algunos otros lados se había corrido en círculo por el campo, que ahora ardía a ambos lados de la casa. En el centro, donde encendió por la tarde la cerilla, sólo se veía un agujero negro en la tierra, en donde el campo quedaría así hasta que lloviese de nuevo.

Siguió despierto hasta mucho después de haberse dormido Ada. En la casa

reinaba un profundo silencio, ahora que estaban ellos dos solos.

Jeeter daba vueltas en la cama, aspirando el aroma del humo de los juncales y pinos en la noche. Junto con él le llegaba el olor de la tierra recién arada muy lejos de allí. En la oscuridad se quedó mirando fijamente al techo, y se juró con solemnidad levantarse temprano para conseguir una mula. Araría un pedazo del campo para plantar algodón, aunque ése fuera el último acto de su vida.

Y poco a poco se quedó dormido, pensando en la tierra y su olor y con la renovada decisión de ararla y cultivar algodón.

El fuego siguió ardiendo con fuerza durante la noche. Se fue alejando cada vez más hacia el oeste, en donde se encontraban los nuevos pinos, y consumió los bosquecillos de roble enano, dejando solamente los troncos marchitos y ennegrecidos.

Por el este empezaba a despuntar el alba, cuando el viento cambió al norte, aumentando la brisa al amanecer. En los juncales de ambos lados de la casa el fuego adquirió nuevo vigor a impulsos del viento y se fue extendiendo hacia el lugar en donde había empezado. Cuando llegase al punto en donde los matorrales terminaban en el trozo ya quemado, el fuego moriría, pero aún quedaban por arder los terrenos de ambos lados de la casa. Después de eso, solamente quedarían los trozos más lejanos, junto a los bosquecillos y en las colinas, donde las llamas llegaban hasta las copas de los árboles.

Junto a la casa, el fuego adquirió más violencia con la brisa matinal, y se fue aproximando más y más a ella: estaba separado del edificio sólo por la estrecha faja del baldío. Si una ráfaga de viento llegara a soplar en el momento en que el fuego ardía con más violencia, llevaría las matas en llamas contra la casa, el techo y debajo de ella.

En el momento en que salió el sol, el viento impulsó al fuego por la hierba reseca y, arrastradas por el viento, matas en llamas llovieron sobre la casa, muriendo algunas al consumirse, mientras otras caían sobre las tejas podridas que habían cubierto la casa durante cincuenta años, o más. En el techo había grandes grietas, en los sitios en que las tejas habían sido llevadas por el viento, y allí las chispas no tardaron en morder y propagarse.

Jeeter y Ada por lo común se levantaban con el sol, y ya era la hora habitual de que lo hicieran, pero ninguno de ellos salió a las ventanas ni abrió la puerta. Ambos estaban profundamente dormidos.

En pocos minutos el techo se convirtió en una roja masa de llamas. Las tejas, secas como yesca, podridas por las lluvias de otoño e invierno y resecaadas por el sol ardiente de primavera y verano durante dos generaciones, ardían como pólvora. En pocos momentos el techo quedó consumido y en seguida las vigas, secas y rezumando resina, empezaron a caer sobre el piso y las camas. Media hora después

de haber empezado a arder el techo, la casa no era más que un montón de cenizas humeantes. Jeeter y Ada jamás supieron lo que había pasado.

Varios labradores que vivían cerca vieron el humo y las llamas al levantarse. La mayor parte corrió por el camino del tabaco y a través de los campos para tratar de salvar algo del mobiliario. No comprendieron la rapidez con que la casa impregnada de resina había ardido hasta llegar a ella.

Había veinte o treinta hombres junto a las cenizas cuando llegaron Lov y Ellie May, seguidos por Dude y Bessie. Ya nadie podía hacer nada, ni nada podía ser salvado. El coche viejo de Jeeter había quedado convertido en un montón de hierros herrumbrados.

Algunos de los hombres cogieron largos palos y empezaron a revolver la masa de cenizas, esperando encontrar los cadáveres para sacarlos antes de que se consumieran más, pero el calor de las brasas obligó a que todos se retiraran por un rato.

—El Señor había maldecido esta casa —dijo Bessie—. No quería que siguiera más tiempo en pie. ¡Alabado sea el Señor!

Nadie le hizo caso.

—Jeeter está mejor ahora —dijo uno de los labradores—. Estaba medio muerto de hambre la mitad del tiempo y no podía cultivar nada. A mí me parece que sus hijos debían de haberse quedado en casa para ayudarle a labrar la tierra.

Lo primero que recordó Lov al ver las cenizas humeantes fue el ruego de Jeeter sobre el cuidado que quería que tuvieran de su cuerpo cuando muriese, pero ahora no importaba, porque no quedaba mucho de él.

Después de haberse enfriado las cenizas, los hombres sacaron de entre ellas a los dos cadáveres y los depositaron debajo del amolé que estaba junto al camino. Las ramas del árbol habían quedado chamuscadas, pero estaba separado de la casa y por eso se había salvado de quemarse. Los demás amoles del patio se habían quemado casi tan rápidamente como la casa.

En seguida se empezaron los preparativos para abrir una fosa. Los hombres encontraron dos o tres palas medio quemadas y un pico detrás del granero semiabrasado, y preguntaron a Lov dónde quería que se abriera la fosa. Finalmente decidieron excavarla en el bosquecillo de robles enanos, porque si alguno decidía cultivar la tierra ese año o los siguientes, no habría peligro de que la tumba fuera arada tan pronto.

Los hombres abrieron la fosa y, sobre parihuelas hechas de ramas de roble enano, llevaron los restos hasta el bosquecillo, depositándolos en la tierra. Alguien pidió a Bessie que dijera una oración antes de cubrir los restos, pero ésta se negó a decir nada por Jeeter y Ada. No quedaba más que hacer que echar encima la tierra y apisonarla con las palas.

La mayor parte de los labradores se volvieron a sus casas para desayunarse. Ya no

quedaba nada más por hacer.

Lov se sentó debajo del amolé solitario contemplando a la negra masa de cenizas. Bessie y Dude se quedaron también; tenían que esperarlo. Ellie May permaneció a alguna distancia, mirando pero sin acercarse lo suficiente para que Lov o los otros notaran su presencia.

—Calculo que es lo mejor que podía haberle pasado al pobre Jeeter —dijo Lov—. Se estaba matando con sus preocupaciones por plantar una cosecha. Eso es todo lo que quiso en su vida; para él plantar algodón era mejor que cualquier otra cosa. Me parece que ya no quedan muchos como él. A la mayoría de la gente ya no le importa nada más que conseguir trabajo en alguna hilandería, pero no todos ellos pueden trabajar en hilanderías, y tendrán que quedarse aquí lo mismo que Jeeter hasta que a ellos también les toque el turno. No tiene sentido que traten de cosechar algodón; nunca ganarán dinero y ni siquiera bastante para vivir, y si recogen algo de algodón, viene alguno que se lo saca engañándolos. Parece como si el Señor ya no quisiera que se recogieran cosechas como antes o, si no, yo creo que ayudaría más a los pobres. Podría hacer que los ricos prestaran su dinero y dejaran de tenerlo guardado, Por más que pienso, yo no sé cómo pueden haber conseguido todo el dinero y me parece que debía de estar repartido entre todos.

Dude empezó a revolver entre las cenizas, tratando de encontrar algo. Nunca hubo nada de valor en la casa, pero le gustaba revolver entre las cenizas y tirar afuera los retorcidos platos de estaño de la cocina y las manijas de porcelana de las puertas. También estaban allí los chamuscados y retorcidos tirantes de hierro de las camas y los clavos y tornillos; casi todo lo demás había sido hecho de madera o tela.

—Uno de los deseos del viejo Jeeter —dijo Lov— se ha cumplido. No se cumplió exactamente como él pensaba, pero ha sido lo mismo. Me solía decir que no quería que lo encerrara en el granero y lo dejara allí cuando muriese, como le pasó a su padre. Cuando murió su padre, Jeeter y los demás que lo estaban velando encerraron el cuerpo en el granero mientras se fueron a Fuller para comprar tabaco y bebidas, y lo pusieron en el granero para que no le pasara nada mientras ellos estaban fuera. Cuando fueron a enterrarlo al otro día, una rata grandota saltó del cajón. Había roído el cajón mientras estaba en el granero y se comió un lado de la cara y el cuello del viejo Lester. Eso es lo que temía Jeeter que le pasara a él, y me hacía prometer dos o tres veces al día que no lo encerraría en el granero cuando muriese. Era una tontería que se hubiera preocupado así, porque hace muchos años que no ha habido ratas en el granero, menos cuando vuelven algunas veces para mirar si se ha puesto maíz en él.

—No creo que el Señor quisiera mucho a Jeeter —dijo Bessie—. Ha de haber sido un hombre muy pecador en sus años verdes, porque el Señor no fue bueno con él como es conmigo. El Señor nos conoce a todos y sabe cuándo somos buenos y cuándo tenemos dentro al diablo.

—Bueno, ahora no importa mucho —dijo Lov—. Jeeter está bien muerto y ya no estará más preocupado por querer hacer crecer cosas en la tierra. Eso es lo que más quería hacer, pero nunca realmente tuvo mucha oportunidad de hacerlo. Jeeter hubiera preferido mucho más recoger una buena cosecha de algodón que ir al cielo.

—Si hubiera ido a Augusta a trabajar en las hilanderías como los demás, hubiese estado bien. Un hombre no puede conseguir dinero labrando la tierra cuando, como él, no tiene crédito.

—Yo creo que Jeeter hizo bien —dijo Lov—. Era un hombre que quería hacer crecer cosas en la tierra, y las hilanderías no son sitios para un hombre que tiene eso metido en los huesos. Las hilanderías son algo así como los coches; están muy bien para pasar el rato y andar en ellos, pero no hacen sentir cariño como la tierra. La tierra parece que mirara por la gente que sigue con los pies sobre ella. Cuando la gente está todo el tiempo sobre tablas en las casas y camina por las calles duras, la tierra parece como si ya no se interesara por los hombres.

Dude salió de los escombros, sacudiéndose la ceniza de los zapatos y el *overalls*, y luego se sentó en el suelo y se quedó mirando sin hablar. Ellie May seguía aún apartada, como si temiera acercarse a las cenizas de la casa.

—Ada no pudo tener su vestido elegante para morir —dijo Lov— y esperaba que lo hubiese podido conseguir; es una lástima, pero ahora ya no importa. Su vestido viejo se quemó también, y tuvo que ser enterrada como Dios la mandó al mundo. Después de todo, tal vez ha sido mejor que si hubiese tenido el vestido elegante. Si hubiese muerto de vieja o algo así, tampoco habría tenido el vestido y la habrían enterrado con el viejo. Así ha sido mejor, porque no supo que no lo tenía, y no importaba si era del largo justo o no.

Nadie mencionó a la abuela, pero Lov se alegró de que hubiese muerto el día antes. No le parecía que hubiera estado bien enterrarla en la misma fosa ni en el mismo campo que Ada y Jeeter; la habían odiado tanto que hubiese sido aprovecharse de su muerte colocar el cadáver de mamá Lester junto al de ellos. Había vivido tanto tiempo en la casa con Jeeter y Ada, que llegaron a considerarla lo mismo que el quicio de una puerta o un tablón, pero había que decir de ella, pensó Lov, que jamás se quejó de la forma en que la trataban. Hasta cuando estaba hambrienta o enferma, nunca salía una palabra de sus labios. Vivió tanto tiempo con Ada y Jeeter, que estaba convencida de que era inútil protestar; si hubiera dicho algo, Jeeter o Ada la habrían golpeado.

Dude fue el primero en subir al coche y pronto le siguió Bessie, y esperaron que subiese Lov para poder ir a su casa y hacer el desayuno.

Después de haber subido éste, Ellie May entró a su vez y se sentó junto a él en el asiento trasero. Dude sacó el coche del baldío y tomó el camino del tabaco hacia el sucio cargadero de carbón y el río de aguas rojizas y cenagosas. Tan pronto como

arrancó, Dude empezó a tocar la bocina.

Cuando estaban sobre la primera duna de arena, Dude levantó la mano del botón de la bocina, y se volvió hacia Lov.

—Estoy pensando en conseguirme una mula en algún lado, y algo de semilla y guano —dijo— y voy a plantar algodón. Me parece que éste va a ser un buen año para el algodón, y a lo mejor llego a recoger dos fardos por hectárea, como siempre estaba soñando hacer mi viejo.

Lov, sin contestar, miró hacia atrás por el vidrio de la cortinilla trasera hacia la casa de los Lester. Lo único que quedaba era la chimenea de ladrillos que se alzaba ennegrecida por el fuego, como un monumento funerario, en la mañana bañada por el sol.



ERSKINE PRESTON CALDWELL. (1903-1987) Novelista estadounidense. *Tobacco Road* (1932) y *God's Little Acre* (1933), dos de sus mejores novelas, constituyen la crónica distanciada de la violencia, miseria y erotismo del blanco pobre sudista. Como cuentista ha destacado con varias notables colecciones: *American Earth* (1931), *We are the Living* (1933), *Kneel to the Raising Sun* (1935), *Southways* (1938), *Jackpot* (1940), *Georgia Boy* (1943). Entre sus novelas destacan también *The Sure Hand of God* (1947), *A Place Called Estherville* (1949), *Episode in Palmetto* (1950) y *Love and Money* (1954). Ha escrito otros libros, como *Call it Experience* (1951), sobre el arte de escribir, *Around About America* (1964), *In Search of Bisco* (1966) y *Deep South* (1968).

Notas

[1] *Bushel*. Medida de capacidad equivalente aproximadamente a 35 litros. (*N. del t.*)

<<

[2] *Amole (Sapindus saponaria)*: Planta sapindácea común en algunos estados del sur de Norteamérica, cuya raíz era utilizada como jabón. (*N. del t.*) <<

[3] *Overall*. Ropa de trabajo. Mono. (*N. del t.*) <<